



COMING SOON

Technicolor

FBI

5
STG

Una Ciudad
ABIERTA
por EDDIE THORNY

flood

EDDIE THORNY

UNA CIUDAD ABIERTA





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE, por Alf Manz. (4.^a edición.)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (3.^a edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.^a edición.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (2.^a edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet.
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy.
17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin.
18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter.
20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz.
21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.

En preparación:

HORAS TRAGICAS

I

ASUNTO LIQUIDADO



A muerte de Conn O'Hara no produjo demasiada sensación en las gentes. Cuando le encontraron con cuatro balazos en el cuerpo, tendido en una callejuela de las afueras de Kansas City; ninguno de los que le conocían pareció extrañado. Conn jugaba con varias barajas a un tiempo. Era lógico que alguien descubriese sus manejos y que le diera su recompensa en plomo. La Policía no investigó muy a fondo el caso. En realidad, fuera quien fuese el autor del crimen había ahorrado trabajo a los tribunales y al verdugo. Los periódicos publicaron la noticia en cuatro líneas escondidas en una de sus últimas páginas, y el asunto debió quedar olvidado por completo a los tres o cuatro días.

Solo dos personas le concedieron importancia. Una, Aldous Grey, llevaba poco tiempo en la ciudad y ocupaba una posición extraña. Era un hombre de mediana edad, movimientos ágiles, frente despejada y ojos pequeños e inquisitivos. Frecuentaba los clubs nocturnos, pero más que divertirse parecía tomar nota mentalmente de cuanto ocurría a su alrededor. De cuando en cuando hacía algunas preguntas difíciles de contestar. Visitó de vez en vez la Jefatura de Policía. Después de hablar con él, Taylor Steinbeck, jefe de detectives, no mostraba nunca un gesto de satisfacción. Una vez llegó a decir a uno de sus agentes:

—Ese tipo acabará metiéndonos en un buen lío.

Aldous Grey redactó un largo informe a la muerte de Conn O'Hara y esperó con calma los acontecimientos. Shorty Godfrey no pudo tener la misma tranquilidad. No podía tenerla, en realidad. Conn había sido compañero suyo en muchas empresas arriesgadas. En una ocasión le había salvado la vida. Más que un amigo lo consideraba un hermano.

Shorty no confiaba en la Policía ni pensaba recurrir a ella. Pero estaba decidido a vengar la muerte de O'Hara. Su amigo habría hecho lo mismo de estar cambiados los papeles. No sabía quién le había matado, pero no creía que le costase mucho averiguarlo. Shorty trabajaba entonces para Johnny Lazia; Conn había trabajado para el mismo individuo en diversas ocasiones. Lo mejor que podía hacer era hablar con él. Johnny estaba

enterado de todo. Acaso quisiera decirle lo que le interesaba. La entrevista entrañaba algunos riesgos, esencialmente sí, como cabía suponer, Lazia no era totalmente ajeno a lo sucedido. Pero los riesgos posibles no iban a detener a Shorty.

Johnny Lazia era un hombre todavía joven, apuesto, bien vestido. Sus modales eran suaves y correctos sus ademanes. Jamás chillaba, y menos aún perdía su tiempo en lanzar amenazas. Quien no le conociera a fondo, le tomaría por un caballero respetable, total y absolutamente inofensivo. Pero había muchos que temblaban solo con verle arrugar el entrecejo, aunque no tuviesen nada de cobardes. Recibió a Shorty en su despacho, sentado apaciblemente tras de la mesa.

—¿Qué me querías, Godfrey? Supongo que será algo importante. Siéntate y habla, pero no pierdas demasiado tiempo.

Shorty tomó asiento. Tras él, silencioso como una sombra, permanecía Pat Wilbur. Godfrey no necesitaba mirarle para saber que tendría la mano muy cerca de la culata de su pistola; que posiblemente le estaba apuntando con ella. Vaciló un instante; luego gruñó:

—Está bien, jefe. Se trata de Conn O'Hara.

—¿Qué te ocurre con O'Hara?

—Le mataron anteanoche. Cuatro balazos por la espalda. Me gustaría saber quién lo hizo. Conn era amigo mío, casi un hermano. Yo creo que debo buscar al que le mató y...

Secamente le interrumpió Johnny:

—No busques más. Le maté yo.

Shorty se puso en pie de un salto. Instintivamente se llevó la mano al costado izquierdo. Antes de que llegara a «sacar» ya vio ante sí la pistola que empuñaba Lazia. Al mismo tiempo sintió que una mano de Patrick le cogía por el hombro, mientras le acariciaba la nuca con el cañón de un arma. Secamente, Johnny aconsejó:

—No hagas tonterías, Shorty. Sería una pena...

Godfrey apartó la mano del pecho. Lentamente se dejó caer en la silla. Lazia guardó su pistola, pero Shorty seguía sintiendo en su cogote la caricia de la que empuñaba Pat. Hubo una breve pausa. Al cabo, un poco pálido, Godfrey gruñó:

—¿Por qué hizo eso, jefe? Conn era un buen muchacho. Prestó buenos servicios y...

—Le gustaba hablar demasiado. No jugaba limpio. Y yo no admito que nadie haga trampas. ¿Entendido?

—Creo que se equivoca. Hacía muchos años que era mi amigo. No me gusta lo que hizo con él, Lazia.

—Lo siento por ti, Shorty. Yo sé siempre lo que tengo que hacer. No tengo por qué darte explicaciones.

Mirándole fijamente, Godfrey vio un brillo amenazador en sus pupilas. Comprendió que pisaba un terreno resbaladizo. Persistir en el camino emprendido podía costarle un balazo en la nuca. Estaba furioso, pero había que dominarse. Modificó ligeramente su actitud.

—Supongo que tendrá razón, jefe. Creía que era un buen chico. Pero cuando usted dice lo contrario...

—Estoy en lo cierto, Shorty. Procura tú no seguir sus huellas. Es poco saludable.

—Descuida, Lazia. No tengo prisa en morir.

—Conviene que sigas pensando así.

La entrevista llegaba a su final. Godfrey salió del despacho. Acompañándole hasta la puerta fue Prat. Al despedirle, dándole un golpecito amistoso en la espalda, le aconsejó:

—Ten cuidado, muchacho. Sentiría mucho que te ocurriese una desgracia.

—Más lo sentiría yo —gruñó, alejándose, Shorty sin volver la cabeza.

Godfrey conocía lo suficiente a Johnny Lazia para hacerse demasiadas ilusiones. Sabía perfectamente lo que significaba la lucecita que había visto brillar en sus ojos. El menor desliz podría costarle la vida. Pero si entre los defectos de Shorty no se contaba el miedo, acaso pudiera señalarse como uno de los más graves la excesiva confianza en sí mismo. Se creía inteligente sin serlo, y estaba seguro que no existía nadie capaz de vencerle con las armas en la mano. «Sacaba» con mayor rapidez que nadie y tiraba con una puntería envidiable.

Las amenazas de Lazia no le asustaban. Procedió, sin embargo, con cierta calma. Nada hizo en los tres días siguientes, como si hubiese olvidado la suerte de su buen amigo O'Hara, aunque ni un solo segundo dejaba de pensar en la venganza. Empleó aquellas jornadas en observar con disimulo si era seguido. Cuando se convenció que no era así, dio su primer paso en falso. Un anochecer estuvo en la Jefatura de Policía hablando con Taylor Steinbeck. El jefe de detectives le escuchó con atención. Al final solo pronunció una palabra que era una exigencia.

—¡Pruebas!

Shorty no podía, naturalmente, presentar pruebas. Salió de la entrevista descorazonado y rabioso. La actitud de Taylor no dejaba lugar a dudas. A partir de este momento, y aunque nadie le hubiera visto entrar ni salir en el edificio, su vida corría el mayor peligro. Dio por descontado que Lazia no vacilaría en procurar eliminarle. Comprendió la necesidad de darse prisa. A la mañana siguiente, si no aquella misma noche, necesitaba salir de Kansas City para no volver a poner los pies en la ciudad. Pero antes tenía algo que hacer. Por lo menos, procuraría hacer a su antiguo jefe el mayor daño posible.

Tomó, por si acaso, toda clase de precauciones. Tras convencerse de que nadie le seguía, tomó un «taxi» en plena calle. Le dio primero una dirección y luego otra, mirando constantemente por la ventanilla posterior para convencerse de que ningún otro coche marchaba tras él. Al final, indicó al conductor que se detuviera en una esquina, y le pagó. Cuando le vio alejarse, se encaminó a buen paso al hotel en que se hospedaba Aldous Grey.

Durante una hora larga estuvo hablando con Grey, que, a diferencia de Taylor, le escuchó con el mayor interés y tomó nota de muchas de sus manifestaciones. Al terminar de hablar Shorty, Aldous expresó sus temores con respecto al porvenir de su visitante.

—Si yo estuviera en su lugar, no saldría esta noche del hotel. Quédese en esta misma habitación. Yo me encargaré de que por la mañana pueda tomar el avión de Chicago.

Shorty rechazó desdeñosamente el ofrecimiento. Se iría, desde luego, a la mañana siguiente, pero sabía cómo hacerlo. En cuanto a las horas que faltaban para la partida, no sería fácil que sus enemigos dieran con él.

—No confíe demasiado, Godfrey. Si sospechan que ha venido a decirme, serán muchos los que procurarán silenciarle.

—Si hace falta, no seré el último en tirar —repuso con firmeza el interesado—. Y cuando Shorty dispara, no suele desperdiciar las balas.

—Consienta por lo menos que vayan protegiéndole dos compañeros míos...

—No diga bobadas, amigo —repuso desdeñosamente su interlocutor—. No soy un crío que necesite niñeras.

Sin embargo, no pudo evitar que a espaldas suyas Aldous hablase con dos individuos corpulentos, que leían con aparente indiferencia unos periódicos en el «hall» del hotel, indicándoles:

—Seguid de lejos a ese, y procurad no perderle de vista. Yo voy por el coche para marchar detrás de vosotros.

Shorty mismo tomó sus precauciones. Por espacio de un minuto permaneció parado en la puerta del hotel, mirando detenidamente a un lado y a otro y examinando con atención los automóviles detenidos en las inmediaciones. Cuando se convenció de que nadie parecía esperarle, echó a andar, procurando caminar pegado a la pared y pasar casi inadvertido, encasquetándose el sombrero en forma que nadie pudiese verle la cara.

Con paso rápido dobló la esquina más próxima y avanzó por una calle transversal. Aunque hacía frío y caía una ligera llovizna, la acera estaba llena de transeúntes. Shorty recorrió cerca de un centenar de metros sin advertir nada sospechoso. Tranquilizado, hubo un instante en que sacó la mano del bolsillo del abrigo, abandonando la culata de la pistola. Cuando quiso arrepentirse de su imprudencia era ya demasiado tarde.

Repentinamente sintió que le cogían de los brazos, con aire amistoso en apariencia, pero con ruda firmeza. Levantó la cabeza sorprendido. Lo que vio no resultaba nada tranquilizador. A su izquierda tenía a Bad Face; a su derecha, a Curly Kelly. Los dos habían sido compañeros suyos hasta unos días antes. Ahora...

—¿Qué significa esto? —gruñó irritado.

—Nada grave, Shorty —repuso sonriente Curly—. El jefe quiere verte...

—Ya le veré cuando me parezca —contestó airado Godfrey—. Soltadme o...

—Quieto, amigo —aconsejó en voz queda Bad Face, hundiéndole en el costado el cañón de una pistola—. Sería una pena que tuviera que matarte aquí.

—Está bien —balbució atemorizado Godfrey—. Pero a los amigos no se les trata así.

—Luego discutiremos eso —volvió a decir, con una sonrisa en los labios, Curly—. Ahora vente con nosotros, sin un solo grito, porque sería el último.

Segundos después Shorty estaba en un coche en marcha, sentado junto al conductor. Previamente le habían despojado de su pistola. Para impedirle cualquier intento desesperado, Bad Pace apoyaba contra su nuca el cañón de un arma. Con las luces interiores apagadas, sería difícil que nadie advirtiese que Godfrey estaba atravesando el momento más amargo de su existencia.

Los agentes enviados por Grey no tuvieron tiempo para intervenir. Vieron de lejos cómo dos hombres se acercaban a Shorty, le cogían amistosamente del brazo y hablaban con él. Cuando advirtieron que lo metían en un automóvil y quisieron correr a impedirlo, llegaron demasiado tarde. No se atrevieron a disparar, temiendo herir a cualquiera de los transeúntes. Un momento después Grey apareció con su coche. El que se llevaba a Godfrey había desaparecido por un extremo de la calle. Aldous apremió a sus amigos:

—¡Subid deprisa! No hay que perder un solo minuto o llegaremos tarde.

Mientras la alarma de Shorty crecía por segundos. Lejos de dirigirse a North Main Street, donde residía Lazia, el coche corría en dirección opuesta. Parecían dirigirse a la cercana ciudad de Independence. Pretendió protestar:

—Estáis confundidos, amigos. No es este el camino...

—¡Vaya si lo es! —contestó con una risita Curly—. No tardarás en comprobarlo.

—Pero si por aquí...

—¡Cállate! —murmuró amenazador Bad Face—. Una sola palabra puede costarte un balazo.

Tras dejar atrás las últimas luces de la ciudad, el coche abandonó la carretera de Independence para seguir otra ruta que marchaba hacia el Sur, bordeando la orilla izquierda del Big Blue River. Al poco rato, en un punto desierto, el automóvil se detuvo a un lado del camino. Bad Face saltó inmediatamente a tierra. Abriendo la portezuela delantera, invitó a Shorty.

—¡Apéate!

—¿Aquí? —preguntó Godfrey, con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror—. Pero ¿es que me vais a...?

—Obedece —ordenó tajante Jimmy, el conductor, clavándole en la espalda el cañón de una pistola—. Si tardas dos segundos...

Con paso vacilante, Shorty abandonó el coche. Aún trataba inútilmente de alejar el peligro, pidiendo:

—No hagáis una barbaridad. Yo os aseguro que...

—No asegures nada. Eres demasiado ligero de lengua. Fuiste a ver a los «coppers» para contarles lo que no debían saber. Ahora...

—¡No me matéis! No he dicho nada. ¡Dejadme hablar con Johnny y lo aclararé todo!

—Todo quedará aclarado en un minuto —replicó Bad Face—. Sigue adelante. Yo voy contigo.

Dio tres o cuatro pasos Creyó en un principio que Bad le seguía. Al no oír sus pisadas se volvió rápido. Su antiguo amigo levantaba la pistola, presto a disparar. Quiso lanzarse sobre él a la desesperada, gritando:

—¡No, no!

Bad y Curly dispararon al mismo tiempo. Herido por varios balazos en el pecho y la frente, Shorty cayó de bruces, muerto antes de llegar a tocar el suelo. Desde su asiento, Jimmy comentó:

—Buen trabajo, muchachos.

Bad Face se acercó a contemplar el cuerpo de Godfrey. Al incorporarse, se guardó la pistola. Avanzando hacia el coche, murmuró:

—Asunto concluido.

Curly se entretuvo un instante en encender un cigarrillo. La llama del encendedor no temblaba en sus manos. Iba a meterse en el coche, cuando divisó a un centenar de metros los faros de un automóvil, que se acercaba a toda marcha. Gruñó, saltando al interior del vehículo.

—Creo que nos han seguido.

Medio minuto después no les quedaba la menor duda. Se ponía el coche en marcha cuando resonó un disparo y una bala agujereó la capota del automóvil. Curly indicó a Bad:

—¡Coge la «typewriter»!¹ Hay que frenar en seco a esos amigos.

Sin esperar la orden de su compañero, Bad Face había puesto manos a

la obra. Del suelo del automóvil cogió una pistola ametralladora. Asomando el cañón por la ventanilla trasera, apuntó con todo cuidado. Sus enemigos seguían disparando y varios balazos silbaron cerca de sus oídos. Bad Face no se estremeció, esperando con calma hasta tener la seguridad de no fallar la puntería. A los pocos segundos gruñó:

—¡Ya los tengo!

Apretó el gatillo. Mensajeras de muerte, las balas de la ráfaga alcanzaron de lleno el coche de sus perseguidores. Voló hecho trizas el parabrisas. Alcanzados de lleno sus ocupantes, se doblaron pesadamente hacia adelante. Falto de dirección, el automóvil torció hacia la izquierda, yendo a estrellarse contra uno de los gigantescos pinos que bordeaban la carretera.

Jimmy detuvo la marcha. Pistola en mano, Bad y Curly se acercaron a los restos del automóvil enemigo. El choque contra el árbol había revestido excepcional violencia. El coche quedó destrozado. En su interior pudieron ver, al iluminar el cuadro con una lámpara de bolsillo, tres cadáveres ensangrentados. Curly reconoció a uno de ellos. Lanzó un silbido de sorpresa. Luego comentó alegremente:

—¡Aldous Grey! ¡No hemos podido aprovechar mejor la noche!

Miró en todas las direcciones. La carretera aparecía solitaria. Nadie había oído ni visto nada. Por su mente cruzó entonces una idea diabólica. Volviéndose hacia Bad Face, le dijo:

—Traeremos aquí el cadáver de Shorty y le dejaremos frente al coche, con la «typewriter» en las manos. Nadie dudará de que fue él quien hizo el estropicio.

Diez minutos después habían finalizado su tarea. Emprendieron sosegadamente el regreso a Kansas City. Bad Face parecía dudar de que nadie creyera que Godfrey había matado a los ocupantes del coche.

—Examinarán las pistolas que empuñaban y verán que las balas de Shorty...

—No seas tonto, Bad —replicó Curly—. Taylor arreglará definitivamente este asunto. Es buen amigo de Johnny. Y los amigos son para las ocasiones.

Los acontecimientos parecieron darle la razón. Veinticuatro horas después los periódicos de Kansas City publicaban un breve relato de lo sucedido. Según la Policía, Shorty Godfrey, individuo de malos antecedentes, que había sufrido con anterioridad diversas condenas, y al que se buscaba como autor de la muerte de Conn O'Hara, huyendo de sus perseguidores se emboscó en las orillas del Big Blue River. Al llegar la noche, trató de obligar a tiros a detenerse a un coche, pensando apoderarse del vehículo para poner tierra por medio. «El automóvil iba ocupado por míster Aldous Grey y dos de sus amigos, quienes se defendieron

valerosamente. Aunque consiguieron herir mortalmente a su agresor, los balazos de este, que manejaba una pistola ametralladora, pusieron un dramático final a la vida de los ocupantes del coche».

Johnny Lazia leyó complacido la información. Felicitó efusivamente a Curly, celebró una detenida conversación con Taylor Steinbeck, que acudió a visitarle en su despacho, y a primera hora de la tarde, tomando su automóvil, marchó a Park Avenue. El coche se detuvo ante una de las mansiones más señoriales de la calle. Un criado abrió la puerta ante Lazia; otro le condujo a la biblioteca, donde el dueño de la casa le estaba esperando. Los dos hombres se estrecharon las manos, mientras una sonrisa revoloteaba en los labios de Johnny.

—¿Qué le parece, «boss»? Un trabajo perfecto, ¿no?

El llamado «boss» no contestó inmediatamente. Con un gesto invitó a su visitante a tomar asiento, dejándose caer a su vez en un sillón inmediato. Su gesto revelaba una auténtica preocupación. Johnny le miró ligeramente desconcertado. Al cabo rompió la embarazosa pausa para preguntar:

—¿Todavía no está satisfecho?

—No. Este asunto puede traernos muchos quebraderos de cabeza. ¿Olvida, quizá, que Aldous Grey era un «G-Man»?

Lazia no lo olvidaba. Durante cuatro semanas, Grey había trabajado con habilidad y acierto, metiendo las narices en todas partes. Investigó las cuentas bancarias de diversas personas, examinó con escrupulosa atención sus declaraciones de ingresos, hizo muchas preguntas que provocaron cierta alarma en la ciudad. Aparentemente, era un agente de la Tesorería, tratando de comprobar falsedades en la declaración de utilidades. Johnny vio claro el peligro desde el primer instante. ¿No fue un delito parecido el que hundió en presidio a Al Capone, al que no hubo manera de condenar por sus numerosos crímenes? Por fortuna...

—Murió antes de que pudiese utilizar los informes recogidos. ¿Qué pueden mandar otro? No nos cogerá tan desprevenidos como este ni podrá encontrar la menor sombra de falsedad en las declaraciones de utilidades.

Pluralizaba al hablar, pese al gesto de abierta repulsa que podía advertir en el rostro de su interlocutor. Clark Hugues se había acostumbrado demasiado a mirar por encima del hombro a todo el mundo y no admitía de buen grado que nadie se creyera a su misma altura, y menos que nadie, Johnny Lazia. ¿Qué era Lazia a sus ojos? Un tipo equívoco, jefe de un «gang» bien organizado, dueño de diversas casas de juego y de otras casas de menos recomendable reputación aún, que, apoyado en las pistolas de sus secuaces, en la corrupción política de la ciudad y en los votos que podía movilizar en un instante preciso, campaba por sus respetos en Kansas City, logrando conquistar una verdadera fortuna en constante aumento. No se le podía negar inteligencia, audacia, ni siquiera cierta prestancia personal.

Pero tampoco una falta absoluta de escrúpulos. Directa o indirectamente, sobre su conciencia gravitaban no pocos sucesos sangrientos. ¿Era otra cosa, en fin de cuentas, que un Al Capone o un Dillinger trasplantado de la época de la prohibición a la del juego «tolerado»? Clark se entendía bien con él; le protegía en ocasiones y le utilizaba en otras. Pero de esto a considerarlo como su igual, había un abismo que no pensaba franquear.

Tampoco Johnny estaba muy dispuesto a reconocer la presunta superioridad de Hugues. Ciertamente ejercía una autoridad tan extraoficial como indiscutida en la ciudad. ¿De qué resortes se valía para conservarla? Lazia lo sabía, porque en buena parte estaba entre sus manos. Clark seguía punto por punto el camino marcado por el famoso Tom Pendergast, un día la figura más destacada de Missouri, que acabó sus días en la penitenciaría de Leavenworth, convicto y confeso de no haber satisfecho varios cientos de miles de dólares de impuestos, suerte que estaba muy seguro de no correr a su vez, ya que para ello tomaba las más extraordinarias precauciones. En lo demás, le imitaba habilidosamente. Como Pendergast no ocupaba ningún cargo oficial, podía sin la menor dificultad ser alcalde, o cuando menos formar parte del City Council. Pero prefería que fueran otros los que ocuparan los puestos, siempre, naturalmente, que estuvieran sometidos incondicionalmente a su control. Para ello, le bastaba tener en sus manos la llamada «máquina política»; la tenía gracias a los certeramente denominados votos «fantasmas». Rodeado de expertos electorales, manejando el censo a su capricho, podía disponer en cualquier instante de cuarenta o cincuenta mil sufragios de personas que, o no habían existido nunca o hacía años que dejaron de existir. En la lucha tradicional entre «rabbits» y «goats», como festivamente se designaba a los grupos rivales en Kansas City, los votos manejados por Hugues, como antaño lo fuesen los que administraba Pendergast, tenían una influencia decisiva. Era muy difícil triunfar en la ciudad, ni siquiera en todo el Estado de Missouri, sin contar con él. Y Clark sabía hacerse pagar bien su apoyo y ayuda.

De sentir ambiciones políticas personales, hubiera podido ser designado representante en Washington, e incluso ocupar un escaño en el Senado de la nación. Pero Hugues conocía sus limitaciones y prefería ser cabeza de ratón en Kansas City que cola de león en otra parte. Desdeñaba, por otro lado los triunfos resonantes, pero transitorios, de la escena política nacional, y estimaba más conveniente enriquecerse sin demasiado escándalo en la gran ciudad del Middle West. Se daba por satisfecho con ver que el alcalde y todos los ediles obedecían sus instrucciones, con dirigir entre cortinas la vida de la población, con utilizar su influencia para realizar lucrativos negocios y con ser reconocido por todos como «boss» indiscutible.

La parte agradable de su posición consistía en ejercer un verdadero

monopolio de las obras municipales, concesión que le reportaba cuantiosos ingresos y especialmente en gozar de una importante participación en los ingresos de las casas de juego. Porque gracias a su influencia, la población era lo que con elegante eufemismo se denominaba «an open City», una ciudad abierta, donde estaban tolerados los juegos de azar, prohibidos por la Ley en otras partes de la nación. La parte desagradable, en la necesidad de mantener contacto y establecer alianzas con tipos como Johnny Lazia para defenderse contra posibles rivales y competidores, necesitaba de ellos para explotar las casas de juego y mantener en ellas un orden especial, pero sobre todas las cosas para impedir que nadie atentase a su hegemonía política.

Sí. Johnny Lazia era el más destacado de sus auxiliares en este sentido, no por ello desconocía Clark Hugues que no pasaba de ser, en fin de cuentas, sino un «gangster» más o menos distinguido. Como la Policía dependía del Municipio, era fácil conseguir que hiciese la vista gorda respecto a muchas de sus actividades delictivas y solo interviniese, y a regañadientes, en caso de extrema necesidad. Un poco extraoficialmente se daba la explicación de que Johnny «protegía» la ciudad contra las actividades de «gangs» forasteros. Como prueba de su eficacia, Taylor, Steinbeck y otros jefes policíacos recordaban con frecuencia que rescató a *miss Donnelly*, prometida del senador Reed, cuando fue secuestrada por unos facinerosos, a los que Lazia metió unos balazos entre pecho y espalda. Callaban, naturalmente, que, a cambio de aquel servicio, había logrado que otros muchos delitos semejantes perpetrados por sus secuaces quedasen en la más completa impunidad.

Clark no simpatizaba demasiado con él. Se limitaba a utilizarlo, procurando demostrar en todo momento su indiscutible superioridad. Lazia, le pagaba en la misma moneda. Sin el concurso del «boss» tropezaría con graves dificultades, ya que la Policía local se le echaría encima. En su fuero íntimo soñaba con el instante en que pudiera sustituirlo, ocupando su lugar. Sin embargo, el peligro común que representaban las investigaciones de Aldous Grey hizo que se unieran estrechamente. Pero Hugues no estaba satisfecho de la forma en que Johnny había «liquidado» el asunto.

—Es peligroso siempre tropezar con las autoridades federales. El asesinato de uno de sus agentes puede costarnos caro.

—No lo creo. Tendrán que darse por satisfechas con la explicación policial. Fue Shorty quien lo mató; como Shorty murió también, no podrá desmentirnos.

—¿Y no cree que pueden mandar agentes que investiguen cuanto sucede en la ciudad?

—Las autoridades federales no tienen atribuciones para mezclarse en la vida interna de los Estados, y usted lo sabe mejor que yo. Si lo pretendieran

en este caso, se armaría un formidable escándalo en todo Missouri. Únicamente podrían cogernos por no pagar el «income tax»; pero eso ha quedado ya arreglado.

¿El juego? Nada había que temer. Oficialmente en Kansas City se jugaba con tantas limitaciones que no constituía un peligro. ¿Quién podría demostrar lo contrario, cuando la Policía local estaba más interesada que nadie en ocultarlo? Quedaban, claro está, los crímenes cometidos. Pero si se cargaban todas las culpas en la cuenta de Shorty y este había muerto, ¿qué les podía inquietar ni qué pretexto tendrían para intervenir los agentes de Washington?

Sus argumentos parecían convencer a Clark, tranquilizado a medida que hablaba su interlocutor. De pronto, tornó a expresar su inquietud, diciendo algo que llevaba varias horas pensando:

—Y si Aldous Grey no fuera, como suponemos, un agente de la Tesorería y sí un miembro del F. B. I., ¿cree que la Policía federal dejaría impune su muerte?

Johnny Lazia se echó a reír. Taylor había examinado con escrupulosa atención los documentos encontrados en la habitación del hotel que ocupaba el difunto Grey. No halló la menor indicación de que pudiese pertenecer al F. B. I. En cualquier caso...

—El F. B. I. solo asusta a los tontos. Hace años, viviendo en Nueva York, tuve un serio tropiezo con él. ¿Qué pasó? Yo sigo vivo y triunfante. Los agentes que quisieron prenderme no podrían decir ninguna de las dos cosas.

EDITORIAL ROLLAN está recibiendo
felicitaciones de las **mujeres españolas** por la
COLECCION F. B. I.

II UN ASESINO A SUELDO



STA noche veremos de lo que eres capaz —dijo Pat Wilbur, dando una amistosa palmada en la espalda de Earl Caldwell—. Prepárate, porque tendrás que intervenir en la función organizada.

—Me alegro —gruñó satisfecho su interlocutor—. Ya empezaba a cansarme de estar cruzado de brazos. ¿De qué se trata?

—Curly te lo dirá. Pero convendría que no hicieras preguntas innecesarias. Aquí no estamos en Nueva York.

Caldwell se limitó a asentir con un movimiento de cabeza. En los días que llevaba en Kansas City había comprendido la conveniencia de no hablar demasiado. Su intención al llegar a la ciudad había sido ponerse en contacto inmediato con Lazia. Traía para él lo que juzgaba la más eficaz de las recomendaciones: haber actuado con el «gang» de Baring, al que en tiempos un tanto remotos perteneció el propio Johnny. Baring había llegado recientemente a un sangriento final, y los supervivientes de la partida habían juzgado necesario cambiar de aires. Cada uno tomó la dirección que le pareció más oportuna, y Earl optó por dirigirse al Middle West.

Un abogado de no muy limpios antecedentes, defensor en ocasiones de los secuaces de Baring caídos en manos de la Justicia, vivía en Kansas City, tras convencerse de que tampoco sería muy saludable para él continuar a orillas del Hudson. Aunque no le conocía personalmente, Caldwell sabía lo suficiente de él para ganarse su confianza en pocas palabras y conseguir que le presentase a Pat Wilbur. Al irlandés no le pareció mal el aspecto del recién llegado. Pero contra las esperanzas de Caldwell, no le llevó directamente hasta Johnny.

—Tendrás que realizar antes algún pequeño trabajo. Lazia paga bien, pero procura conocer a sus hombres antes de confiar en ellos.

No pudo llegar hasta el jefe, pero, en cambio, conoció a varios de sus secuaces. A poco de su llegada quedó incorporado al grupo que mandaba Curly. Le proporcionaron alojamiento en un hotelito de una calle apartada de Westport, no lejos de las orillas boscosas del Brush Creek. Tuvo por compañeros a Bad Face, Peter Smore y Jimmy Andrew, chofer del grupo.

Por allí iban con frecuencia otros varios individuos, acerca de cuyas actividades no podía tener la menor duda un observador medianamente inteligente.

Ninguno de ellos era demasiado hablador, especialmente cuando se hallaban en presencia de un hombre que, como Karl, les resultaba prácticamente desconocido. Dijeron, sin embargo, lo suficiente para que pudiera hacerse su composición de lugar. Supo que Johnny Lazia, protegido y amparado por las autoridades locales, era prácticamente el dueño del bajo mundo de Kansas City. Pero únicamente de la parte de la ciudad que pertenecía al Estado de Missouri. Porque había otra población con el mismo nombre, unida físicamente a la misma por numerosos puentes que cruzaban la corriente del Kansas, pero que pertenecía, al Estado de este nombre. Y en esta parte su imperio no era tan indiscutible.

Ni las autoridades de Kansas estaban dispuestas a proteger las andanzas de Lazia ni dejaba de tropezar en sus intentos con serios competidores. El más peligroso de todos era un tal Glen Wilson, que desempeñaba en los arrabales conocidos, el nombre de Wyandote, un papel semejante al que Johnny desempeñaba en el resto de la ciudad. Más tosco, más burdo, menos inteligente y más brutal que Lazia, Glen se creía con méritos suficientes para vencerle. Entre ambos «gangs» estaba entablada una lucha que ya duraba muchos meses. Unas veces eran los hombres de Johnny quienes cruzaban el Kansas para penetrar en los clubs nocturnos de Wilson; otras, los secuaces de este asaltaban cualquiera de los garlitos que funcionaban en North Main Street.

—Anoche —explicó Curly a sus compañeros—. Pat estuvo a punto de cazar a Glen en una casa de Wyandote. Según parece, los amigos de Wilson quieren probar suerte esta noche y esperan dar un buen disgusto a Johnny. Por desgracia para ellos, seremos nosotros quienes se lo demos.

No quiso ser muy explícito respecto a la forma en que habían logrado enterarse de las intenciones de sus enemigos. «Posiblemente —pensó Caldwell—. Lazia tenía algún confidente entre los secuaces de su rival. Debía temer que Wilson jugara con cartas parecidas. Por eso, sin duda, no se les dijo en un primer instante dónde tenían que ir aquella noche ni cuál sería su misión. Bad Face parecía preocupado. Sonriente, le preguntó Karl:

—¿Tienes miedo?

—No; pero no me agrada la perspectiva. La gente de Glen tira siempre a matar. Será un buen fregado. Procura no asustarte demasiado cuando empiecen los tiros.

—Acaso sean los tiros los que se asusten de mí —repuso jactancioso y bravucón Karl.

Curly se echó a reír al escucharle. Burlonamente comentó:

—Muy valiente estás ahora; ya veremos después...

No tenía mucha confianza en él. No le agradaba ni su tipo ni su manera de hablar. Parecía que estaba siempre perdonando la vida a la gente, y a Curly no le gustaba que nadie le perdonase. Suponía que aquel valor de que alardeaba era más aparente que real. Por su gusto le hubiese puesto a prueba desde el primer instante. Pero Pat le había transmitido órdenes concretas de Johnny respecto al neoyorquino. Antes que interviniera de lleno en los asuntos del «gang» esperaba recibir ciertas noticias. Por fuerza debían haber sido satisfactorias cuando le hacían participar en el trabajo de aquella noche. Aunque también pudiera ser que no se fiaran de él y quisieran aprovechar el tiroteo que fatalmente se produciría para quitarlo definitivamente de en medio, cargando su muerte a la cuenta de Glen Wilson.

El punto de reunión era el Stork Club, una elegante sala de fiestas en el punto más concurrido de North Main Street, el Broadway de Kansas City. Lazia solía pasar en él un par de horas cada noche, acaso porque era uno de los centros que controlaba que más saneados beneficios le dejaba. Los hombres de Wilson irían a buscarle allí, seguros de encontrarle. Esperaban cogerle punto menos que desprevenido y matarle, o, lo que era mejor aún para sus planes, llevárselo secuestrado.

—Por suerte, hemos tenido una confidencia. Serán ellos los que caerán en la ratonera.

No era solo el grupo de Curly el que había de guardar aquella noche a su jefe. También estaría allí Pat Wilbur al frente de otros siete hombres. Los empleados de la casa, tipos de absoluta confianza y de probado valor, habían sido advertidos y armados. La misma Policía estaba avisada, aunque no debía presentarse hasta que la lucha hubiera llegado a su final. Si acaso, vigilaría el camino que las huestes de Wilson seguirían en su huida, caso de que pudieran escapar a la encerrona preparada por sus enemigos.

Caldwell llegó al Stork Club sobre las diez de la noche, en compañía de Curly, Bad, Jimmy y otros cuatro individuos, ocupando dos grandes automóviles. Kelly había recibido instrucciones detalladas y concretas por anticipado. Jimmy, con tres de sus amigos, tomaría posiciones en la casa de enfrente, donde emplazarían una ametralladora ligera cubriendo la puerta de entrada.

—Dejaréis pasar a los que vengan en el primer coche; a los siguientes, les barréis sin contemplaciones.

En el primer coche tenían la esperanza de que viniese Glen Wilson en persona, y a Johnny no le desagradaba la perspectiva de cogerle vivo una vez eliminados sus seguidores. Al entrar en el Club, Caldwell tuvo nuevos motivos para admitir la inteligencia con que todo había sido planeado. En el guardarropas del vestíbulo pudo ver a dos individuos que no quitaban los ojos de la puerta ni apartaban demasiado las manos de la parte baja del

mostrador, donde indudablemente tendrían preparadas sus pistolas ametralladoras. Sería allí donde Glen y sus secuaces sufrieran una sangrienta derrota. Porque, aparte de los tipos del guardarropa, había otros cuatro individuos en una pequeña galería que corría por encima del vestíbulo, ninguno de los cuales tenía aspecto muy tranquilizador ni sacaba las manos de los bolsillos.

—Son los del grupo de Pat —indicó en voz baja Curly—. Creo que con ellos habrá, bastante.

—¿Nos quedamos aquí también? —preguntó Caldwell.

—No. Estaremos en la sala de juego. Podíamos ser necesarios allí si consiguieran pasar el vestíbulo.

Cruzaron por entre las mesas que bordeaban la pista de baile. La orquesta tocaba un aire sudamericano, y varias parejas se movían lánguidamente siguiendo su ritmo. Caldwell comprobaba al pasar dos cosas igualmente interesantes: la primera, que el Stork justificaba su nombradla de ser el más suntuoso de las Clubs nocturnos de Kansas City; la segunda, que ninguno de los presentes parecía tener la más remota idea de quiénes eran ellos ni de lo que podría ocurrir, de lo que necesariamente ocurriría una hora después.

Tanto en la pista de baile como sentados en torno a las mesas, podía ver gentes de aire distinguido: caballeros de frac o «smoking» y señoras y señoritas con lujosos trajes de noche. Había algunos individuos, es cierto, que no parecían moverse con mucha, soltura, embutidos en trajes de etiqueta; también era fácil advertir que algunas, señoras habían sobrecargado de joyas su atavío con un gusto muy discutible. Pero los años de la guerra habían sido fáciles; se hicieron con rapidez grandes fortunas, y muchas gentes, si habían ganado dinero en cantidad, no aprendieron con igual velocidad a moverse en esferas distintas a las que anteriormente frecuentaban.

Caldwell y sus compañeros iban vestidos de «smoking». Pero mientras Curly lo llevaba con cierto elegante desembarazo, Bad Face tenía más aspecto de camarero que de auténtico «gentleman». Además, era fácil advertir bajo las chaquetas los bultos de las pistolas que llevaban. Cualquier observador medianamente atento sospecharía que no habían ido allí únicamente a divertirse.

Subían la amplia y lujosa escalinata que conducía a la sala de juego, cuando Caldwell se estremeció de pies a cabeza. En el rellano, hablando con un hombre relativamente joven, alto y distinguido, en cuyas sienes plateaban ya las primeras canas, había una mujer de hermosura extraordinaria. Tendría veinticinco años y era de mediana estatura, pero bien proporcionada. El pelo rubio, sedoso, formando grandes ondas, le caía libremente sobre los hombros, dejados al descubierto por el escote de su

vestido de noche. Tenía ojos grandes, rasgados, de un verde azulado intenso; la nariz recta, de puro trazo helénico; la boca pequeña, de labios Unos, admirablemente dibujados, y un cuello que parecía compendio y síntesis de todas las gracias.

Earl la miró un instante; luego, al advertir que la joven volvía la cabeza, desvió su mirada, palideció ligeramente y aceleró el paso. Bad Face, que caminaba displicente a su lado, le advirtió en voz baja:

—La chica es preciosa, muchacho; pero ten cuidado. Le gusta al jefe y sería peligroso que la mirasen demasiado.

—¿Al jefe? —inquirió, sin saber exactamente lo que decía Caldwell.

—Sí. Ese es Johnny Lazia. Ya me había olvidado que todavía no le conoces.

Con un esfuerzo, Earl consiguió sobreponerse a la emoción que sentía. De un golpe tornaba a su cerebro todo un pasado tormentoso que durante años enteros trató inútilmente de olvidar. Allí estaba Judith Compton, tan bella, tan atrayente y sugestiva como siempre. ¿Se acordaría aún de él? ¿Qué pensaría si llegaba a verle en aquel instante, si sabía que era uno de los pistoleros al servicio de Lazia? La voz de Curly le sacó de su abstracción.

—Tenemos que separarnos. Quédate por aquí, paseando sin llamar la atención. Al empezar los tiros, yo vendré a recoger...

Obedeció. Bad Face y Curly penetraron en la sala de juego. Caldwell cumplió las instrucciones recibidas. Apoyado contra una de las columnas que sostenían la galería de palcos que se alzaban sobre la sala de fiestas, continuó hundido en sus pensamientos. Judith seguía charlando, alegre y sonriente, con Johnny Lazia. En los ojos del hombre brillaba un torpe deseo. ¿No lo advertiría la muchacha? ¿Le complacería caso de advertirlo? Siempre había sido un poco coqueta, posiblemente lo fuese más ahora, luego de la terrible desilusión que la deshonra de la fuga del hombre amado debió significar para ella. Earl no podía oír sus palabras, pero se las imaginaba. De buena gana se hubiese lanzado sobre Lazia; pero hacerlo hubiera sido echarlo todo a rodar.

Al cabo de un rato vio que la muchacha, siempre sonriente, echaba a andar acompañada de Johnny. No bajaron a la pista de baile ni se dirigieron a la sala de juego. Iban hacía una puerta lateral que debía conducir al despacho de Lazia. Sintió deseos vehementes de darles alcance, de hablar a Judith, de pedirla que no continuase con un tipo como aquel. Pero ¿podía hacerlo? ¿Le escucharía la joven aunque llegase a hablar?

Permanecía vacilante, cuando ocurrió algo que le forzó a intervenir. Llegaba la pareja junto a la puerta y Johnny se disponía a abrirla sin dejar de hablar con su acompañante. De pronto, tres individuos cayeron sobre ellos. Como los tres le volvían la espalda, Caldwell no podía ver si llevaban

pistolas en la mano, aunque cabía suponerlo. Lazia se dio la vuelta, levantando los brazos, mientras en su rostro se pintaba un gesto de terror. Judith lanzó un pequeño grito. Una voz ronca y amenazadora llegó a oídos de Earl. Era una advertencia hecha a la joven:

—¡Silencio, o la mato aquí mismo!

Medio segundo después resonaba en el vestíbulo el estrépito de los disparos. La orquesta dejó de tocar en el acto; la gente corrió alocada en todas las direcciones, dando voces. Dominando todos los ruidos, un individuo colocado en el arranque de la escalera, gritó autoritario:

—¡Levanten los brazos y pónganse de cara a la pared!

Dos tipos mal encarados guardaban la puerta de entrada a la sala de juego empuñando sendas pistolas. Caldwell reaccionó con prontitud. No era difícil interpretar lo que sucedía ante sus ojos. Las gentes de Glen Wilson eran dueñas momentáneamente de la situación. No podía explicarse cómo ni por dónde habían penetrado, pero era indudable que estaban allí. Y que se hacía urgente intervenir con toda decisión y energía.

Mirando hacia la sala de juego pudo ver a Bad Pace y Curly con los brazos en alto bajo la amenaza de tres sujetos que les encañonaban con sus armas. En el piso bajo otros varios empleados se hallaban en situación semejante. Indudablemente los asaltantes obedecían un plan meticulosamente trazado. Únicamente a él, seguramente por no conocerle, le habían dejado en relativa libertad.

Los individuos que rodeaban a Lazia y Judith les empujaban ahora, con modales que nada tenían de amables, hacia la escalera, evidentemente con intenciones de sacarlos del local. Sin pensarlo dos veces, Caldwell saltó hacia adelante. Un tipo corpulento le cortó el paso. Llevaba automática en la mano y amenazó:

—¡Levanta los brazos y quédate quieto o...!

No llegó a terminar la frase. Con celeridad vertiginosa, Earl le había cogido de la muñeca derecha, volteándolo por encima de su cabeza antes de que tuviese tiempo de disparar y arrojándolo al piso de abajo. No se molestó siquiera en verle caer. Sabía que la menor distracción podía costarle la vida y que solo conseguiría salvarse actuando con rapidez y energía.

Al volverse, empuñaba ya la «Parabellum» que llevaba en la sobaquera. Uno de los individuos cercanos a la entrada de la sala de juego se disponía a tirarse contra él. Caldwell se le adelantó. Dos onzas de plomo se clavaron en el pecho del forajido, haciéndole doblarse sobre sí mismo, primero, caer de bruces, un instante después.

Los que llevaban conducido a Johnny se volvieron con rapidez al oír los disparos. Vieron a Earl que se lanzaba sobre ellos y tiraron sin inútiles vacilaciones. Varios «balazos silbaron en torno a los oídos de Caldwell;

uno de ellos le produjo una dolorosa rozadura en el cuello, de la que empezó a manar la sangre. El herido no perdió tiempo en mirarse. Se había dejado caer al suelo al empezar a tirar sus enemigos, para ofrecer menor blanco. Con una rodilla en tierra, apretaba, con ansias de matar, el gatillo de la pistola. Pudo ver cómo alcanzaba de lleno a uno de sus enemigos, que se derrumbaba con un grito de agonía en los labios. Pero los otros dos, conduciendo a sus prisioneros, escudándose en ellos, habían llegado al final de la escalera y bajaban por ella.

Hubiera tenido que incorporarse, asomar la cabeza por encima de la baranda de la galería superior para poder tirar contra ellos, aun con el riesgo de herir a la muchacha y a su jefe. Con todo, tuvo intenciones de hacerlo. Se lo impidieron por el momento los disparos del individuo que custodiaba la puerta de la sala de juego. Saliendo de la sorpresa en que momentáneamente le había sumido la muerte de su compañero, abandonando la vigilancia de los que se hallaban dentro del salón, tiró contra Caldwell. Por fortuna, estaba un poco nervioso y los primeros disparos le salieron ligeramente desviados. Cuando quiso rectificar la puntería, resultó demasiado tarde. Earl demostró en aquel instante un acierto asombroso y una sangre fría admirable. No hizo más que un disparo, uno solo, pero bastó para que el forajido, herido entre las dos cejas, abriera en gesto dramático los brazos y cayera de espaldas.

Poniéndose en pie, Caldwell se enfrentó entonces con los enemigos que salían de la sala de juego. Eran cuatro o cinco, que tiraban como verdaderos demonios. Disparó a su vez y consiguió eliminar a uno de ellos. De todas formas, lo hubiera pasado muy mal de no recibir ayudas. Por fortuna, de lo que debía ser el despacho de Johnny salió en aquel instante Pat Wilbur con un revólver en cada mano, por cuyas bocas mandaba una lluvia de plomo contra los secuaces de Glen. Bad Face y Curly aprovecharon también el instante para reaccionar. Echando mano a sus pistolas secundaron a Pat. Dos de sus adversarios rodaron por tierra. Los otros dos corrieron a parapetarse tras unas columnas del fondo de la galería, sin cesar de hacer fuego.

—¡Seguid con ellos! —gritó Earl—. ¡Voy a salvar al jefe!

Instintivamente, Bad, Pat y Curly obedecieron sus órdenes. Desentendiéndose de aquella pelea, Caldwell miró hacia el piso de abajo. En la sala de fiestas reinaba una confusión espantosa. La mayoría de los clientes estaban con los brazos en alto de cara a una de las paredes; algunas mujeres se habían desmayado; otras se habían arrojado al suelo, buscando protección debajo de las mesas. Lazia y Judith, con los brazos en alto, cruzaban la pista de baile, amenazados por sus secuestradores, con rumbo a la salida.

Earl pensó en correr tras ellos escaleras abajo. Pronto comprendió que

llegaría tarde. Con la confusión reinante abajo, serían veinte los que le cerrasen el paso. Cuando pudiese llegar hasta el vestíbulo, ya los forajidos se habían llevado a sus prisioneros. Había que intentar algo a la desesperada. Apuntando con todo cuidado al forajido que llevaba encañonada a la muchacha, apretó el gatillo de su pistola. Se oyó un ruido seco, pero no resonó el esperado disparo. Con un estremecimiento de angustia, comprendió lo que sucedía: había agotado el cargador y no podía perder tiempo en colocar otro. Tomó entonces una rápida resolución.

Sin preocuparse de las balas que silbaban en torno a su cabeza, corrió por la galería superior hasta un punto situado encima mismo de la puerta de salida al vestíbulo. Los forajidos se disponían a traspasarla en aquel instante, llevando a los dos prisioneros, guardadas las espaldas por otros tres o cuatro de los suyos. Caldwell no vaciló. Era un salto de más de cinco metros, con muchas probabilidades de romperse una pierna en la caída. Pero era la vida de Judith lo que estaba en juego en aquel instante.

Uno de sus adversarios le vio traspasar la barandilla en el instante en que se disponía a saltar e hizo fuego. Aunque el balazo pasó silbando a un centímetro de la cabeza de Earl, no bastó para hacerle retroceder. Midiendo con exactitud las distancias, Caldwell se lanzó al espacio. Cayó de lleno sobre el individuo que había disparado. Si personalmente recibió un golpe formidable, cien veces mayor fue el sufrido por su contrincante, que no solo rodó por el suelo, sino que perdió el conocimiento, quedando en el acto fuera de combate.

Pero si aquel forajido había dejado de representar un peligro, no ocurría lo mismo con su acompañante. Al ver que Earl, tras caer encima de su amigo se incorporaba para acometerle, empezó a disparar. Si no hizo blanco con el primer disparo nadie podría atribuirlo a mala puntería. Judith Compton estaba terriblemente asustada por la inesperada agresión y los sangrientos acontecimientos que se desarrollaban en torno suyo. Sin embargo, tuvo la presencia de ánimo necesaria para dar un violento empujón al individuo que se hallaba a su lado, en el instante mismo en que pretendía terminar con la vida del hombre que se lo jugaba todo por salvarla a ella y a Johnny Lazia.

El balazo que salió de su pistola pasó muy alto por encima de la cabeza de Caldwell, al dar un par de traspies a consecuencia del empujón recibido. Logró reponerse con rapidez y, apuntando con cuidado, quiso volver a disparar. Pero entonces fue el propio Earl quien se lo impidió. Poniendo en juego sus músculos magníficamente entrenados en toda clase de deportes, salió disparado como una flecha, tomando como blanco el estómago de su enemigo. El formidable cabezazo obligó a salir rodando al facineroso, pero también Caldwell, llevado de su impulso, vino a caer a su lado. Los dos se pusieron en pie con extraordinaria rapidez. El «gun-man» no había perdido

el arma en la caída y estaba decidido a terminar con su contrincante. En aquel instante, los dedos de Earl se cerraban como un anillo de hierro en torno a su muñeca, forzándole a levantar la mano derecha. Aunque apretó el gatillo, los balazos fueron a clavarse en el techo.

—¡Te mataré de todas las maneras! —gruñó furioso, al tiempo que asestaba una patada a su adversario. Caldwell contestó con un puñetazo que dejó medio atontado a su enemigo. Pero este, hombre de extraordinaria fortaleza, no estaba nada dispuesto a darse por vencido. Con la mano izquierda logró asir el cuello de Earl, apretando con todas sus energías, en tanto que procuraba librar el brazo derecho para poder manejar con eficacia su pistola.

Hubo un instante en que Caldwell se vio en grave peligro. En condiciones normales habría derrotado sin grave dificultad a su contrincante; por desgracia, la rozadura del cuello le dolía mucho, al caer desde la galería se había dado un golpe que disminuía considerablemente sus energías y su adversario tenía en la mano una pistola que constituía el más grave de los peligros. Resolvió terminar de una vez. Aguardó un instante en que su enemigo, al agacharse, en el curso del forcejeo, le mostró la nuca. Entonces su mano derecha se alzó abierta, rígida y golpeó con el borde, con la dureza de un hacha, el cuello de su enemigo. Se oyó un seco chasquido, el forajido lanzó un ligero gemido y se derrumbó a plomo como fulminado por un rayo.

—Tú lo has querido —gruñó Earl.

Sus inmediatos enemigos habían desaparecido, pero la lucha no continuaba. En el piso superior, Pat, Bad Face y Curly habían conseguido terminar con sus adversarios y bajaban por la escalera haciendo fuego contra los secuaces de Glen que seguían resistiendo en la sala de fiestas. Afortunadamente, varios de los camareros, inmovilizados por la sorpresa inicial, habían entrado, a su vez, en actividad. Silbaban las balas en todas las direcciones; uno tras otro iban cayendo los invasores y no parecía que pudieran haber dudas sobre cuál sería el final.

Tras recoger la pistola de uno de sus enemigos, Caldwell se disponía a secundar a Johnny, que ahora, manejando un arma con cada mano, participaba sin vacilaciones en la pelea, cuando surgió un nuevo peligro. Dos individuos acababan de aparecer en lo alto de los cuatro escalones que conducían al vestíbulo. Traían pistolas ametralladoras y se disponían a barrer a todos los presentes con unas ráfagas.

Earl los vio antes de que transpusieran la puerta. Sin pensar en el peligro que corría subió de un salto los escalones y se enfrentó con ellos. Tiró con rapidez, sin darles tiempo a apretar los gatillos de las armas que empuñaban. Les vio caer alcanzados por sus disparos, pero casi en el mismo momento algo duro chocó contra su cabeza, se le doblaron las

piernas, una espesa nube enturbio su visión y rodó por el suelo perdido el conocimiento.

Cuando lo recobró se encontró tendido en el diván de una habitación que, como sabría más tarde, era el despacho de Lazia en el «Stork». En torno suyo pudo ver a varias personas. Entre ellas se encontraban el propio Johnny, Pat Wilbur y Judith Compton.

—Te portaste magníficamente, muchacho —le dijo Lazia—. De no ser por ti, por tu decisión y tu valor, lo habríamos pasado bastante mal.

Sin necesidad de que Caldwell hiciese la menor pregunta contó que los secuaces de Glen habían sufrido una terrible derrota, dejando tendidos a la mitad de sus hombres. Uno a uno, muy espaciados entre sí, yendo en ocasiones acompañados por alguna mujer, habían conseguido introducirse en el Club mucho antes de la hora en que les esperaban, logrando pasar inadvertidos. Atacaron de pronto, cuando más desprevenidos estaban sus enemigos y estuvieron a punto de triunfar.

—Gracias a ti les salió mal la jugada. Ten la seguridad de que no lo olvidaré.

Sentado en el diván, Earl parecía escucharle, pero apenas le oía. Su atención estaba en otro lado. Judith Compton, pálida, con una clara expresión de angustia en el semblante, permanecía silenciosa e inmóvil a unos pasos de distancia. No le miraba siquiera, pero Caldwell suponía lo que estaba pensando.

—La herida no tiene la menor importancia.

Fue una bala que te alcanzó de rebote. Mañana estarás completamente bien.

Earl se tocó la cabeza, Estaba vendado. Se puso en pie. Quiso avanzar hacia Judith, pero la muchacha se apartó a un lado. Iba a decir algo, cuando a sus oídos llegó el estridente sonido de las sirenas de varios coches que debían detenerse en aquel instante ante la puerta del local. Salló de su abstracción. Mirando a Lazia murmuró, alarmado.

—¡La Policía! ¡Viene la Policía!

—Así es, muchacho. Pero no te preocupes. Llega avisada por mí Taylor es buen amigo mío y...

—¿Taylor Steinbeck? —preguntó Caldwell.

—Sí. ¿Le conoces? Ya veo que sí. No temas nada; te aseguro que nada te pasará aunque te encuentre aquí.

—Es posible —repuso pensativo Earl—. De todas formas prefiero no verle. ¿No puedo salir sin que me vea?

Por espacio de unos segundos, Johnny le contempló pensativo y vacilante. Al cabo tomó una resolución.

—Acaso tengas razón. Tú, Pat, vete con él. Tráele mañana a mí casa. Quiero que hablemos.

Wilbur hizo una seña a Earl para que le siguiese. Johnny volvió a hablar entonces:

—Tampoco convendría que vieses aquí a *miss* Compton. Kirk, encárgate de acompañarla hasta su domicilio. No tardarán en acudir los periodistas. No quisiera que el nombre de la señorita apareciese mezclado en todo esto.

Salieron por una puerta disimulada en el fondo de la habitación. Bajaron una estrecha escalera. Tres minutos después estaban en la calle. Dos coches estaban esperándoles. Judith se dispuso a penetrar en uno de ellos. Silenciosa hasta entonces, se volvió en aquel momento para decir a Caldwell, que caminaba casi a su lado:

—Me has salvado la vida y debía estarte muy agradecida, Will. Pero hubiese preferido no volverte a ver.

—¿Tanto me odias, Judith?

—¿Odiarte? No. Pero siempre era preferible pensar que habías logrado regenerarte o morir como un héroe en la guerra que verte convertido en lo que eres.

—Si yo te dijese la verdad, Judith... Si yo pudiera contarte... lo que soy...

—No tienes nada que decirme —le interrumpió la muchacha, metiéndose en el coche y cerrando la portezuela—. Ya he visto lo que eres. Lo peor que podías ser: un pistolero vulgar, un asesino a sueldo...

**Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscribase a la
EXTRAORDINARIA DEL OESTE**

III

PROPOSICIÓN SORPRENDENTE



ASTA ayer tenía ciertas dudas con respecto a ti. Ahora ya puedo hablarte con entera confianza.

—¿Por la forma en que intervine en la lucha del «Stork»? —preguntó Earl.

—No. Allí demostraste valor y puntería. Pero necesito algo más para poder confiar en una persona. Y eso es lo que acabo de saber. Johnny Lazia hablaba sonriente, con perfecta seguridad en sus palabras, clavados los ojos escrutadores en el rostro de su interlocutor. Caldwell experimentó un ligero sobresalto al oírlo. Dominándose con rapidez, preguntó:

—¿Qué es lo que acaba de saber?

—Que eres quien dijiste ser. ¿Te asombra mi respuesta? Pues has vivido lo suficiente para comprender lo que quiero indicar. Te presentaste en Kansas City como caído del cielo; fuiste a ver a David Manstone, el abogado, y le contaste que venías huyendo de Nueva York por haber pertenecido al grupo de Baring.

—Y así era.

—Así lo decías tú, que no es lo mismo. Podía ser verdad o no serlo. Baring ha muerto; muchos de sus amigos, también; aquí no te conocía nadie. ¿Quién podía garantizarnos que no eras incluso un agente del F. B. I., que pretendía incrustarse entre nosotros para descubrir nuestro trabajo?

Earl se encogió despectivamente de hombros. No creía preciso siquiera desmentir aquella especie, pero su gesto resultaba elocuente en demasía. Comprendiendo su muda protesta, Johnny se apresuró a añadir:

—Ya sé que te parece absurdo; pero aquí no estamos en Nueva York; pisamos terreno muy resbaladizo y todas las precauciones son pocas. Hoy tengo pruebas de quién eres. Pero si hubieras resultado lo que temí en un principio...

—¿Agente de la Policía federal? —preguntó Earl. Luego, ante el gesto de asentimiento de su interlocutor, tornó a inquirir—: Pero ¿ha habido algún agente tan estúpido y suicida como para ingresar en el «gang»?

—No es cosa que interese ahora —repuso Lazia, rehusando la cuestión

—. Lo único que importa es que no lo seas tú. Afortunadamente para ti, no existe la menor duda. Hice algunas averiguaciones, y he logrado conocer toda tu vida y andanzas.

Por el cerebro de Caldwell cruzó con rapidez el recuerdo de Judith. ¿Habría hablado de él, contando cuánto sabía? Le dolería, por varias razones, pero especialmente porque demostraría que entre ella y Johnny existía una excesiva confianza. No quiso dejar traslucir sus pensamientos. Mirando a Lazia, preguntó:

—¿Qué averiguó?

—Muchas cosas. Más, incluso, de las que te agradecerían. Pero te bastará con que te diga una: la Policía de Nueva York te reclama por asesinato. Perteneceste, en efecto, al grupo de Baring. Personalmente te acusan del asalto de una joyería y de la muerte de un «bull»², que quiso cerrarte el paso. Lo suficiente, desde luego, si te cogen, para que vayas directamente a la silla eléctrica.

—No me cogerán vivo —repuso con calma Earl—. Pero para saber todo eso podía haberse ahorrado trabajo. Fue lo, mismo que le dije a Pat Wilbur el primer día.

—La única diferencia estriba en que ahora sé que es verdad. Y más aún me importa que sepas tú que estás en mis manos.

—Eso...

—Es la verdad. No voy, naturalmente, a denunciarte a la Policía. Puedo darte la seguridad, por el contrario, de que no corres el menor peligro. Pero siempre, naturalmente, que obedezcas mis órdenes en todos los momentos y no pretendas jugar sucio. Si llegara siquiera a pasársete por la imaginación, no vivirías muchas horas. ¿Comprendido?

Earl lo comprendía. Johnny Lazia era hombre inteligente y peligroso. Procuraba no fiarse de nadie, mientras no lo supiera incondicionalmente en su poder. Ciertamente, al igual que otros jefes de «gangs», podía muy bien acribillar a balaros a cualquiera de sus secuaces que intentara traicionarle. Pero prefería, al parecer, entregarle a la Policía o presentar a los ojos de esta el asesinato del traidor como un servicio prestado a la ley y al orden.

Lazia daba en este aspecto un paso más adelante que los viejos «gangsters» de la época de la prohibición. Estos necesitaban, simplemente, que cualquiera de sus hombres tuviera sangre en las manos antes de penetrar en los misterios de la banda. Era muy peligroso confiar en un individuo que pudiera salir bien librado en caso de ser apresado el «gang». Precisaban que cada uno de sus secuaces supiera que su vida corría tanto peligro como la del propio «boss», en caso de un desastre. Con esto se daban por satisfechos. Johnny quería disponer de pruebas que le permitieran disponer del destino de sus auxiliares.

—Si alguno me falla, basta con un aviso a la Policía. Ella se encarga de

solucionar el asunto.

—¿Y si el individuo tiene la habilidad precisa para hacerse con pruebas que perjudiquen a su antiguo jefe? —preguntó intencionadamente Caldwell.

—Nadie consigue esas pruebas —repuso secamente Lazia—. Si alguno lo intenta, no resulta saludable para él. Además, no le servirían de nada.

Habló a continuación del objeto de su llamada a Caldwell. Por Manstone y Wilbur sabía que era un hombre hábil, inteligente, que hablaba con facilidad y vestía con cierta elegancia. Solo tenían dudas con respecto a su eficacia con las armas en la mano y a la confianza que pudiera merecerles.

—Las dos cosas han quedado suficientemente aclaradas. Ahora creo que puedo tener un trabajo interesante para ti.

El asalto del Stork Club había provocado un verdadero escándalo en la ciudad. La Policía tuvo que darles la razón, por cuanto no hicieron otra cosa que defenderse. En el Chicago de 1920 el episodio no habría sorprendido a las gentes. Pero Kansas City no era Chicago ni la situación de 1950 tenía mucha semejanza con la de treinta años atrás.

—El juego está tolerado y proporciona buenos ingresos a todo el mundo. Pero si se repiten sucesos como el de anoche, con sus diez muertos, es muy posible que las autoridades se vean en la precisión de suprimirlo radicalmente.

Johnny no lo dijo, naturalmente; pero aquella mañana había tenido dos conversaciones poco agradables con Clark Huges y Taylor Steinbeck. El «boss» político se expresó con brutal dureza:

—Si usted quiere comportarse como un «gangster», tendremos que barrerle antes que la opinión pública nos barra a todos.

El jefe de detectives no se atrevió a expresarse con tanta energía. No por ello sus palabras resultaban menos alarmantes. Estaba dispuesto a seguir ayudando a Lazia en la medida de sus fuerzas. Todo iría bien, mientras no se diese motivos para intervenir a las autoridades federales, o cuando menos a las del Estado. El asunto de Shorty Godfrey y Aldous Grey había quedado solucionado perfectamente, en apariencia al menos. Pero si se repetían sucesos como el de la noche anterior, sería difícil evitar peligrosas investigaciones.

—La culpa de todo la tiene ese maldito Glen —repuso Johnny—. Si terminásemos con él, todo iría perfectamente.

Taylor movió la cabeza dubitativo, aunque prácticamente formaban parte de la misma ciudad, los barrios de Wyandote pertenecían al Estado de Kansas. Sus autoridades no mostraban demasiadas simpatías por las de la orilla derecha del río. Wilson era para ellas lo que Lazia significaba para las de Kansas City. No conseguirían que procedieran contra él.

—Puedo ser yo, con mis hombres, quien le dé su merecido. Organizaré un «raid» esta misma noche, y mañana...

—Mañana se habrá armado el mayor escándalo que puedas imaginarte. Las autoridades de Kansas reclamarían a las de Missouri; si no procedíamos contra ti, acudirían a las federales. Sería la mayor de las torpezas. No faltaría quien quisiera descubrir cuanto aquí sucede y el resultado no tendría nada de agradable para ti ni para mí.

—Entonces, ¿debo cruzarme de brazos?

—No. Supongo que ha llegado el momento de hacer la paz. La lucha no os conviene ni a ti ni a Glen. Recuerda siempre que una mala paz puede ser preferible a mía buena guerra.

Johnny tuvo que dejarse convencer, muy a pesar suyo. Le hubiese gustado dar su merecido a quienes pretendieron cazarle la noche anterior. Sin embargo, entrañaba demasiados riesgos. Sin la ayuda incondicional de Taylor —que empezaba a temer haberse comprometido demasiado por ayudarle— ni la protección de Clark Hugues— un poco asustado desde la muerte de Aldous Grey—, cualquier intento concluiría en un desastre. Si hubiese realizado su ambición de convertirse en «boss» político de la ciudad, la situación sería muy distinta. Así no le quedaba más remedio que seguir el consejo de Taylor. Puesto que no bastaba la piel de león, tendría que coser algo de piel de zorro. Esperaría su oportunidad.

Al hablar con Caldwell no dejó traslucir por completo su pensamiento. Los nombres de Taylor y Hugues no salieron de sus labios. Aludió exclusivamente a Glen Wilson y a los perjuicios que la lucha traía aparejados, y señaló cuál podía ser el papel que desempeñase Earl.

—Necesito un «fixer»³. Ha de ser un hombre inteligente, capaz de argumentar en defensa de sus puntos de vista, pero que al mismo tiempo posea el valor preciso para no asustarse por nada. Hasta hace unas semanas me sirvió perfectamente Conn O'Hara. Desgraciadamente, murió.

No fue muy explícito con respecto a la forma en que O'Hara había muerto. Caldwell no hizo ninguna pregunta, aunque por Bad Face sabía algo de la suerte corrida por su antecesor en el cargo que querían confiarle. Se limitó a preguntar:

—¿Por qué no utiliza a Pat, Curly e incluso al propio Manstone?

—Si piensas un solo minuto, tú mismo darás con la respuesta. Curly solo sabe discutir a balazos; Pat, es hombre de pocas palabras; en cuanto a Manstone, tiene toda la habilidad que a los otros les falta, pero carece del valor que les sobra.

Había incluso otra razón más. Tanto Manstone como los otros dos tenían algunas cuentas pendientes con Glen. Wilson tenía motivos sobrados para desear su rápida desaparición del mundo de los vivos. Lo más probable era que no accediera a entrevistarse con ellos, recelando una

emboscada. O que si daba su consentimiento, fuera para hacerles caer a su vez en alguna celada.

—Necesito un hombre que hable con él y que le convenza de que a los dos por igual nos interesa la paz. Si mi situación en Kansas City puede hacerse delicada con una nueva batalla campal, la suya en Wyandote no será mucho mejor, si de nuevo hago que Pat y Curly crucen el río y vayan a asaltar cualquiera de los establecimientos protegidos por él.

Earl Caldwell aceptó complacido la misión que se le confiaba. Se daba cuenta perfecta de los peligros que podía significar, pero siempre serían menores que tener que actuar como «gun-man» en una serie de peleas callejeras. Además, los ingresos estarían en proporción con la importancia de la tarea. Por si fuera poco, actuar como «fixer» le permitiría vivir con cierta independencia, tener libertad de movimiento, poder andar de un lado para otro y conocer no solo a los miembros del grupo de Curly, sino incluso a los individuos que estaban por encima de Lazia. Pero antes de dar por terminada la entrevista, hubo un punto que Johnny tuvo cierto interés en aclarar:

—¿Por qué temías anoche que pudiera verte Taylor Steinbeck? ¿Le conocías acaso?

—No creo haberle visto en todos los días de mi vida —repuso con serenidad Earl.

—¿Entonces...?

—¿No me ha dicho usted mismo que estoy reclamado por las autoridades de Nueva York? ¿No es Taylor jefe de detectives? Pues ahí tiene la respuesta. A un compañero que formó parte del «gang» de Baring le oí hablar de Steinbeck. Afirmaba que era el tipo más peligroso que había conocido. ¿Se explica que no tuviese interés en verle cuando acababa de liquidar a unos cuantos individuos?

Hablaba con tan aparente sinceridad, que Lazia hubo de creerle. Le entregó unos billetes para que tuviese dinero encima en todo momento, le dio instrucciones acerca de la forma en que debía llevar a cabo las negociaciones con Glen, y dónde y cómo podía verle a él. Al despedirle, le dijo:

—No te preocupes respecto a Taylor. Es buen amigo y hará lo que le indiqué. Aunque te reconozca, pasará cien veces por tu lado como si ignorase tu existencia. Pero cuidado con lo que haces. Si pretendes traicionarme, Steinbeck te atraparé en el acto.

Caldwell podía sentirse satisfecho. En pocas semanas había logrado gran parte de sus esperanzas al poner los pies en Kansas City. Aquella misma tarde pudo abandonar la casa de Westport en que había residido hasta entonces, para instalarse en el Lux, uno de los mejores hoteles de la ciudad, donde Lazia había reservado previamente unas habitaciones a su

nombre.

No le preocupó mucho que apareciese el nombre de Earl Caldwell, reclamado por las autoridades de Nueva York. Johnny le había dicho que nada tenía que temer por parte de Taylor, y estaba seguro de que la Policía de Kansas City no le molestaría en lo más mínimo.

«Por lo menos —se dijo— mientras Lazia me necesite».

Cenó aquella noche en compañía de David Manstone y otro abogado, amigo suyo, que mantenía, al parecer, las más estrechas relaciones con el grupo de Wilson que actuaba en Wyandote. Durante la cena quedó acordado que al día siguiente Caldwell cruzaría el Kansas para ir a comer en uno de los restaurantes controlados por Glen.

—Puede ir sin el menor cuidado. Tenga la seguridad de que no le pasará nada. Yo haré las presentaciones.

Horas después comunicó a Lazia su intención de meterse en Wyandote. Iría a entrevistarse con Wilson en el lugar señalado por su representante oficioso.

—No sé si será meterme en la boca del lobo, pero confío en mi buena estrella.

—Si ese canalla de Glen jugase sucio en esta ocasión —dijo Johnny—, sabríamos vengarte.

—Después de muerto yo —comentó con una sonrisa Earl—, poco me importaría que me vengasen o no.

Valiéndose de Manstone y de su colega, el abogado amigo de Wilson, Johnny consiguió hacer llegar hasta su rival, a través de varias conversaciones telefónicas, el anuncio de que pensaba enviar a Earl Caldwell, un recién llegado a Kansas City, ajeno a las luchas que sostenían, en calidad de parlamentario para llegar a un arreglo de las cuestiones pendientes entre ambos.

—Lleva una proposición concreta mía. Solo quiero la palabra de Glen de que, acepte o rechace la propuesta, nada intentará contra el «fixer».

—Míster Wilson le ofrece esa seguridad. Su enviado podrá entrar y salir de Wyandote con absoluta tranquilidad, siempre que acuda a la entrevista solo y sin armas.

Por teléfono acabaron de ultimar los detalles de la entrevista en proyecto. Fue Glen, naturalmente, quien impuso sus condiciones. La conversación no se celebraría a mediodía, sino por la noche. Earl iría solo, conduciendo un automóvil. Se detendría a la salida del puente sobre el Kansas, cerca de la puerta de un bar. Dos individuos se le acercaría entonces. Uno de ellos, para ser reconocido, diría llamarse Richard. Les dejaría montar en el coche y seguiría con ellos en la dirección que le indicasen.

—Pero insisto en que Caldwell debe acudir solo. Si alguien le

acompaña, si le sigue algún otro coche, lo más probable es que no salga vivo de Wyandote.

Con cierto asombro comprobó Johnny que Earl no parecía asustado lo más mínimo por las extraordinarias y alarmantes condiciones impuestas por Glen. Serenamente comentó:

—No creo que tengan el menor interés en quitarme de en medio. Si lo pretendieran, les habría resultado mucho más fácil esperarme anoche en la puerta del Lux y meterme unos balazos entre pecho y espalda.

Pat Wilbur, que había asistido silencioso a la entrevista entre su jefe y Caldwell, comentó al marcharse este:

—¿No te parece demasiado valiente, Johnny? Este tipo empieza a parecerme sospechoso. Yo, en tu lugar, no me fiaría mucho.

—Y no me fío. Le dejo cierta libertad para que pueda mostrar su juego. Emprende ahora una faena peligrosa. Si Glen le mata, acaso nos ahorre trabajo a nosotros.

A la hora fijada, Earl tomaba en la puerta de su hotel, donde acababa de celebrar una última charla con Wilbur, que le transmitió instrucciones concretas de Lazia, el coche cuyas señas tenían ya los secuaces de Wilson. Empezó en el acto la marcha. Se dirigió hacia la parte oeste de la ciudad, atravesando Quality Hill. Iba tranquilo y sonriente, si bien miraba constantemente por el espejo retrovisor para convencerse de que no le seguía ningún automóvil. Cuando tuvo la plena seguridad, se detuvo a la puerta de un bar, cerca ya de las orillas del río que marcaba la línea divisoria entre los Estados de Missouri y Kansas. Pidió una botella de cerveza, la apuró con parsimonia, fijó los ojos en la puerta de entrada. Esperó con calma unos minutos. Seguro de que nadie le observaba, entró entonces en la cabina telefónica. Marcó un número y estuvo hablando por espacio de varios minutos.

—Es posible —dijo a su interlocutor— que se trate de una jugarreta. Cabe en lo verosímil que Johnny me envíe como víctima propiciatoria, cuyo sacrificio sirva para calmar las iras de su rival. De todas formas, he de correr este riesgo. Si acaso no vuelve a saber nada de mi o encuentran mi cadáver en cualquier parte, ya puede imaginarse lo que me ha ocurrido.

Colgó el auricular, salió del establecimiento y volvió al coche. La hipótesis que había anunciado por teléfono nada tenía de absurda. Muchas veces los jefes de «gang» no tenían inconveniente en inmolarse a uno de los suyos para restablecer la paz entre dos bandas enemigas. El, personalmente, había jugado un papel decisivo en la pelea de dos noches antes, matando a varios de los secuaces de Wilson. ¿No podía haber exigido Glen su muerte como condición preliminar del arreglo que tanto interesaba a Lazia?

Por fortuna para Caldwell, no fue así. Apenas atravesado el Kansas, se le acercaron los dos individuos anunciados. El llamado Richard subió en el

coche, haciéndole marchar por diversas calles de Wyandote. El otro se quedó vigilando la salida del puente. Ninguno de los dos tenía un aspecto muy tranquilizador. Los bolsillos de sus abrigos, de los que no sacaban las manos, abultaban de una manera sospechosa.

—Para aquí —le dijo de pronto Richard—. Dejaremos el coche pegado a la acera. Nosotros seguiremos andando.

Caldwell obedeció. Cruzaron la calle, penetraron por otra lateral y anduvieron por espacio de cincuenta metros antes de pararse frente a una casa de aspecto insignificante. Richard llamó, y le abrieron inmediatamente. Al penetrar en el vestíbulo, Earl pudo ver a tres individuos, a uno de los cuales le pareció haber visto dos noches antes en el Stork Club. Con modales que nada tenían de amables, Richard le indicó:

—Deja que te registremos, amigo. El acuerdo era que no trajeses ningún arma.

Solo cuando se convencieron de que no llevaba encima nada que le sirviese para atentar contra la vida de su jefe, le hicieron pasar a la habitación inmediata. Allí, acompañado de dos de sus seguidores, le esperaba Glen Wilson. Era un individuo de cuarenta años, de mediana estatura, ancho de hombros, mandíbula cuadrada y ojos pequeños, de receloso mirar. Invitó a Caldwell a sentarse y escuchó atentamente las proposiciones de Lazia.

—¡Hum! —gruñó cuando Earl terminó de hablar—. No acabo de fiarme. Dejemos a un lado los rodeos para hablar de hombre a hombre. ¿Qué pretende ese zorro de Johnny?

—Caldwell repitió punto por punto cuanto había dicho antes. La lucha perjudicaba por igual a ambos bandos. Existía el peligro de que las autoridades federales tuviesen que intervenir, poniendo coto a la racha de crímenes. Desconfiado, comentó Glen:

—Como pretexto, no está mal elegido; pero no creo una sola palabra. Lazia sabe que nada tiene que temer de las autoridades. Por lo menos mientras Clark Hugues se lleve lo que se lleva. ¿O es que ha reñido ya con él?

—Ni sé que hayan reñido ni creo que tengan nada que ver. Clark Hugues es la figura política más destacada de Kansas City; podría ser gobernador, alcalde o senador si le interesase. ¿Cómo iba a comprometer su posición aceptando dinero de Johnny?

Su interlocutor se echó a reír. Luego, cuando Caldwell insistió en su defensa de Hugues, comentó un poco amoscado:

—Mira, muchacho: no sé si eres tonto o te lo haces. En cualquiera de los casos, pierdes el tiempo. Estoy demasiado enterado de las relaciones de Clark y Lazia para que puedas engañarme. Si Johnny te mandó con ese propósito, pudo ahorrarse el trabajo.

Uno de sus acompañantes le hizo observar entonces que Earl llevaba tan solo dos semanas en Kansas City y acaso no estuviera enterado de nada.

—Es posible que Lazia le haya mandado por eso.

Glen Wilson se inclinaba a pensarlo así. Habló por ello con mayor extensión y claridad que de haber tenido frente a sí al propio Lazia, a Manstone o a cualquiera de los hombres de confianza de Johnny. Daba datos concretos; señalaba incluso las cantidades que el «boss» político recibía por tolerar los turbios manejos de quienes explotaban las casas de juego. No hablaba en son de censura, naturalmente. En definitiva, si en Wyandote funcionaba la ruleta y Glen obtenía los más saneados ingresos, se lo debía a la comprensión de otros políticos del mismo tipo que Hugues.

—Si te digo todo esto es para que veas que no puedes engañarme. Y también para que comprendas mi incredulidad respecto a los motivos que inducen a Johnny a pedir la paz.

—Pues yo te aseguro que desea sinceramente un arreglo.

—Y yo que no puede deberse a una divergencia entre él y Hugues. Están demasiado unidos. Sobre todo después de lo de Aldous Grey.

Caldwell tuvo la habilidad precisa para no demostrar un excesivo interés que pudiera parecer sospechoso a sus oyentes. Por fortuna, no necesitó esforzarse para hacerles hablar. Cuando afirmó muy seriamente que a Grey le había matado Shorty, Glen repuso riendo:

—Eso dijo Taylor. Pero Shorty estaba muerto diez minutos antes de la aparición del coche de Aldous. ¿Quién los mató? Tú lo sabes mejor que yo. Si te queda alguna duda, pregunta a tu buen amigo Curly.

Bien. Era un dato muy digno de tenerse en cuenta. No quiso hablar más del asunto, temiendo que fuera contraproducente. Insistió en la sinceridad de las intenciones pacifistas de Johnny. Con tanta sinceridad parecía expresarse acerca de sus deseos de un arreglo amistoso, que sus interlocutores llegaron a dudar. Especialmente teniendo en cuenta que Lazia formulaba proposiciones concretas, altamente beneficiosas para sus adversarios. Glen acabó por decir:

—No lo entiendo. Sabe que estoy en cuadro, que anteanoche, en el asalto del Stork, cayeron la mitad de mis hombres. ¿Por qué me ofrece la paz ahora, cuando debía estar deseando vengarse del susto que le dimos y que estuvo a punto de costarle la vida?

De pronto, dándose una palmada en la frente, añadió:

—¡Ya di con la explicación! Indudablemente se trata de esa chica...

—¿De qué chica? —inquirió, desconcertado, Earl Caldwell.

—De sobra lo sabes: de Judith Compton.

—¿Judith Compton? ¿Y qué tiene que ver con todo esto?

—Mucho. Ya me dio bastante que pensar saber que anteanoche estaba con Johnny, cuando todo el mundo creía que era novia de Hugues. O

mucho me equivoco o esa muchacha es una...

Earl Caldwell había procurado contenerse hasta entonces. En aquel momento perdió los estribos. De un salto estuvo en pie. Adivinando el peligro que le amenazaba, Glen se levantó también, esbozando un gesto defensivo. Su contrincante fue mucho más rápido. Su puño izquierdo alcanzó el estómago de Wilson, mientras con el derecho le golpeaba la cara con tanta contundencia que le hizo salir rodando medio atontado por el suelo.

Los dos secuaces de Glen pretendieron intervenir echando mano a las pistolas. Uno de ellos no llegó a sacarla, alcanzado por un terrible puntapié en el bajo vientre que le hizo caer al suelo retorciéndose de dolor; el otro se sintió asido por unas, manos de hierro que le retorcieron el brazo con tan salvaje violencia que le obligó a soltar el arma que empuñaba lanzando un gemido de dolor.

Los tres enemigos de Earl se repusieron con extraordinaria rapidez. Pero cuando lograron ponerse en pie se encontraron a Caldwell con una pistola en la mano derecha y advirtiéndolo amenazador:

—Uno solo grito y podéis daros por muertos.

Tanto su actitud como la luz que brillaba en sus ojos no dejaba lugar a posible duda. Mataría sin la menor vacilación. Hubo una ligera pausa. Fue Glen quien la rompió para decir:

—Está bien. Tú ganas. Pero ¿de qué te servirá todo esto? ¿Crees que puedes escapar con vida?

—No lo sé; pero sí que si me matan, tú no llegarás a verlo. ¡Deprisa! ¡Levantad los brazos y poneos de cara a la pared!

Tuvieron que obedecer. Mientras, Caldwell les despojaba de sus armas, Wilson volvió a hablar:

—¿Qué te propones? ¿O es que te mandó Johnny con órdenes de asesinarlos, aprovechando un momento de descuido?



—No se trata de eso. Ni yo soy un asesino ni mataría a nadie por la espalda, a menos que de ello dependiera mi vida. Pero tampoco puedo tolerar en silencio que delante de mí se insulte a una señorita como *miss* Compton.

Pese a lo dramático de la situación, Glen sintió deseos de echarse a reír. ¿Conque era eso nada más? Por su cerebro cruzó con rapidez la idea de que también los encantos de Judith hubieran hecho mella en el corazón de Caldwell. Con cierta ironía preguntó:

—¿Acaso estás enamorado de ella también? No negaré que la muchacha lo vale. Pero te aseguro que...

—No asegures nada, Glen. Deja de hablar de *miss* Compton o tendré que olvidarme de que estás desarmado para meterte un balazo en la cabeza.

—Está bien, amigo. No hablaré de ella.

—Perfectamente. Entonces, podéis volveros y seguiremos hablando. Responde de una vez: ¿aceptas sí o no las proposiciones de Lazia?

Glen se apresuró a responder afirmativamente. Nada perdía con hacerlo, porque siempre tendría tiempo de volverse atrás si le convenía. Una negativa ahora, cuando su contrincante le amenazaba con una pistola en cada mano, resultaba demasiado peligroso. Además, las condiciones de Johnny —absoluta paz entre ambos bandos, respetando cada uno los negocios del otro— le convenían, especialmente mientras no pudiera reponer las pérdidas sufridas en el «Stork Club».

Hablaron por espacio de diez minutos, llegando a un acuerdo total. Convinieron incluso que Wilson y Lazia se entrevistarían al día siguiente para ultimar los detalles del acuerdo. Mientras Earl hablaba con Glen, uno de los secuaces de este, juzgando descuidado a su enemigo, fue acercándose disimuladamente a la mesa donde habían quedado cuatro de las pistolas. Cogiendo una de ellas con rapidez, quiso hacer fuego. Su contrincante fue más rápido. Tiró sin apuntar, sin mirar siquiera, y el arma le fue arrancada violentamente de las manos. Al grito de sorpresa de sus adversarios siguieron unas palabras enérgicas de Earl, pronunciadas en voz muy baja:

—Es una advertencia, amigos. La próxima vez tiraré a matar. Y ahora cuidado, Glen. Tus amigos de fuera habrán oído el disparo. Procura tranquilizarles sin abrir la puerta o lo pasarás mal.

Muy a pesar suyo tuvo que hacerlo un instante después cuando sus secuaces que aguardaban en la habitación inmediata preguntaron alarmados por lo ocurrido.

—No ha sido nada, muchachos. Se escapó un tiro; pero, por fortuna, no ha dado a nadie.

Cuando oyeron alejarse tranquilizados a los amigos de Glen, Earl hizo la más extraña de las proposiciones:

—Supongo que no os agradará en lo más mínimo que se llegue a saber que yo, solo y sin armas, fui capaz de vencerlos a los tres. Pues bien: yo no diré una sola palabra a nadie si vosotros accedéis a lo que voy a pedirlos.

—¿Y si nos negamos?

—En ese caso lo más probable sería que lo pasaseis mal. La puerta está cerrada con llave, pero la ventana da a la calle. ¿Crees que me costaría mucho trabajo mataros a los tres y escapar antes de que acudieran tus amigos?

Solo cabía una respuesta, y Glen lo sabía. Pero aun en el caso de que sus secuaces lograran cazar a Caldwell, ¿conseguirían devolverle la vida? Evidentemente, no. Y era su vida lo que más le importaba. Preguntó:

—¿Cuáles son tus condiciones?

—La primera, salir sano y salvo de Wyandote; para conseguirlo vendrás conmigo en mi coche hasta la mitad del puente; te llevaré cogido del brazo, apuntándote disimuladamente con una pistola; ya puedes suponer lo que ocurrirá si alguno de los tuyos pretende cerrarme el paso.

—¿Nada más?

—Sí. Que bajo ningún pretexto digáis a nadie, y especialmente a Johnny, que me lancé sobre vosotros cuando insultaban a *miss* Judith Compton.

Wilson creyó comprender. Earl estaba enamorado de la muchacha y no quería que su jefe lo supiese. Bien. A nada se comprometía con acceder a sus condiciones. En cierto sentido, debía estar agradecido a Caldwell por proponerlas. Tanto su prestigio como el de sus compañeros sufriría el más violento quebranto si las gentes llegaban a saber que un desconocido había logrado derrotarles con tan extraordinaria facilidad.

—Acepto, amigo. Iré contigo hasta el puente del Kansas y no diré una sola palabra respecto a Judith Compton.

—Perfectamente. Solo quiero que recuerdes una cosa: si faltas a la palabra empeñada, te buscaré dondequiera que estés para meterte unos balazos entre pecho y espalda.

—No tendrás que buscarme, muchacho. Es posible que me encuentres antes de lo que supones. Porque entre las condiciones impuestas no figura que haya de respetar tu vida en el futuro, ¿verdad?

—En absoluto. Mi vida sé yo cómo hacerla respetar. ¡Ojalá no tengas nuevas ocasiones de comprobarlo!

Salieron de la habitación primero y de la casa después cogidos del brazo, en actitud aparentemente amistosa; pero Glen sabía que su acompañante apretaría el gatillo de la pistola que empuñaba tan pronto como hiciera el menor movimiento sospechoso. Subieron al automóvil, poniéndose al volante Wilson, ya que Earl quería tener las manos libres. Mientras marchaban hacia el río, Glen fue hablando.

—Has dado un mal paso, amigo. Esto te costará la vida. Si yo no tuviera interés en matarte, Wilson no dejaría de tenerlo.

Caldwell no contestó, limitándose a encogerse de hombros. Su acompañante prosiguió:

—Aunque yo no le diga nada, ya debe estar enterado de todo. Seguramente te mandó con esa finalidad. Sabía que mis hombres te reconocerían como el individuo que hizo fracasar el asalto del «Stork» y esperaba que te quitásemos de en medio. Pero no quiero ahorrarle trabajo

por ahora.

Será mejor que tenga que hacer contigo lo mismo que hizo con O'Hara.

Earl se estremeció ligeramente. Había oído hablar a Curly de Conn O'Hara. Fue uno de los hombres de confianza del jefe; actuó incluso como «fixer» en diversas ocasiones. La versión oficial era que le había matado Shorty para robarle, el mismo Shorty que asesinó a Aldous Grey. Pero Glen presentaba las cosas de manera muy distinta. Y era posible que tuviese razón: que la tuviese en todo. ¿Incluso en lo referente a Judith? Le dolía pensarlo, y, sin embargo, no parecía haber duda posible. La ruptura entre Hugues y Lazia no podía tener otra causa. De su ligera abstracción le sacó Wilson. Detuvo el coche en mitad del puente, y habló:

—Supongo que podré marcharme. Hemos llegado al punto indicado por ti. Ya puedes continuar solo.

—Perfectamente. Apéate, y no olvides la entrevista de mañana.

—No la olvidaré. Tengo ahora más motivos que nunca para aceptar la paz que Johnny me ofrece. No le diré una sola palabra acerca de la muchacha. De cualquier forma, tu vida no será muy larga.

—Más corta será la tuya si vuelves a cruzarte en mi camino.

EDITORIAL ROLLAN prepara una Colección
maravillosa para las **MUJERES ESPAÑOLAS**

IV

LA MUERTE ACECHA



E regreso, en el centro de Kansas City, Karl Caldwell anduvo muy atareado durante varias horas. Comenzó por celebrar una larga conversación con Lazia, dándole cuenta detallada de su entrevista con Glen Wilson, aunque se cuidó mucho de aludir para nada a su pelea con él, y menos aún a las causas que la motivaron. Intencionadamente añadió:

—Estaba un poco receloso. No creía que, contando con la protección de Clark Hugues, pudieran importarle los escándalos. Habilidosamente logré convencerle de que la paz podría resultar beneficiosa para los dos. No sé si me creyó en todo, pero acabó accediendo a cuanto nos interesaba. Mañana lo verá, cuando hable con él.

Johnny no quiso ser muy explícito respecto a sus relaciones con Hugues. Sin embargo, dejó traslucir que no eran muy satisfactorias, al exclamar en un momento determinado:

—Si yo estuviera, como estaré pronto, en el puesto de Clark, no pararía hasta barrer a ese bruto de Glen Wilson.

Pat Wilbur, silencioso como siempre, había asistido, sin hablar una sola palabra, a la charla de su jefe con Caldwell. Cuando este se marchó, dijo a Lazia:

—Tengo la impresión de que ese tipo no juega limpio. Parecía demasiado interesado, aunque lo disimulaba, en saber todo lo referente a Hugues. Es posible que Glen le hablase de él; es seguro que le habló de Conn O'Hara, de Shorty Godfrey y de la muerte de Aldous Grey. ¿Por qué no ha dicho una sola palabra de este asunto, cuando en los días anteriores, según Curly, parecían obsesionarle?

Lazia se limitó a sonreír. Estaba perfectamente enterado de los intentos de Earl por aclarar aquel enigma, haciendo preguntas habilidosas a sus compañeros de grupo. Pero sabía mucho más que su subordinado acerca de Caldwell. Dando una palmada en el hombro de Pat, murmuró:

—Un poco de calma, amigo. Le daremos cuerda mientras nos convenga; al final, confío en que acabe ahorcándose con ella.

Desde un teléfono público, Earl hablaba en aquel instante con un misterioso oyente. Ni uno ni otro pronunciaron el menor nombre. Pero

como consecuencia de la conversación, sobre la una de la madrugada, cuando Caldwell penetraba en un bar muy concurrido, tropezó violentamente con un individuo que salía, borracho, al parecer, por haber ingerido excesiva cantidad de alcohol. Earl dio un empujón al individuo bebido, arrojándole casi contra la pared. Lejos de revolverse contra él, su contrincante se quitó el sombrero y murmuró con palabras tan torpes como su paso:

—¡Usted perdone, amigo! Estoy un poco mareado y...

Fueron varios los que presenciaron la escena, pero ninguno pudo sospechar siquiera que en el momento de tropezar ambos individuos un papel hubiera pasado con rapidez que desafiaba a la vista de las manos de Earl al bolsillo del supuesto borracho.

A la mañana siguiente, Caldwell puso el máximo empeño en localizar a Judith Compton. Tras pensarlo detenidamente, había llegado a la conclusión de que necesitaba hablar urgentemente con la muchacha. Tenía que ofrecerle algunas explicaciones y que pedirle otras. Fracasó en su empeño de dar con ella por teléfono. Todo lo que pudo saber fue que aquella noche cenaría, posiblemente, en compañía de Clark Hugues, en uno de los restaurantes más afamados de la ciudad. Supuso que tendría que ir a su casa para ponerse un traje de noche, y decidió esperarla en la misma puerta.

Por espacio de dos horas aguardó pacientemente, paseando por delante de la casa. Vio que un magnífico «Lincoln» se detenía junto a la acera, dio por descontado que sería el de Judith, y se dispuso a cortarla el paso para hablarle antes que pudiese llegar al coche. Todo ocurrió conforme lo tenía previsto.

Serían las nueve de la noche, cuando surgió la muchacha, envuelta en una magnífica capa de pieles. Al ver a Earl, lanzó una pequeña exclamación de sorpresa, y quiso seguir su camino. Caldwell la contuvo:

—Escúchame, Judith. Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo —replicó, hiriente y glacial, la muchacha.

—Te equivocas, Judith. Ni yo soy lo que parezco ni tú...

—¡Suéltame o grito! No creo que te convenga. Acudiría gente y no podrías explicar tu actitud.

—A pesar de todo —insistió terco Earl—, tendrás que oírme. Estoy dispuesto a que sepas...

—¿No te dará lo mismo que sea yo quien te escuche? —dijo en aquel instante a su espalda una voz burlona.

Caldwell se volvió como movido por, un resorte. A dos pasos de distancia, con la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo, acariciando probablemente la culata de una pistola, aparecía Johnny Lazia.

A su lado, en actitud amenazadora, estaba Pat Wilbur. Sorprendido, Earl dejó paso franco a la muchacha, que corrió hacia el coche. Johnny se acercó al automóvil para decirla sonriente:

—Usted perdone, *miss* Compton. Le aseguro que este incidente no se repetirá.

Cuando el coche se puso en marcha, desapareciendo por un extremo de la calle, Lazia se volvió a Earl, mantenido inmóvil por la muda amenaza de Pat. De su rostro había desaparecido todo rastro de sonrisa. En tono duro y desabrido, preguntó a Earl:

—¿Qué tenías tanto interés en decirle a *miss* Compton?

—Algo que solo a ella y a mí puede interesar —repuso, sin amedrentarse, Caldwell.

—¿Qué estás enamorado de ella? Lo creo. Pero a mí también me gusta la chica. Y no estoy dispuesto a que nadie se me cruce en el camino. Repetirlo hoy puede ser el mejor procedimiento para no llegar a viejo.

Fueron andando hasta la esquina cercana, donde Johnny había dejado su coche, sorprendido al advertir la presencia de Earl en la puerta de la vivienda de Judith. Al montar en el automóvil, Lazia aconsejó a Caldwell:

—Procura no volver a acordarte de la chica. Sería lamentable que tuviera que prescindir de ti, ahora que empiezas a serme útil.

Luego, cambiando de tono, añadió:

—Voy a entrevistarme con Glen. Si es cierto cuanto me dijiste anoche, creo que todo quedará arreglado. Aunque es muy fácil que mañana mismo te necesite. Ya te avisaré. Por si acaso, procura no moverte del hotel.

Un poco cariacontecido regresó Caldwell al Lux. Mientras cenaba, estuvo pensando acerca del camino que le convenía seguir. Había dado un traspíe al pretender abordar a Judith. Podía no tener importancia, pero también resultar sobre manera peligroso si al hablar con Lazia, Wilson le contaba lo ocurrido la noche anterior. Confiaba, sin embargo, en que Glen no dijese una sola palabra, aunque solo fuese por ocultar lo vergonzoso de la derrota sufrida.

Hablar con Taylor y Hugues le permitiría aclarar algunos puntos oscuros. Pero dudaba mucho en intentarlo. Uno de ellos le reconocía en el acto, y no sabía cómo reaccionaría; el otro era posible que tampoco encontrara totalmente desconocido su rostro. Entrañaba algunos riesgos, pero quizá mereciese la pena correrlos. No quiso hacerlo, no obstante, sin consultar antes con quien pudiera orientarle. Al terminar la cena, se metió en la cabina telefónica del vestíbulo y marcó un número. Medio minuto después sonaba en sus oídos una voz sobradamente conocida:

—Sí, Ernest Gordon al habla. ¿Qué si puede verme esta noche? No; de ninguna manera. Tengo mucho que hacer. ¿Mañana? Ya veremos. Llámeme a primera hora...

Caldwell oyó el ruido de colgar el auricular. Durante medio segundo permaneció desconcertado y vacilante. Reaccionó con prontitud. Normales, en apariencia, las palabras de Gordon, anunciaban que se encontraba en un grave peligro. De no ser así, le hubiese hablado en otros términos. La prisa con que colgó el auricular demostraba que algo o alguien le impedía seguir hablando. ¿Qué podía ser? En opinión de Earl, no cabían grandes dudas. Aunque procuraba pasar inadvertido, posiblemente habría quien hubiese registrado la presencia de Ernest Gordon en Kansas City y comprendido el peligro que podía representar. En repetidas ocasiones había indicado a Caldwell la conveniencia de no acercarse siquiera por la casa en que vivía. Pero esta era una ocasión en que tenía que desobedecer sus órdenes.

—A menos que prefiera que le cosan a balazos.

Salió a la calle, tomó un «taxi» y le obligó a marchar a toda velocidad hacia la parte norte de la ciudad. Detuvo el coche en la orilla del Missouri, cerca del viejo desembarcadero, pagó al chofer y echó a andar a lo largo de Riverside Street. La calle no estaba demasiado bien iluminada. Lejos de contrariarle, beneficiaba sus planes. Avanzó con rapidez, pegado casi a la pared, con las manos hundidas en los bolsillos, donde llevaba preparada una pistola. Casi a la carrera recorrió tres manzanas. Solo le angustiaba un pensamiento: ¿llegaría a tiempo?

Al doblar la esquina de una bocacalle cercana, lanzó un suspiro de satisfacción. Parado a la puerta de un pequeño hotelito de aire insignificante pudo ver un automóvil cerrado, con todas las luces apagadas. Se acercó, tomando toda clase de precauciones, aunque en apariencia marchaba con aire distraído e indiferente. Sentado junto al volante había un individuo que no pareció desconocido a Earl. Disimuladamente agachó la cabeza y pasó por su lado. No fue muy lejos, sin embargo. Quince metros más allá se resguardó en el quicio de un portal y esperó con impaciencia.

No tuvo que aguardar demasiado tiempo. A los cinco minutos escasos se abrió la puerta del hotelito y aparecían cuatro hombres. Una sola ojeada bastó a Earl para reconocer al que marchaba en cabeza. Era Ernest Gordon. Un individuo le llevaba cogido del brazo. Los otros dos cerraban el grupo en actitud amenazadora. Se dirigían al automóvil que esperaba, cuyo chofer acababa de poner en marcha el motor.

Iban a obligar a Gordon a penetrar en el coche y tenían ya abierta la portezuela, cuando una voz imperiosa resonó a su espalda:

—¡Quietos! ¡Arriba las manos!

Dos de los individuos se apresuraron a obedecer, desconcertados y confusos. El otro se volvió sorprendido. Vio a cuatro metros de distancia a un individuo con el sombrero muy echado sobre los ojos, casi envuelto en la oscuridad, que le amenazaba con una pistola. Tuvo deseo de sacar el arma que llevaba en el bolsillo del abrigo. Como si adivinara sus

intenciones, su adversario gritó:

—Si no levantas los brazos, te mato.

Saliendo de su estupor el individuo se dispuso a obedecer. Lo que sucedió a continuación se desarrolló en menos tiempo del que tarda en contarse. El chofer del automóvil, asomando por la ventanilla la mano armada con una pistola hizo fuego y el balazo pasó muy cerca de la cabeza de Caldwell. Earl replicó sin vacilaciones en la misma forma, y un gemido de dolor le indicó que su disparo no se había perdido en el vacío.

Un nuevo balazo, que esta vez atravesó su sombrero, hizo ver a Earl la conveniencia de arrojarse al suelo para no ofrecer tan buen blanco a sus enemigos. Más que acompañar, la acción casi procedió al pensamiento. Se dejó caer de bruces y desde tierra apretó nuevamente el gatillo de su pistola, tirando ahora contra los tres individuos que custodiaban a Gordon y que, pasado su momentáneo desconcierto, habían requerido también sus armas.

Caldwell vio que alcanzaba de lleno a uno de los forajidos, que con gran esfuerzo se dejó caer dentro del automóvil. También vio rodar por tierra a Ernest y temió que le hubiesen matado. Pero antes que correr en su ayuda, tenía que enfrentarse con la réplica de sus adversarios. Oyó gritar, probablemente al individuo que había resultado herido.

—¡Pisa el acelerador, Joe! ¡Hay que escapar de aquí!

El automóvil se puso en marcha. Los dos forajidos que aún estaban en tierra, saltaron al estribo. Mientras se agarraban con una mano a la ventanilla, con la otra seguían disparando hasta que se perdieron de vista, doblando a toda velocidad una esquina inmediata. Earl tiró también, pero era difícil la puntería con el coche en marcha y tumbado como estaba en el suelo, y no pudo tener la seguridad de haber alcanzado a los que huían.

Apenas si el coche había desaparecido de su vista, cuando, poniéndose en pie de un salto, corrió al lugar en que cayó Ernest Gordon. Vio que tenía ensangrentada la cabeza. Por fortuna, al arrodillarse a su lado, el herido abrió los ojos y se llevó la mano a la sien derecha, como si quisiera comprobar la importancia de su lesión. Caldwell murmuró satisfecho:

—Temí que le hubiesen matado.

—Poco faltó —murmuró, sonriendo, Gordon, al tiempo que ayudado por Earl se ponía en pie—. Llegaste en el último instante, cuando ya había perdido casi todas las esperanzas.

Caldwell tenía, interés en hacer varias preguntas, pero temía que el ruido de los disparos no tardaría en atraer la atención de la Policía. No tenía el menor deseo de comparecer ante ella y explicar su intervención. Tampoco Gordon deseaba, en modo alguno, ser interrogado. Los dos hombres se pusieron de acuerdo con una simple mirada, apresurándose a penetrar en el hotelito, cerrando la puerta por dentro.

Earl examinó la herida de su compañero. El disparo había sido hecho casi a boca de jarro. Por fortuna, el nerviosismo del que tiró contra él le impidió precisar la puntería. Tenía el pelo un poco chamuscado, pero el plomo solo produjo un pequeño rasponazo sin la menor gravedad. Mientras Caldwell le curaba, contó lo sucedido.

—Warren había salido y estaba esperando su regreso. Creí que sería él cuando llamaron a la puerta. Cometí el error de abrir sin convencerme antes de quién era, y de pronto me encontré frente a tres individuos que me amenazaban con sus pistolas.

Le obligaron a entrar en la casa. Uno de ellos afirmó ser policía y le hizo toda una serie de preguntas extrañas, en quien se decía revestido de autoridad.

—Parecía sospechar mi verdadera personalidad y estaba interesado en que le dijese cuanto sabía. Especialmente le importaba todo lo que hubiese podido averiguar con respecto a la muerte de Aldous Gray. También si tenía algún colaborador en Kansas City y quién era. Esto me tranquilizó bastante, porque demuestra que no sospechan de ti. ¿Me equivoco?

—Posiblemente no, aunque a veces he llegado a pensar que Pat Wilbur me mira de una manera extraña.

—Imaginaciones tuyas. ¿Crees que si recelases de ti seguirías vivo a estas horas?

—Y ¿cómo han podido sospechar de usted y saber dónde encontrarle?

Ernest Gordon no podía dar una explicación lógica y satisfactoria. Eran pocas las personas que le habían visto en Kansas City; menos aún las que le conocían y estaban enteradas de su verdadera personalidad. Esbozó una hipótesis.

—Esta tarde cometí un error, que acaso lo explique todo. Me resistía a creer, pese a todos los indicios en contrario, que una personalidad política como Clark Hugues pudiese actuar de perfecto acuerdo con una partida de «gangsters». Hablé con él por teléfono. Le advertí seriamente que estábamos sobre la pista de los asesinos de Aldous Grey y que no pararíamos hasta llevar a la silla eléctrica a todos los culpables.

La conversación duró varios minutos y transcurrió en un tono de extremada violencia. Hugues rechazó las acusaciones, calificando de injuriosa la menor insinuación de que tuviese relación alguna con los que mataron al «inspector de la Tesorería». Sin decir quién era, aunque dejando entrever su personalidad, Gordon habló de su alianza «con famosos pistoleros y detectives poco escrupulosos». Clark exigió a gritos el nombre del que le hablaba, cubriéndole de insultos. Ernest cortó la comunicación cuando comprendió que su interlocutor estaba tratando de ganar tiempo, mientras localizaba el punto desde donde le hablaban.

—¿Por qué hizo usted eso? —inquirió, asombrado, Caldwell.

—Porque necesitaba convencerme de varias cosas. Quería saber si efectivamente Johnny Lazia, Clark Hugues y Taylor Steinbeck actúan de perfecto acuerdo; esperaba también que mis palabras sembraran entre ellos la desconfianza, logrando apartar al político de los indeseables. Desgraciadamente, lo ocurrido demuestra que, lejos de separarse, están ahora más unidos que nunca. Porque, indudablemente, fue Hugues quien señaló el peligro a sus amigos, impulsando a estos a quitarme de en medio en forma semejante a como lo hicieron con Grey.

Advirtió entonces un gesto de profunda tristeza en el semblante de su interlocutor. Le contempló en silencio, sin saber qué decir, por espacio de dos minutos. Al cabo, rompió el pesado silencio para añadir:

—Comprendo tus sentimientos, muchacho. Pero la verdad es solo una, y me terno mucho que sea la más desagradable para ti.

—¿No podría estar equivocado?

—Desgraciadamente, no. Los que vinieron parecían enterados de mi conversación telefónica con Hugues. ¿Quién pudo decírselo de no ser Clark en persona?

El argumento parecía incontrovertible. Sobreponiéndose a su momentánea postración, Caldwell quiso saber si los visitantes se habían llevado algo de interés. Gordon respondió en forma negativa. Habían registrado rápidamente la habitación, pero sin encontrar lo que buscaban.

—Tu llamada telefónica les puso un poco nerviosos. Tenían prisa en marcharse, esperando, sin duda, que después de eliminarme podrían mirar en todas partes con mayor calma.

Sonó en aquel instante el teléfono. Era Warren advirtiéndole que no se atrevía a acercarse porque había visto en las calles varios coches policíacos y gente que interrogaba a los vecinos acerca de un reciente tiroteo. Gordon resolvió:

—No me interesa tener que responder a sus preguntas. Lo mejor que podemos hacer es irnos. Por fortuna, la casa tiene una salida a otra calle.

Cerraron puertas y ventanas, apagaron todas las luces y salieron sin ser vistos por la puerta de la cocina. Cinco minutos después, reunidos con Warren, marchaban hacia el centro de la ciudad en el interior de un «taxi». Ernest dio con rapidez sus instrucciones. Se instalaría ahora en un piso alquilado por varios de sus agentes en Sixth Street. Daba por descontado que los fracasados asesinos de aquella noche, tratarían de probar fortuna en días sucesivos y quería estar en condiciones de defenderse. En cuanto a Caldwell:

—Debes volver al «Lux». En la oscuridad, ninguno de los individuos pudo reconocerte. Ignoran por completo tu relación conmigo. Y conviene que no la sospechen, cosa que ocurriría si desaparecieses de pronto.

Earl se apeó del «taxi» a unas manzanas de distancia del hotel. Iba

descubierto, juzgando poco conveniente que nadie viese su sombrero agujereado por una onza de plomo. Al llegar al «Lux» se encontró con la sorpresa de que Pat Wilbur le estaba esperando. Apenas le vio indicó:

—Llevaba un rato esperándote. Me dijeron que saliste después de cenar. Temía que tardaras en volver. El jefe quiere verte, y deprisa.

En la puerta tenía un coche esperando. No sin cierta desconfianza, Earl penetró en el automóvil. Acaso no lo hubiera hecho, de no comprobar previamente que en el vehículo irían solos Pat y él. Se dirigían al «Stork Club». Por el camino, Caldwell hizo algunas preguntas. Las respuestas de Wilbur le tranquilizaron bastante.

—Fue fácil llegar a un acuerdo con Glen. Se ve que lo arreglaste todo anoche. Johnny quiere hablarte, supongo que para felicitarte por el éxito.

Encontró a Lazia, elegante, alegre, satisfecho y triunfal, en su despacho del «Stork». Con un gesto le invitó a sentarse y puso en su mano una copa de champán, diciendo:

—Debemos brindar por el éxito, Earl. Todo ha salido magníficamente, y en buena parte te lo debo a ti.

—¿Aceptó Glen las proposiciones?

—Sin discutir las siquiera. Solo habló para hacer grandes elogios de ti. Le produjiste una impresión extraordinaria por lo que se ve. Por eso te he mandado llamar, para felicitarte y encargarte de una misión delicada.

Iba a decir posiblemente en qué consistía el encargo, cuando, sin hacerse avisar previamente, entrando por la puerta disimulada que conducía a la calle lateral, hicieron su aparición Curly Kelly y Bad Pace. Antes de que Johnny preguntase nada, Curly exclamó, alegremente:

—Todo fue bien, jefe. La chica se resistió un poco, Clark quiso defenderla y le dimos un pequeño golpe. Nada de importancia, desde luego. Solo una simple advertencia para que sepa que...

—¡Cállate! —gruñó, interrumpiéndole, Lazia—. Ya hablarás cuando te pregunte.

Pero ya había dicho lo suficiente para suscitar el interés de Caldwell. Clark no podía ser otro que Hugues; la muchacha forzosamente sería Judith. ¿Qué habrían hecho con ellos? Procurando disimular sus sentimientos, felicitó a Johnny.

—Ya veo que aprovecha el tiempo, Lazia. Mientras negociaba con Wilson, los muchachos se encargaban de ajustarle las cuentas a *miss* Compton y darle un pequeño disgusto al «boss», para que nadie dude de quién es el amo, ¿no?

Su interlocutor le miró receloso. Se tranquilizó al ver una sonrisa complacida en sus labios. Evidentemente, no concedía la menor importancia a lo que hubiera podido suceder a la muchacha. De todas formas gruñó:

—Eso no te importa. Ya sabes que no me gusta que nadie se meta en mis asuntos. ¿Entendido?

—Perfectamente. Usted manda. ¿Qué tengo que hacer?

Lazia explicó lo que deseaba de su «fixer». La conversación con Glen había discurrido en términos amistosos. Medio destrozada su banda, a Wilson le interesaba la paz tanto como a ellos. Convino en cuanto quiso su interlocutor. Tan solo hizo una petición: necesitaba veinte mil dólares con urgencia. Tenía que pagar a determinados individuos para que echasen tierra a los sangrientos sucesos desarrollados en Wyandote con motivo de la reciente irrupción de Pat Wilbur. ¿No podía adelantárselos Johnny? A cambio de ellos, estaba dispuesto a ayudarle en cuanto fuera preciso.

—Veinte billetes de los grandes no significan nada para mí. He decidido mandárselos. Pero cuando se trata de dinero no me fío de todo el mundo. He pensado en ti. Tendrás que llevarlos esta misma noche.

Bien. El asunto nada tenía de extraño ni anormal. Era corriente que los jefes de «gangs» vendieran o compraran un arreglo conveniente. Glen había visto la posibilidad de sacar unos dólares a Lazia y no quiso desperdiciar la oportunidad. Un poco sorprendente resultaba, sin embargo, que hubiese escogido a Caldwell para hacer la entrega y más aún que le diese, no los billetes, sino un sobre cerrado. Pero tampoco dejaba de tener cierta lógica. ¿No había sido quien arregló la cuestión? ¿No era el «fixer» del grupo? Wilson no había dicho una sola palabra de su disputa de la noche anterior, conforme convinieron. ¿Por qué iba a sospechar Johnny que él y Glen no estuvieran en las mejores relaciones?

—Abajo te espera el coche de Jimmy. Te llevará hasta el cruce de Wyandote y Delaware Street. Apéate y sigue tres manzanas arriba, por Delaware. En una esquina te espera Glen para recibir el dinero.

Era la forma normal de efectuar pagos entre gentes de su catadura. Caldwell cogió el sobre y se dispuso a salir. En la misma puerta se cruzó con Taylor Steinbeck. Le reconoció en el acto y se apartó a un lado, tanto para dejarle paso, como por interés en que no se fijara en él. Por fortuna, el jefe de detectives venía demasiado irritado para fijarse en nadie. Apenas entró habló alterado, dirigiéndose a Lazia:

—¡Mal asunto, Johnny! Clark está furioso por el rapto de la chica. Amenaza con armar un terrible escándalo. Dice que si no lo resuelvo yo acudirá inmediatamente a Mr. Green...

—¡Cállate! Esas son cosas para hablar tú y yo a solas —gruñó colérico, interrumpiéndole, Lazia.

—Yo creí que todos... —murmuró, desconcertado, Taylor.

—Ya hablaremos. ¿Y tú qué haces ahí parado, Earl? Todo esto no te importa. ¡Ve a lo que te he mandado!...

Un poco en contra de su voluntad, Caldwell hubo de abandonar la

habitación. Mientras caminaba hacia el punto en que le esperaba Jimmy, iba pensando en lo que acababa de oír. La explicación aparecía clara a sus ojos. La llamada telefónica de Gordon había hecho su efecto. Hugues debía estar ya enfrentado con Lazia y Steinbeck. Para obligarle a seguir a su lado, los secuaces de Johnny habían secuestrado a Judith. Clark amenazaba con recurrir a Mr. Green, que era el jefe superior de la Policía local y estaba, por tanto, por encima de Taylor. ¿En qué pararía todo aquello?

Jimmy ya había recibido instrucciones cuando llegó. Le invitó a sentarse a su lado y el coche se puso en marcha. No parecía del mejor humor. Llevaba unos días sin descansar apenas. Y empezaba a no ver del todo claro las cosas.

—Sí —dijo con ánimo de sonsacarle Earl—. Lo de la chica es un asunto peligroso. Hugues armará un escándalo de todos los diablos y no habrá más remedio que quitarle de en medio.

—Por mí gusto le hubiese quitado ya. Pero Curly se opuso. No sé lo que Johnny anda buscando con tantas contemplaciones...

Llegaron al punto indicado y el automóvil se detuvo. Earl se apeó, iniciando la subida por Delaware Street. Iba hondamente preocupado. Durante la marcha había tenido la clara impresión de que otro coche les seguía de cerca. Procuró caminar deprisa, pegado a la pared. Mirando con cuidado desde un lugar poco alumbrado, pudo ver que un «Chrysler» se detenía junto al «auto» de Jimmy y se apeaban dos individuos, en los que creyó reconocer a Bad Face y Curly Kelly. ¿Irían para guardarle las espaldas? Lo dudaba. Una sospecha cruzó por su cerebro. ¿No le enviarían como víctima propiciatoria para ser cosido a balazos por las huestes de Wilson? ¿No habría puesto Glen como condición esencial del arreglo la eliminación del que tan dura lección le dio veinticuatro horas antes?

Era la una de la madrugada y Delaware Street se hallaba casi desierta. Johnny le había ordenado que caminase por el borde mismo de la acera, en forma que resultara claramente visible para quienes le esperaban. ¿Y si fuera una emboscada? Quiso salir de dudas. Llevaba en el bolsillo el sobre entregado por Lazia. Lo abrió con movimiento rápido. Los supuestos billetes eran hojas de papel en blanco.

Comprendió de un golpe la realidad. La pretendida entrega del dinero no pasaba de ser un pretexto. Johnny Lazia le enviaba a una muerte cierta. Los secuaces de Glen Wilson le esperarían en la esquina convenida para acribillarle a balazos antes que pudiera esbozar el menor gesto defensivo. Decidido a que muriese, para impedirle retroceder y salvarse, dos de sus secuaces marchaban tras él. Tirarían antes de permitirle hablar una sola palabra. Cogido entre dos fuegos, con enemigos enfrente y a la espalda, se encontraba en un callejón sin salida.

No estaba dispuesto, sin embargo, a dejarse matar. Sacó decidido la

«Parabellum» que llevaba en el bolsillo. En el peor de los casos, vendería cara su vida. Mirando hacia atrás, pudo ver que dos individuos — seguramente Bad Face y Curly Kelly— caminaban a veinte metros de distancia, casi pegados a la pared. Dar media vuelta era correr a una muerte cierta; seguir adelante, también. Llegó a una bocacalle poco alumbrada. Allí tenía un camino de salvación. Pero no quería dejar que escapasen impunes cuantos se habían coaligado en contra suya.

Mirando a lo lejos, pudo ver confusamente las figuras de cuatro individuos parados en la acera. Cerca de ellos había un coche esperando. Indudablemente se trataba de los amigos de Glen. Se trazó un plan, que puso en práctica sin vacilaciones. Dejó que se aproximaran Bad Face y Curly. Cuando estuvieron a diez metros escasos, empezó a disparar.

Tiró primero contra los seguidores de Wilson, que respondieron en el acto a balazo limpio. A renglón seguido hizo lo mismo con quienes hasta una hora antes se consideraban compañeros suyos. Segundos después, engañados por sus disparos, los amigos de Glen y los de Lazia estaban enfrascados en una violenta pelea. Caldwell sonrió satisfecho. Unos y otros, convencidos de haber sido engañados por sus aliados circunstanciales, tirarían a matar. Mientras, Earl tendría tiempo de escapar.

Se guardó la pistola y echó a andar con paso precipitado. Creía tener tiempo sobrado de ponerse a cubierto de todo peligro antes de que sus enemigos se diesen cuenta de la equivocación cometida. En este punto se engañó. Oyó voces a lo lejos y los disparos cesaron con la misma rapidez con que se habían iniciado. No se hizo ilusiones con respecto a lo que el repentino silencio significaba. Había recorrido para entonces cerca de un centenar de metros, pero no podía considerarse a salvo.

Por la calle avanzaban a todo correr un automóvil. En él venían seguramente sus enemigos, unidos para darle muerte. Buscó a la desesperada un medio de escape. Todas las casas aparecían cerradas, y aunque llamase, tardarían más en abrirle que en presentarse los individuos que le acosaban. La tapia de un jardín le mostró el único camino posible de huida. Agarrándose como pudo a los ladrillos salientes, trepó por la pared, que tenía cerca de tres metros de altura. Estaba en lo alto de la cerca, cuando las luces del coche le iluminaron, oyéndose a continuación el tableteo de una ametralladora.

Se dejó caer pesadamente al otro lado. Se halló en un jardín totalmente abandonado, donde crecían por doquier matorrales silvestres. Dolorido por el golpe que se dio en la caída, permaneció un momento inmóvil junto al muro, aguzando el oído. Pudo escuchar cómo el coche detenía su marcha y se apeaban sus ocupantes. Oyó cómo uno de ellos decía:

—Estoy seguro de haberle alcanzado. Creo que ya tiene bastante.

Otra voz, en la que creyó reconocer la de Curly, replicó en el acto:

—No estaré convencido mientras no vea su cadáver. Vamos a saltar la tapia y nos convenceremos.

Había, al parecer, quien pensaba de manera diametralmente opuesta, y se entabló entre ellos una pequeña discusión. Caldwell no esperó su final, naturalmente. Le interesaba muy mucho poner tierra por medio. Sabía que más pronto o más tarde acabarían por saltar la tapia. Si le encontraban, su final no ofrecía la menor duda.

Procurando no hacer ruido, Earl se alejó por entre los matorrales hasta el extremo opuesto del jardín, rehuyendo un pequeño edificio que divisó a un lado, temeroso que hubiese alguien dentro. A unos cincuenta metros de la primera, una segunda tapia le cerró el paso. Daba, indudablemente, a otra calle distinta a la que debían ocupar en aquel instante sus enemigos. Se asomó, tomando toda clase de precauciones. No había nadie a la vista. Un par de minutos después se encontraba en la calle y se alejaba a la carrera. Sus perseguidores perderían un buen rato registrando el jardín, tratando de dar con su cadáver.

¿Dónde ir? Pensó en volver en busca del coche de Jimmy, pero si el chofer del grupo de Curly no sabía nada cuando lo llevó hasta el cruce de Wyandote y Delaware Street, ahora estaría advertido, y posiblemente le recibiría a tiros. ¿No sería mejor ir directamente al Stork, sorprender a Johnny Lazia y pagarle en plomo la «broma» que había pretendido jugarle? Se contuvo con un esfuerzo. No era un asesino, capaz de matar por motivos personales. Recordó de pronto que Judith Compton había sido secuestrada, y posiblemente se hallaba en peligro; se acordó de Clark Hugues, que tampoco debía sentirse muy seguro a aquellas horas.

—Avisaré a Gordon. Creo que ha llegado la hora de descubrir nuestras cartas.

Al pasar por una taberna de no muy buen aspecto, penetró para tomar un «whisky» que reanimara sus energías. Trató de hablar por teléfono con Ernest. No pudo conseguirlo. Descolgaron el auricular; pero la comunicación se cortó en tres ocasiones sucesivas sin que nadie respondiera a sus preguntas. Ocurría algo extraño. Decidió averiguarlo personalmente. Por fortuna, Sixth Street estaba cerca.

Se dirigió allá con paso rápido y un doloroso presentimiento. Se hallaba a un centenar de metros cuando su alarma aumentó al escuchar el estruendo de varios disparos. Cuando penetró en la calle donde desde unas horas antes se alojaba su amigo, divisó a lo lejos varios coches parados ante la puerta de la casa. Uno de ellos se ponía en marcha en aquel instante, haciendo sonar con estridencia su sirena. Los otros continuaron en el mismo lugar; aun a distancia, pudo ver que varios individuos de aspecto amenazador parecían vigilar la casa.

Comprendió que sería suicida tratar de acercarse para averiguar lo

sucedido. Lo más probable era que quienes fracasaron en el golpe de Riverside Street, hubieran tornado con fuerzas más numerosas para apoderarse de Ernest Gordon. Solo como estaba, nada podía intentar para salvarle teniendo alerta a sus enemigos. Pretenderlo solo serviría para que le matasen.

Lentamente se alejó de aquel lugar. Iba totalmente desconcertado. ¿Qué podía hacer en tan críticas circunstancias? Pensó en marchar a la Jefatura de Policía para entrevistarse con míster Green. ¿Lograría verle? ¿Le escucharía siquiera? Lo dudaba. En definitiva, no era, ni más ni menos, que un asesino reclamado por la Policía de Nueva York. Le bastaría mencionar su nombre para que le metiesen en un calabozo sin hacer el menor caso de sus denuncias. ¿A quién acudir entonces? Un nombre cruzó por su cerebro: Clark Hugues.

Le molestaba tener que recurrir a él. Sin embargo, no existía mejor camino. Hugues había si de asaltado por Curly, Bad Face y Jimmy Acompañaba a Judith cuando fue secuestrada la muchacha. Haría lo posible para castigar a Lazia, cualquiera que fuesen los lazos económicos que les uniesen. Podría llegar con facilidad hasta Green y obligarle a actuar sin peligrosas demoras. Sabía dónde vivía y no estaba demasiado lejos. Apretando el paso, tomó en aquella dirección.

Habitaba en una lujosa mansión de Park Avenue. Cuando llegaba cerca vio que ante la puerta había detenidos tres automóviles. Uno de ellos, un espléndido «Cadillac», era, indudablemente, del dueño de la casa. Los otros dos... los reconoció en el acto. Eran los coches del grupo que acaudillaba Pat Wilbur.

Tuvo la impresión de que también llegaba tarde. Lo más conveniente sería dar media vuelta y alejarse cuanto antes. Pero ¿dónde podía ir? No lo sabía a ciencia cierta. Tenía todas las puertas cerradas ante sí. Se sintió acometido por la desesperación. Judith Compton estaba en peligro y solo nada podría hacer por salvarla. Decidió jugarse el todo por el todo, viendo que los automóviles estaban vacíos y que nadie parecía vigilar la entrada de la casa, cuya puerta aparecía tan solo entornada.

Se acercaba tomando toda clase de precauciones, pegándose materialmente a la pared para no ser descubierto, cuando vio que en un punto al menos se había equivocado. Parado junto a la puerta, envuelto en penumbras, estaba de guardia un individuo. Si le descubrió fue únicamente porque en aquel preciso instante encendió un cigarrillo. Procuró forzar la vista y le divisó con relativa claridad. Por fortuna, no miraba hacia el lugar por dónde avanzaba Earl.

Esperó con calma a que le volviese la espalda. Entonces cayó sobre él con un salto de tigre. La culata de su pistola golpeó con terrible dureza la nuca del forajido, que se derrumbó, perdido el conocimiento, sin tiempo

siquiera para lanzar un grito. Caldwell lo recogió en sus brazos para evitar el ruido de la caída y lo depositó suavemente en el suelo. Durante medio minuto escuchó por si acudía alguien. Al converse de que no, siguió adelante.

El individuo a quién acababa de golpear tenía aproximadamente su misma estatura y corpulencia. Si no había mucha luz en el vestíbulo, quien estuviera allí de vigilancia podría confundirle con él. Así ocurrió, en efecto. Cuando transpuso la puerta, con la cabeza inclinada para que no se viera su rostro, una voz en tono amistoso llegó a sus oídos:

—¿Ocurre algo, Tom?

—Absolutamente nada, Peter —repuso Earl, acercándose.

El tono de la voz sorprendió al vigilante. Quiso decir algo, pero Caldwell no le dio tiempo. Su mano izquierda le tapó la boca, en tanto que la derecha se apretaba con fuerza en torno a su cuello. Un instante después, Peter, medio asfixiado y perdido el conocimiento, estaba tendido en el piso del «hall».

A la derecha vio una puerta, por debajo de la cual pasaba una luz bastante fuerte. Caldwell recordaba la casa. Allí estaba la biblioteca. En su interior se oían voces amenazadoras. Acercándose de puntillas, escuchó unos minutos. Pat Wilbur exigía a gritos; Hugues negaba con decisión. También podía oír las frases burlonas y las risas de otros varios sujetos. Resolvió actuar. Mientras con la mano izquierda abría de un golpe la puerta, en la derecha llevaba la «Parabellum», dispuesto a disparar sin pérdida de minuto.

Ante sus ojos se ofreció un cuadro dramático. Un negro, criado de Clark sin duda, aparecía tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Hugues, ligeramente pálido, con gruesas gotas de sudor perlando su frente, estaba en pie, junto a la mesa, al lado del teléfono, mirando colérico a Pat Wilbur. A unos pasos de distancia, otros cuatro individuos —todos conocidos de Caldwell, y algunos compañeros suyos de alojamiento en el hotelito de Westport— contemplaban sonrientes y satisfechos la escena. Todos se volvieron sorprendidos al abrirse la puerta. Un grito de asombro se escapó de sus labios al ver al recién llegado. Dominando todos los ruidos, Earl ordenó con voz estruendosa:

—¡Arriba las manos! ¡El que vacile puede darse por muerto!

Sintiéndose directamente encañonado, Pat Wilbur se apresuró a obedecer. Lo mismo hicieron dos de sus secuaces. Pero los otros dos, creyéndose fuera de la observación de Caldwell, por estar un poco apartados, pretendieron echar mano a las pistolas. Resonaron unos disparos. Los dos forajidos, certeramente alcanzados, se derrumbaron mortalmente heridos. La voz de Earl tornó a resonar imperativa:

—Ya veis que no amenazo en vano. De cara a la pared, y deprisa. La

menor duda es un balazo. Y tiraré a matar.

Los tres bandidos supervivientes se apresuraron a obedecer, Clark Hugues había asistido sobresaltado a la trágica escena desarrollada ante sus ojos. Al ver que Pat se apartaba de su lado, miró fijamente al recién llegado. Se acentuó la palidez de su rostro; le temblaron las piernas. Confuso y estremecido, exclamó:

—¿Tú aquí, Billy? ¿Vienes a matarme?

—Tranquilízate, Clark. No vengo a matarte, aunque lo mereces. Estoy dispuesto incluso a salvarte. No lo hago por ti, naturalmente. Pero Judith está en peligro y necesito tu concurso para salvarla de las garras de los miserables que hasta hace unas horas fueron tus mejores aliados...

V

LAZIA JUEGA SUS CARTAS



AN sorprendentes resultaban para Pat Wilbur las palabras de ambos hombres, que despreciando el peligro de recibir un balazo, volvió la cabeza, aunque tuvo la precaución de mantener bien en alto los brazos. La expresión que pudo leer en los rostros de Clark Hugues y Earl Caldwell se le antojó todavía más inexplicable que sus palabras. El «boss» político, hombre altanero y orgulloso, convencido de su dominio y superioridad sobre los demás, que incluso unos minutos antes, cuando le tenía bajo la amenaza de sus pistolas, le hablaba con aire despectivo e hiriente, aparecía humilde y suplicante frente al pistolero profesional, al «gangster», al indeseable capaz de traicionar a todo y a todos, juzgado por Johnny Lazia merecedor de una muerte indigna. Y, sin embargo, era quien mandaba, no solo porque sus manos empuñaban un arma, sino porque parecía investido de plena razón y autoridad.

—Hace tiempo que deseaba encontrarte, Billy —siguió diciendo Clark—. Todo aquel asunto quedó aclarado satisfactoriamente. Ya no hay contra ti nada que pueda...

—Eso importa poco ahora —le atajó Caldwell—. Tenemos que salvar a Judith. Después tendremos ocasión de solucionar lo demás.

—Yo te suplico que me oigas, Billy. Necesito que me creas, que sepas que no existe acusación alguna contra ti, que puedas vivir con entera tranquilidad, sin la menor amenaza.

Sin poderse contener, Pat Wilbur se echó a reír. Le hacía gracia la escena: ver a Hugues en actitud suplicante, asegurando a Earl que nada tenía que temer. Burlonamente habló:

—Creo que sufre un ligero error, amigo. Por lo menos la Policía de Nueva York no opina como usted. Busca con mucho interés a Caldwell por el asesinato de un policía; si le coge, y le cogerá, le llevará directo a la silla eléctrica.

Con cierto asombro advirtió que sus palabras parecían producir mayor impresión en Clark que en Earl. Vio también a Hugues. Clavando los ojos en Caldwell, el «boss» exclamó, aterrado:

—¿Es posible, Dios mío? ¡Y yo soy el culpable de todo; yo, que te lancé por ese camino, poniéndote en la pendiente!...

—¡Basta! —interrumpió, enérgico, Earl—. Ya aclararemos todas las cosas. No hay un solo minuto que perder. No hagas caso de lo que diga Pat.

—¿De veras? —volvió a intervenir, irónico, Wilbur—. ¿Acaso podrás negar que formaste parte del «gang» de Baring, que tienes la cabeza a precio, que la Policía te busca por toda la nación?

—No me interesa negar, pero no podrás decir nada más si no callas en el acto. Una sola palabra y te mato. ¡Deprisa, Clark! Desarma a esos individuos mientras yo les apunto. Piensa que la vida de Judith depende de nuestra rapidez.

Como saliendo de un sueño, Clark se apresuró a obedecer. Cuando hubo despojado de sus pistolas a los forajidos, les ató las manos a la espalda.

—Vigíales un momento, mientras traigo a otros dos. No quisiera que escaparan para avisar a Johnny.

Un instante después regresaba con los dos individuos a quienes dejara sin sentido en el vestíbulo y en la puerta. A los dos les quitó las pistolas y les ató concienzudamente. Luego se enfrentó resueltamente con Wilbur.

—Vas a responder a mis preguntas, Pat. Si vacilas un solo segundo, te mato. Ya comprenderás que no puedo tener ninguna contemplación contigo, después de que habéis intentado asesinarme. Me lo he jugado todo y nada es capaz de hacerme retroceder. ¿Qué ha sido de Judith Compton? ¿Dónde la tenéis encerrada?

—No lo sé.

El cañón de la pistola de Caldwell se apoyó con fuerza contra su sien. Secamente advirtió Earl:

—Lo sabes. Tienes diez segundos para recordarlo. Si para entonces no lo has dicho, te mataré como un perro. Ni me temblará el pulso ni me remorderá la conciencia.

Pat no dejó transcurrir los diez segundos. En los ojos de Earl leía una clara determinación. Habló apresuradamente. Afirmó que a la muchacha la habían conducido a una habitación del «Stork Club». Caldwell lo dudaba, porque recordaba la llegada de Bad Face y Curly sin la muchacha, pero Wilbur insistió en que estaba allí. Clark también lo creía, porque un rato antes le habían dicho lo mismo.

—¿Por qué la han secuestrado? —inquirió Earl, dirigiéndose a Clark.

Hugues dio una rápida explicación. No estaba nada conforme con los procedimientos de Lazia y Steinbeck. Había amparado el juego, lucrándose con los cuantiosos beneficios que dejaba. Pero le repugnaba dar un paso más hacia adelante, desafiando a las autoridades federales. Había tenido horas antes una conversación telefónica que le hizo ver claro el peligro que

corría. Pretendió dar marcha atrás. Cuando supo que había en Kansas City un individuo del que sus antiguos colaboradores suponían que era agente del F. B. I., y estaban dispuestos a liquidarlo, amenazó romper abiertamente con ellos, denunciando sus turbios manejos.

—No quería ser cómplice, con mí silencio, en un crimen semejante al perpetrado con Aldous Grey.

Pero ni Johnny ni Taylor podrían dejarle retroceder. Como no bastaron sus palabras para convencerle, recurrieron al secuestro de Judith. La sacaron de su propio coche a la puerta de un restaurante céntrico, advirtiéndole que si acudía a la Policía para denunciar lo sucedido, *miss* Compton moriría en el acto y él mismo lo pasaría bastante mal.

Clark habló con Steinbeck, y la entrevista resultó en extremo borrascosa. Convencido de la necesidad de dar la batalla, llamó por teléfono a Joseph Green. Green era jefe de la Policía local, hombre inteligente, decidido y honrado. Desgraciadamente, su jefatura no pasaba de ser nominal, ya que el propio Hugues había conseguido mermar sus atribuciones, sabiéndole enemigo del juego y de tipos como Lazia. Le habló del rapto de *miss* Compton, de la equívoca actitud de Taylor. Necesitaba su ayuda: iría a verle y juntos darían la batalla a los indeseables que la tenían secuestrada, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Pero cuando terminada la charla se disponía a salir en su busca, hicieron irrupción en la casa Pat Wilbur y sus acompañantes. Venían en actitud brutalmente agresiva. Uno de los criados, que quiso cerrarles el paso, fue muerto de un disparo. Amenazaron hacer lo mismo con Clark, obligándole a entregarse.

—Luego quisieron obligarme a llamar a Green, desmintiendo cuanto le había dicho y proclamando la honradez de Lazia y Steinbeck. Como me negaba, parecían decididos a matarme. Creo que lo hubieran hecho de no llegar tú tan a tiempo.

Algo más hubiera querido decir. Empezaba a hablar de Judith Compton, aludiendo a sucesos pasados, cuando Caldwell le interrumpió, impaciente:

—Tiempo tendremos de hablar de todo eso. Ahora lo más urgente es salvar a la muchacha.

Hizo que Clark fuese a desatar a dos criados, encerrados por los forajidos en una habitación inmediata. Luego pretendió hablar por teléfono con Gordon. Oyó sonar repetidas veces el timbre, pero nadie descolgó el auricular. Decidió preguntar a Pat Wilbur si sabía, algo de lo sucedido. El segundo de Lazia pretendió negar en un principio; luego se convenció de que resultaba peligroso y dijo, vacilante:

—Oí decir a Taylor que se encargaría de él. Se les escapó de las manos a primera hora, pero sabía dónde encontrarle.

Era perfectamente lógico. Clark volvía con los dos criados, que todavía mostraban en el rostro el susto sufrido un rato antes. Earl dio con rapidez sus instrucciones. Los servidores de Hugues se quedarían allí, pistola en mano, guardando a los bandoleros. Hugues debía ir sin demora en busca de Green.

—Con todos los hombres de que disponga, corred al «Stork Club».

—¿Qué harás tú?

—Voy en busca de Lazia. Quiero impedir que se lleve a Judith a otro sitio. Pat tendrá que venir conmigo.

—Te matarán.

—Acaso. Pero ten la seguridad de que antes caerán muchos. Y el primero de todos quien se atrevió a poner los ojos en Judith Compton.

El gesto de Wilbur demostraba a las claras el poco agrado que le producía la perspectiva de tener que acompañar a Caldwell hasta el «Stork Club». Desgraciadamente para él, Earl no le dejó posibilidad de negarse.

—Si te resistes, te mato aquí mismo; si en algún momento durante el camino o allí dejas de cumplir al pie de la letra mis instrucciones, habrá llegado el último segundo de tu existencia.

Clark Hugues montó en su automóvil para ir en busca del jefe superior de la Policía local. Pat y Earl tomaron otro de los coches, dirigiéndose hacia el club nocturno, que aún estaría abierto a aquellas horas. Wilbur, de cuyas manos habían desaparecido las ligaduras, conducía. Caldwell iba sentado junto a él, con una pistola en la mano, cuyo cañón apoyaba contra el costado de su acompañante.

—Vete por la calle trasera. Entrando por allí, llamaremos menos la atención que si tenemos que atravesar la sala de fiestas.

Se detuvieron ante la puerta por dónde unas noches antes salieron Judith y Earl. En voz baja, Caldwell dio sus últimas instrucciones:

—Irás directamente al despacho de Johnny; no darás un solo grito ni harás la menor advertencia. Yo iré pisándote los talones. Ya sabes lo que ocurrirá si intentas avisar a Lazia del peligro. Es posible que me matasen, desde luego, pero tú no vivirías para verlo.

Earl se había subido el cuello del abrigo y llevaba muy encasquetado el sombrero. No era posible que nadie le reconociera al cruzarse con él. Pat marchaba medio metro delante. Al verlos pasar, su aspecto no infundió la menor sospecha al individuo que vigilaba junto a la entrada; que uno de ellos llevase la mano derecha metida en el bolsillo nada tenía de extraño ni alarmante. Subieron la escalera sin el menor contratiempo. Pronto estuvieron ante la puerta del despacho de Lazia. A un gesto de Caldwell su acompañante llamó suavemente.

—Soy Pat Wilbur —dijo en voz alta.

—Entra —replicó la voz de Johnny, que se apresuró a abrir. Interesado

preguntó—: ¿Cómo fue eso? ¿Por qué no me llamaste por teléfono?

La respuesta se la dio Caldwell, que aparecía detrás de Pat, apuntándole con su pistola y diciendo secamente:

—Entra sin lanzar un grito y levanta los brazos. Si vacilas un solo segundo...

Johnny obedeció instintivamente. Retrocedió hasta el centro del despacho, seguido por Pat, que también llevaba los brazos en alto. Tras ellos entró Caldwell. Por espacio de unos segundos, la sorpresa impidió a Lazia articular palabra. Al cabo, en el límite extremo del asombro, murmuró:

—¡Tú aquí! Yo creía que...

—¿Me habían matado, no? Pues te engañaste. La emboscada estaba bien preparada, advertidos los secuaces de Glen, pisándome los talones Bad Face y Curly. Sin embargo, logré escapar y he venido a darte tu merecido.

Lazia se apresuró a negar. Earl estaba engañado. La misión que le confió no entrañaba ninguna amenaza mortal. Había convenido con Wilson mandarle unos miles de dólares...

—Y me diste un sobre lleno de papeles en blanco. No sigas mintiendo. Johnny. No te servirá de nada. Vuélvete de espaldas para que te registre. No me conviene que tengas una pistola a mano.

Tuvo que obedecer. Con movimiento rápido, sin dejar de apuntarle un solo instante. Earl le despojó de sus armas. Luego, sin permitirle volverse siquiera, exigió:

—¿Dónde está Judith? ¿Qué has hecho con ella?



Aunque pretendió negar en un primer instante, la presión del cañón de la pistola de Caldwell sobre la espalda, le obligó a tomar otro derrotero. Había que ganar tiempo a cualquier precio.

—La llevaron en un primer momento al hotelito de Westport. Pero Kirk ha ido por ella. Antes de media hora estará aquí.

Parecía decir la verdad. Sin embargo, existía una contradicción entre sus afirmaciones y las le Pat. Earl clavó su mirada en el rostro de Wilbur. En sus ojos vio el forajido una amenaza mortal. Ligeramente tembloroso se

apresuró a explicar:

—Creí que estaría aquí. Antes de salir para visitar a Hugues, le oía dar la orden a Manville.

Kirk Manville era otro de los secuaces de Lazia, jefe de grupo igual que Curly Kelly. Estaba en el «Stork» cuando Earl recibió el peligroso encargo de llevar el dinero a Glen. La explicación era perfectamente verosímil. Caldwell pensó con rapidez, examinando todos los aspectos de la situación. Si Hugues se daba prisa, estaría allí en unión de Green y varios agentes mucho antes de la media hora. En cualquier caso, lo más conveniente era esperar sin salir del despacho. Teniendo encañonado a Johnny creía poder superar todos los peligros. Ordenó a Lazia:

—Ata de pies y manos a Pat, ponle una buena mordaza y ocúltadle entre esas cortinas. Así quedaremos tú y yo frente a frente.

Muy a pesar suyo, Johnny hubo de cumplir la orden. Caldwell comprobó personalmente que Wilbur estaba bien sujeto; tumbado detrás de la mesa, entre los pliegues de las cortinas de la ventana, quedaba invisible a los ojos de cualquiera que se asomara a una de las dos puertas.

—Ahora esperaremos con calma. Cuando alguien llame, responderás que estás muy ocupado. Solo abrirás cuando se trate de Kirk y la muchacha. Si no cumples mis instrucciones al pie de la letra...

Lazia se apresuró a dar su asentimiento. Había presenciado, durante la pelea sostenida noches antes en el mismo club lo endiablado de su puntería y no tenía el menor deseo de que le tomase como blanco. Esperaría con calma una oportunidad favorable; pero no caería en el error de hacer frente, desarmado como se encontraba, a su peligroso enemigo.

—¿Qué habéis hecho con Ernest Gordon? —preguntó de pronto Caldwell. Johnny le miró sorprendido. Tras una ligera vacilación, inquirió, a su vez:

—Entonces, ¿era verdad lo que suponía Taylor? ¿Estabas de acuerdo con él? ¿Eres...?

—Lo que sea importa poco —repuso, enérgico, su interlocutor—. Responde a mí pregunta.

Deseando entretener a Earl para ganar un tiempo que juzgaba precioso, Johnny creyó oportuno dar toda clase de explicaciones. Dijo la verdad por entero. No creía arriesgar nada al hacerlo. Si Caldwell triunfaba, le mataría sin la menor sombra de dudas; si al final conseguía vencerle, no quedaría en condiciones de poder repetir una sola de sus palabras.

—Hacía un par de semanas que Taylor sospechaba que las autoridades federales habían mandado a Kansas City algunos agentes interesados en averiguar todo lo relacionado con la muerte de Aldous Grey. Pronto, acaso por alguna indiscreción de Green, que se había entrevistado en una ocasión con Ernest, sus recelos se centraron sobre la persona de Gordon. Logró

averiguar las casas en que se ocultaba e identificar a varios de sus agentes. Cuando Steinbeck habló aquella misma tarde con Hugues las pocas dudas que le quedaban se dispararon de un golpe. Vio con claridad el peligro y procuró adelantarse.

Planteó un golpe en una casa cerca de Riverside Street, pero el individuo se escapó en el último minuto de entre las manos de sus hombres. Inmediatamente preparó otro intento. Hace diez minutos que me llamó por teléfono para decirme que ha tenido pleno éxito.

Mentía en esta última afirmación. Taylor, al llamarle, lo hizo casi desesperado. En la casa de Sixth Street había conseguido dar muerte a tres agentes de Gordon, pero Ernest y otros dos lograron escapar a balazo limpio. Decía que algunos de sus hombres les seguían de cerca; no ocultaba, sin embargo, su temor a que pudieran salvarse.

Terminaba de hablar cuando llamaron a la puerta, anunciando que tenían un recado urgente para Mr. Lazia. Aunque Johnny fingió resistirse a abrir, insistieron tanto que al final tuvo que entreabrir la puerta, previo mudo asentimiento de Earl, para indicar al que llamaba —uno de los camareros del club— que se fuese inmediatamente.

—No volváis a molestarte, a menos que venga Kirk Manville. A todos los demás decidles que estoy charlando con un buen amigo y no quiero que me interrumpan. Aunque sea Mr. Steinbeck, no le dejéis pasar.

Volvió a cerrar la puerta. Hizo ademán de correr el cerrojo, pero habilidosamente lo dejó descorrido. Con aparente indiferencia volvió a sentarse junto a la mesa. Caldwell no receló nada: el camarero no le había visto: las palabras de Johnny habían sido, en apariencia, las más convenientes para sus propósitos.

Por espacio de cinco minutos, siguieron hablando. Earl hizo algunas preguntas con respecto a lo ocurrido con Gordon; Johnny procuró inventar lo necesario para mantener distraído a su interlocutor. De pronto le pareció escuchar un ligero ruido a su espalda. Se volvió rápido, al tiempo que una voz imperativa ordenaba:

—¡Quieto! ¡Levanta los brazos o...!

En la puerta, abierta ahora de par en par, aparecían tres o cuatro Individuos pistola en mano. En primer término estaban Bad Face y Curly Kelly; tras ellos un sujeto a quién no conocía y Taylor Steinbeck. Sin amedrentarse por el peligro, apretó, con ansias de matar, el gatillo del arma que empuñaba. Resonó un disparo, Curly lanzó un ahogado gemido y se dobló sobre sí mismo antes de rodar por el suelo.

Earl Caldwell no tuvo tiempo de gozarse en su triunfo. Al mismo tiempo que él habían tirado sus enemigos. No querían matarle, indudablemente, porque en caso contrario lo hubieran logrado con relativa facilidad, pero la pistola le fue arrancada violentamente de las manos.

Quedó inerte, al tiempo que Taylor gritaba:

—¡Entrégate de una vez! Si te resistes...

Furioso quiso saltar hacia adelante, con ansias de estrangularle entre sus manos. Pero en aquel preciso instante, Johnny intervino. Había levantado con rapidez una de las sillas y la dejó caer con violencia sobre la cabeza de Earl, que rodó medio atontado por el suelo.

Luchando contra las tinieblas que medio envolvían su cerebro, oyó gritar a Lazia:

—¡Matadle, matadle inmediatamente!

—De ninguna manera —repuso en el acto Taylor—. Nos interesa mucho más vivo. Al menos por ahora.

Se impuso su criterio. Minutos después, Caldwell, se sentía levantado del suelo y veía cómo le ataban las manos a la espalda. Furioso, Johnny, increpaba al jefe de detectives:

—¿Por qué no le matamos? Es un traidor: está de acuerdo con Gordon y...

—Muerto dejaría de ser una carta valiosa en nuestras manos. Vivo será una palanca poderosa para que Gordon, Hugues y Green hagan lo que nosotros queramos.

Johnny contempló a su interlocutor con ojos desorbitados por el asombro. Por espacio de un par de minutos fue incapaz de articular palabra. Al cabo gruñó:

—¡Estás loco! Gordon habrá podido utilizarle, pero en definitiva le tendrá sin cuidado. Incluso se alegrará, lo mismo que Green, de ver muerto a un individuo como Earl Caldwell, reclamado por asesinato. En cuanto a Hugues, si no conseguimos nada con el secuestro de su novia, ¿crees que le importará poco ni mucho la suerte de un individuo al que ni siquiera conoce?

—Indudablemente, sí, aunque le conoce, y bastante mejor que tú. Porque da la pequeña casualidad de que es... ¡su hermano!

—¿Qué Earl Caldwell es hermano de Clark Hugues? Pero ¿te das cuenta de lo que dices? —exclamó, exaltándose Lazia.

—Perfectamente. Debí comprenderlo desde el primer instante, pero fui tan tonto como para no reconocerle el día que le vi en compañía de Pat. Tuve la vaga impresión de que le había visto con anterioridad, aunque no sabía dónde. Después, la reclamación enviada por la Policía de Nueva York me desorientó por completo. Si lo hubiera pensado un poco, todo habría aparecido con meridiana claridad ante mis ojos.

—¿Supones que la reclamación era falsa y destinada únicamente a hacernos confiar en él? —preguntó Johnny.

—No. Todavía estoy convencido de que es auténtica. No sé si me habrás oído decir alguna vez que un hermano de Hugues había

desaparecido de Kansas City. Ese hermano era este Earl. ¿Y sabes por qué desapareció? Porque se llevó un montón de billetes del Banco que dirigía Clark.

—¡Mentira! —protestó airado Caldwell, que hasta entonces había permanecido silencioso—. Yo no robé un solo centavo.

—Es inútil que mientas, muchacho —replicó, sin perder la calma, Taylor—. No te servirá de nada. Recuerdo perfectamente el caso para tener la menor duda.

Caldwell juzgó inútil replicar, limitándose a encogerse de hombros. Johnny pareció meditar un instante. Curly gruñó:

—De todas formas, debíamos matarle; aunque solo fuese para vengar a Bad Face.

—Ya le mataremos cuando haya llegado su hora —repuso con firmeza Taylor—. Ahora podemos utilizarle para obligar a claudicar a Hugues. Importa arreglar las cosas antes de que todo se vaya al diablo.

—Pues ya podéis daros prisa —intervino Pat Wilbur, al que acababan de desatar—. Porque Clark fue en busca de Green. Es posible que dentro de unos minutos se presenten aquí y lo hagan a balazo limpio.

Con rapidez, Lazia había examinado la situación, viendo todo el partido que cabía sacar de las circunstancias. Un poco aparte habló unos momentos con Taylor. Luego resolvió:

—Voy a llamar por teléfono a Hugues. Le plantearé la cuestión con la mayor crudeza. O acepta, mis proposiciones o tendrá que sentirlo.

No quiso hablar desde allí, sino que pasó a una habitación inmediata, acompañado de Taylor. Tuvo la suerte de encontrar a Hugues todavía en casa de Green. Clark y el jefe de Policía habían estado discutiendo acerca del camino a seguir; el «boss» político tuvo que escuchar los fundados, reproches de su interlocutor, y perdieren un tiempo precioso. Johnny habló sin morderse la lengua:

—Si persiste en el camino emprendido, estamos perdidos. Usted, en primer término, porque tanto Taylor como yo le acusaremos de haber organizado el asesinato de Aldous Grey ¿No es suficiente para que procure arreglarlo todo sin armar un mayor escándalo?

—No. Ya le dije a Steinbeck que no estoy dispuesto a dejar impune lo ocurrido con *miss* Compton. Los miserables que la secuestraron...

—La matarán sin vacilaciones si no acepta en el acto mis proposiciones. Y no solo a ella, sino a su hermano Bill. Contra lo que esperaba, Earl Caldwell ha caído en mis manos. Usted verá si le conviene que la Policía encuentre los dos cadáveres dentro de unos minutos.

—Clark protestó airado. Creía que Johnny no se atrevería a hacer tal cosa. Aquellos dos crímenes bastarían para llevarle a la silla eléctrica. Lazia se echó a reír:

—¿Cree que con la muerte de Grey no hay suficiente para condenarnos? ¡No sea estúpido, Hugues! No podrán matarnos más que una vez, y eso lo harán si nos cogen, hagamos lo que hagamos con Earl y la chica. Pero no nos cogerán. Solo conseguirá quedar enganchado en las redes de la Policía federal y llorando la desaparición de su novia y de su hermanito.

La respuesta de Clark demostraba que las palabras de Johnny hacían profunda mella en su ánimo. En tono un poco apagado preguntó por las condiciones que su enemigo imponía.

—En realidad, solo una —replicó el jefe del «ganga»—. Que venga inmediatamente a verme para ponernos de acuerdo acerca de la manera de salir de este embrollo. Pero ha de venir solo, naturalmente. Y usando de toda su influencia sobre Green para que no se mueva de dónde está ni haga absolutamente nada en contra nuestra.

Como Hugues vacilase en aceptar, Lazia exigió:

—Le doy un minuto para resolver. Si no acepta, oírás por teléfono los gritos de muerte de su hermano y su novia.

Clark se apresuró a dar su asentimiento. Iría completamente solo en su automóvil hacia una calle apartada de Westport, donde le estarían esperando Pat Wilbur y Kirk Manville, a los que se entregarían. Estos le conducirían al lugar en que le esperaba Lazia, que sería el mismo donde estaban presos Judith y Earl.

—Ahora se encuentran en el Stork, pero saldrán de aquí antes de colgar yo el auricular. Y no pretenda jugarme sucio. Si va alguien con usted, si Green da un solo paso, morirán los presos.

Y ni a Taylor ni a mí logrará encontrarnos jamás.

Cortó la comunicación tan pronto como Hugues accedió a todas sus exigencias. Volvió a su despacho y dio con rapidez sus últimas instrucciones. Saldría inmediatamente hacia el arrabal de Westport, acompañado de Pat, Kirk y otros dos de sus secuaces, y amén de Glen Wilson y cuatro de sus hombres, dispuestos a secundarle, ya que Curly había ido a buscarles a la puerta del Stork, donde se quedaron esperando, explicándoles la gravedad de la situación y haciéndoles comprender que del resultado de la lucha entablada dependía la suerte de unos y otros. Por su parte, Taylor dedicaría lo mejor de sus esfuerzos a tratar de coger a Ernest Gordon. Precisamente en aquel instante sonó el teléfono y uno de sus agentes le comunicó que el fugitivo se había refugiado en un edificio de la Décima Avenida, donde sería fácil capturarlo.

—Perfectamente —dijo Johnny desde la puerta ya, dispuesto a salir acompañado de sus secuaces—. Encárgate de ese tipo, Taylor. Lleva contigo a Caldwell. Gordon no se atreverá a disparar contra él. Una vez que lo cojas, ya sabes lo que debes hacer con los dos.

Cuando Lazia hubo salido, Steinbeck no perdió demasiado tiempo. Abajo estaba esperándole el automóvil conducido por Jimmy. Con él quedaba Curly y Kelly. Había que darse prisa. Aquella noche debía quedar resuelto todo. Ya encontrarían manera de justificar la muerte de Ernest y Earl, como justificaron las de Shorty y Grey.

Pero si el inspector federal se les escapaba de entre las manos, no quedaría otra solución de emprender la huida. En compañía de Johnny cruzaría la línea fronteriza de Kansas. Sabía dónde Lazia tenía un avión preparado. Un vuelo de unas horas y se hallarían en territorio mejicano o canadiense, a salvo de todo peligro.

—Coge a ese amigo, Kelly. Vamos a terminar de una vez.

Con las manos atadas a la espalda, amenazado por el cañón de una pistola, Caldwell hubo de caminar delante de Taylor y Curly. Bajaron la escalera que conducía a la puerta posterior y salieron por esta. Parado junto a la acera, con todas las luces apagadas, esperaba el coche conducido por Jimmy. La calle aparecía totalmente desierta, cosa nada sorprendente, dado lo avanzado de la madrugada.

Sin recelar nada se acercaron al automóvil. De pronto la portezuela se abrió y una voz que no admitía réplica amenazó:

—¡Arriba las manos!

Solo entonces se dieron cuenta de que Jimmy aparecía inmóvil, caído sobre el volante, y que en el interior del coche había dos hombres, desconocidos para ellos. Caldwell, en cambio, los reconoció en el acto: eran Ernest Gordon y uno de sus agentes. Curly vaciló un instante, totalmente desconcertado. Taylor llevaba una pistola en la mano, y se jugó el todo por el todo. Sin hablar palabra, apretó el gatillo. Por desgracia para él, Karl parecía haber adivinado sus intenciones, y en el momento crítico le dio un pequeño empujón, que si no la arrojó al suelo fue suficiente para hacerle fallar la puntería.

Gordon fue mucho más certero. Hizo dos disparos y los dos fueron a clavarse en el pecho de Steinbeck, buscando directamente el camino de su corazón. Taylor lanzó un grito de dolor, la pistola se le escapó de entre los dedos, dio tambaleante dos o tres pasos y cayó de bruces en medio de la acera. Aterrado, Curly levantó los brazos, gritando:

—¡Me entrego, me entrego!

Un instante después, Earl tenía desatadas las manos y se encontraba en el interior del automóvil en marcha. A su lado aparecía Curly con un gesto de terror en el semblante. Jimmy, en cuya cabeza se veían huellas del culatazo que le privó del conocimiento, seguía sin sentido. Mientras el agente conducía con rumbo a la Jefatura de Policía, Gordon explicó:

—Logré escapar por segunda vez en la noche de verdadera casualidad. Me siguieron de cerca, pero al cabo conseguí apresar a uno de mis

perseguidores. Tuvo que decirme dónde estaba Taylor. Le obligué a llamarle por teléfono para obligarle a salir del Stork. Cuando salisteis ya habíamos dominado a Jimmy y éramos dueños del automóvil. Lo demás es fácil comprenderlo. He tenido la suerte de poderte pagar el favor que me hiciste.

Caldwell le oía con interés, pero sin excesiva alegría. Judith continuaba en poder de Johnny; posiblemente Hugues había caído también en sus manos. Lo más probable, si se veía acosado, sería que los matase. Comprensivo, Gordon inquirió:

—¿Te dolería mucho que sucediera así?

—Desde luego. Judith no creyó antaño en mi inocencia ahora me desprecia suponiéndome un pistolero vulgar, un asesino a sueldo. De todas formas, si muriese... no creo que pudiera seguir viviendo.

—¿Y Clark Hugues?

—Es el culpable de cuanto me sucede; quiso quitarme la novia y pretendió hundirme en un penal. Sé que ha caído muy bajo, aliándose con forajidos como Johnny Lazia y Taylor Steinbeck. Pero... por encima de todo, es mi hermano.

Gordon meditó unos minutos. Al cabo, dando una palmada en la espalda de Earl, afirmó:

—Tienes razón, muchacho. Al hacerte venir a Kansas City puse sobre tus hombros una carga demasiado pesada. Procuraremos aliviarla ahora. Curly tendrá que decirnos el paradero de su jefe y de los detenidos. Yo te aseguro que los salvaremos... o moriremos en el empeño.

**¿LA MEJOR REVISTA INFANTIL?
LA QUE TIENE EN PREPARACION
EDITORIAL ROLLAN!**

VI

UNA NUEVA DERROTA



A entrevista con Joseph Green fue dolorosa en extremo para Clark Hugues. Sobre todo para su orgullo personal. Durante años enteros Green, Jefe superior un tanto nominal de la Policía local, se había visto desbordado y superado por Taylor Steinbeck, tipo audaz, aventurero sin escrúpulos, firmemente apoyado por los políticos empeñados en que la ciudad fuese «an open City», a fin de distribuirse alegremente las fáciles ganancias que proporcionaban los juegos de azar.

Hombre honrado, austero, celoso del cumplimiento de su deber, Green sostenía que la tolerancia de la fauna equívoca que moraba en torno a las ruletas elegantes o a las modestas máquinas tragaperras, acabaría corrompiendo la vida entera de la población. Cerró por su cuenta tres o cuatro salones, metió en la cárcel a unos cuantos indeseables, pero no le dejaron pasar de ahí. Aunque sin relevarle de su cargo, las autoridades de las que dependía limitaron las atribuciones que le estaban conferidas en forma tal, que no pasaba de ser una figura decorativa. Los «gangsterismo». Suponiendo cuál sería el final ron su libertad; los salones cerrados volvieron a funcionar con entero desembarazo y Green hubo de permanecer cruzado de brazos viendo crecer y desarrollarse una plaga indigna de renacido «gangsterismo». Suponiendo cuál sería el final de todo aquello, dijo en más de una ocasión:

—Los que ahora se aprovechan de esta situación vergonzosa, serán un día u otro víctimas de los vientos que han sembrado.

Clark Hugues era la figura más destacada entre los políticos de la ciudad que se lucraban con el juego. Fue, también, quien más influyó para que Green se viera relegado a un segundo puesto, confiando a Steinbeck atribuciones que legalmente pertenecían a su jefe. Lógicamente, entre los dos hombres se había creado una profunda antipatía, acentuada cuando Green expresó abiertamente sus dudas acerca de la explicación dada a la muerte sospechosa de Aldous Grey.

Por todo ello, Green no se mostró demasiado inclinado a ayudar a Clark, ni cuando le denunció por teléfono el rapto de que había sido

víctima Judith Compton, ni cuando acudió a visitarle de madrugada contándole el asalto perpetrado por Pat Wilbur y sus hombres.

—La culpa de todo la tiene usted —dijo con entera crudeza—. Proteger a bandidos como Johnny Lazia, aliarse con ellos, trae consecuencias parecidas. Lo advertí cien veces y no quisieron hacerme caso; ahora quizá sea demasiado tarde para remediar el daño.

Deseando vengarse de humillaciones pasadas, Green no estaba dispuesto a correr personalmente el riesgo de presentarse en el «Stork Club» para terminar a balazo limpio con Lazia y sus secuaces. Puso diversos pretextos dilatorios, entre los cuales figuraba en primer término que todo lo relacionado con el juego estaba fuera de sus atribuciones. Cuando su interlocutor aludió el peligro que podía correr en aquel instante Earl Caldwell, se encogió de hombros murmurando.

—Lobos a lobos no se muerden. Según mis noticias ese Caldwell, reclamado por asesinato, es digno en todo de su amigo Lazia. Tenga la seguridad de que se entenderán muy bien entre ellos. Por otro lado, si se matasen nos harían un gran favor.

Por el momento, Clark no se atrevió a confesar que aquel individuo, al que buscaban las autoridades neoyorquinas acusado de un grave delito, era su hermano. Pero tuvo que reconocerlo minutos después al hablar por teléfono con Johnny Lazia. A Green le sorprendió ver que Hugues estaba dispuesto a marchar solo y sin armas al encuentro del jefe de «gangsters».

—No tengo más remedio que hacerlo. Si me negase matarían a *miss* Compton y a Caldwell.

—¿A Caldwell? Y ¿qué puede importarle a usted que viva o muera ese forajido?

—Más de lo que se imagina, Green. Earl Caldwell es, en realidad, mi hermano William E. Hugues. Si hoy es un asesino, nadie tiene más culpa que yo. Urdí una trama para hundirle a los ojos de *miss* Compton hace varios años le obligué a vivir fuera de la ley, acusándole de un delito que no había cometido, que ni siquiera existió. En lugar de matarme, como tenía perfecto derecho a hacer, intervino esta noche para salvarme. ¿No cree que yo debo hacer cuanto esté en mi mano para evitar que le asesinen?

Green recordaba perfectamente lo sucedido con el hermano de Clark. Hubo una denuncia de que había falsificado un cheque para llevarse varios miles de dólares. Desapareció de la ciudad y no volvió a saberse una sola palabra de él; al cabo de un par de años, la denuncia fue retirada por el propio Hugues, afirmando que se trataba de «una dolorosa equivocación». El asunto se dio por liquidado oficialmente, aunque muchos sospechaban que no existió error de ninguna clase y que Clark, al retirar la denuncia, solo trataba de limpiar de toda mancha el nombre de su desaparecido hermano. Ahora, sin embargo, parecía hablar con absoluta sinceridad. La

creyó. Sintió redoblada su hostilidad contra el «boss» político, capaz de no detenerse ante nada para lograr sus fines. Pero al mismo tiempo cierta compasión por él, viendo el dolor reflejado en su semblante. Resolvió:

—Perfectamente. No haré nada esta noche. Conferencie con Lazia y ojalá no tenga que arrepentirse de haberlo hecho. Sin embargo, quiero advertirle una cosa. Desde hace días están en Kansas City varios agentes de F. B. I.; investigan la muerte de Grey, es posible que tengan ya todas las pruebas precisas contra los autores Y nada me extrañaría que fuese usted uno de los mayores culpables...

En otras circunstancias, aquella noticia hubiera bastado para hundir a Clark Hugues. Ahora había algo que le interesaba más. Tenía que salvar a Judith y a Bill. Ambos estaban en grave peligro por su culpa. Y estaba dispuesto a lavar, con su propia sangre si era preciso, los pecados cometidos por su afán de dinero. Salió a la calle, montó en su automóvil y unos minutos después, llegaba al punto señalado por Lazia. Allí le esperaban Pat Wilbur y Kirk Manville. Subieron inmediatamente al coche. Sonriente, poniéndole una pistola al pecho, el primero comentó:

—Otra vez volvemos a vernos esta noche, Clark. Y me figuro que ahora no intervendrá ese maldito Caldwell para salvarle.

Sus modales no tenían nada de amistosos. Tanto Wilbur como Manville le encañonaban con sus pistolas. Más que como invitado, Hugues iba en calidad de prisionero. No creyó necesario, sin embargo, perder el tiempo en hacer preguntas. Se limitó a seguir la dirección que Pat le indicaba. A los pocos minutos llegaban al hotelito donde por espacio de varios días se hospedó Caldwell. Advirtió que había varios coches a la puerta y no menos de doce o catorce hombres. El aspecto de todos ellos decía bien a las claras de qué clase de individuos se trataba, Al mirarles, Clark no pudo evitar un ligero estremecimiento.

Encontró a Johnny en compañía de Green Wilson y otros dos individuos. Lazia avanzó a su encuentro al verle llegar. En tono amenazador, gruñó:

—Trabajo me ha costado traerle, Hugues. Esperemos que no sea demasiado tarde.

Sin hacer caso de sus palabras, con aire autoritario, Clark repuso:

—Lo único que importa es la vida de Judith y Caldwell. ¿Dónde los tiene?

—Un momento, amigo —afirmó Johnny—. Eso tiene un precio. Ya veremos si puede pagarlo.

—Estoy dispuesto a todo. ¿Qué pretende?

—Ha dicho usted tantas tonterías en las últimas horas que no sé si el problema tendrá solución. Antes de soltar a *miss* Compton necesito tener la plena seguridad de que Green no hará absolutamente nada.

—No lo haré. Tengo su palabra de honor, al menos por esta noche.

—Poco es. Si solo se ha comprometido por esta noche, mañana podrá hundirnos gracias a lo que usted le ha dicho. A estas horas debe estar enterado de todo lo referente a Aldous Grey. Si envía una denuncia a Washington estamos perdidos. Tiene que impedirlo como sea.

Clark no estaba muy seguro de conseguirlo. La entrevista con Green no había tenido nada cordial. ¿Qué ocurriría al pedirle que callase cuanto sabía a aquellas horas? Lo más probable era que se negara en redondo. Además...

—Sería totalmente inútil. Hay en Kansas City varios agentes del F. B. I. que parecen enterados de todos. El silencio de Green no serviría de nada.

Con cierto asombro vio sonreír a Johnny. Su sorpresa subió de punto al oírle decir:

—No se preocupe en absoluto de Gordon y sus hombres; Taylor se ha encargado de ellos. A estas horas habrán dejado de ser un peligro. Arregle lo otro y todo estará solucionado.

Tuvo que llamarle por teléfono. Por espacio de diez minutos estuvo hablando con Green, tratando de convencerle de que no dijera una sola palabra respecto a la muerte de Aldous Grey. El jefe de policía se negó en redondo. Afirmó:

—He callado hasta ahora, porque no estaba seguro de la verdad. En adelante, convencido de la culpabilidad de Lazia y Taylor, mi silencio equivaldría a una complicidad.

—Su negativa puede costar la vida a *miss* Compton y Caldwell.

—Lo siento por usted, Hugues, responsable directo de cuanto suceda. Desgraciadamente, si usted no tiene autoridad ni fuerza para impedirlo, yo no puedo hacer absolutamente nada.

No quería comprometerse. Un poco vagamente anunció que mandaría varios coches policíacos para tratar de localizar el lugar en que se hallaba Clark, virtualmente prisionero de los forajidos, colgando seguidamente el auricular. Hugues no dijo nada de esta última promesa, pero tuvo que reconocer que Green se negaba a toda fórmula de arreglo.

Johnny pareció meditar un instante. Luego encontró una posible solución:

—Vuelva a llamar a Green y diga que va a verle para hablar con él. Le acompañará Pat, Kirk y mister Wilson aquí presente.

—¿Qué pretende usted?

—Quitar de en medio ese estorbo. Le haremos callar para siempre. Muerto Green, ya encontraremos a quién cargarle el crimen, Aunque sea al propio Earl Caldwell.

—¿Earl? —preguntó impresionado Clark—. ¿Pero no me prometió que no le pasaría nada?

—Si usted conseguía arreglar este asunto, no si tenía que arreglarlo yo. ¿Está dispuesto a volver a entrevistarse con Green en la forma que le he dicho?

—¿Y si me niego?

—Entonces, no sería tan solo la vida de Caldwell la que estaría en peligro. Judith Compton seguiría la misma suerte. Y usted...

—¿Se atreve a amenazarme?

—No es una simple amenaza. O llama inmediatamente a Green para concertar la entrevista o no llegará vivo a la mañana.

Entre los muchos defectos de Clark no se contaba en modo alguno la cobardía. En los momentos críticos no dudaba en hacer frente a cualquier peligro con resolución y energía. Ahora no estaba dispuesto a dejarse amedrentar. Con firmeza repuso:

—No conseguiré asustarme, Lazia, Por debilidad o por ignorancia pude parecer en alguna ocasión cómplice suyo; ahora me niego en redondo a intervenir en el nuevo crimen que prepara.

—¿Se da cuenta de lo que puede costarle su actitud?

—Me doy cuenta de que no soy un asesino, ni lo seré pase lo que pase.

—¿Ni siquiera para impedir que *miss* Compton sea torturada en su presencia sin poder hacer nada por evitarlo?

—¡Canalla! —gritó iracundo Hugues lanzándose sobre Lazia. Pese a que Johnny pretendió saltar a un lado, Clark logró cogerle por el cuello y apretó con tanta furia, que el forajido se sintió asfixiado. De estar solos los dos hombres, posiblemente lo hubiera pasado mal. Pero había otros varios presentes y todos, sin la menor excepción se apresuraron a intervenir. Pat descargó la culata de su pistola sobre la cabeza de Clark que rodó por el suelo perdido el conocimiento. Kirk preguntó a su jefe:

—¿Lo mato ya?

—No. Espera. Si hemos de matarle, prefiero que sufra antes un poco. Confío aún en hacerle variar de manera de pensar.

—Creo que tiene razón Kirk —gruñó Glen—. Me parece que cuanto antes terminemos...

—Un poco de calma —insistió Johnny—. Dejadme actuar a mí, Tú, Pat, tráete a la muchacha. Cuando vuelva en sí le bastará ver a la chica para hacer cuanto queramos.

Salía Wilbur para cumplir la orden recibida cuando sonó el timbre del teléfono. Johnny lo descolgó y estuvo escuchando un par de minutos. Luego, sin colgar el auricular, explicó.

—Es Curly Kelly. Llama por indicación de Taylor. Gordon huyó de la Décima Avenida, pero lo tienen cercado en una casa de Kansas Street de Wyandote. No tiene escape posible, pero Taylor necesita refuerzos para acabar con él inmediatamente. Debe salir para allá...

—Yo iré —afirmó con resolución Glen—. Conozco mejor que nadie Wyandote. Con mi gente resolveré en el acto el problema.

—Perfectamente —dijo Lazia. Luego, hablando por teléfono, anunció —: Escucha, Curly. Glen y sus muchachos salen ahora. Los tendréis ahí dentro de un cuarto de hora. Dile a Taylor que necesito que solucione el asunto inmediatamente.

Un minuto después llegaba a sus oídos el ruido de los coches en que Wilson y sus secuaces se dirigían a toda prisa hacia Wyandote. Johnny gruñó preocupado:

—Mientras no terminen con ese maldito Gordon no respiraré tranquilo. Espero que ahora no logre escapar.

—Yo no acabaría de fiarme —repuso Pat—. Ese tipo debe ser escurridizo como una anguila. Si ha escapado por dos veces, lo mismo puede suceder la tercera. Y si lo consigue...

Lazia se apresuró a tranquilizarle. Hacía tiempo que estaba preparado por lo que pudiera suceder. A veinte millas de distancia, en pleno estado de Kansas, en una granja perdida en medio de la llanura, tenía siempre dispuesta y a punto una avioneta.

—Sí al amanecer no hemos conseguido solucionarlo todo, marcharemos allá. Tú y Kirk vendréis conmigo. En pocas horas estaremos en lugar seguro. Pero aún no está todo perdido. Tráete a la chica. Ya veremos si cuando Clark vuelva en sí...

Wilbur se apresuró a cumplir la orden. Regresó a los pocos segundos, acompañado de otro individuo. Entre los dos traían casi a rastras a Judith Compton. En el rostro de la muchacha se advertían huellas de lágrimas recientes, pero sus ojos relampaguearon al divisar a Lazia. Desprendiéndose de sus acompañantes, avanzó hacia Johnny, gritándole:

—¿Hasta cuándo va a durar esta broma estúpida? ¿No le da vergüenza haberme traído aquí y consentir que sus hombres me traten en forma desconsiderada y brutal?

—No se trata de ninguna broma, *miss* Compton —replicó el aludido—. Es algo mucho más importante. Tanto que de ello puede depender mi vida y desde luego la suya. Tendrá que hacer lo que la ordene. En caso contrario...

—¿Qué pretende? —inquirió en tono alterado la joven—. ¿Cree que con amenazas conseguirá nada de mí?

—No son amenazas, señorita. Ahí tiene a Hugues. ¿Cree que fue una simple amenaza lo que le puso en ese estado?

Señalaba a un lado de la habitación, Clark aparecía tendido en el suelo con la cabeza ensangrentada por efectos del golpe recibido. La muchacha se estremeció al verle. En un primer instante, juzgando por su inmovilidad, le creyó muerto. Indignada gritó:

—¡Asesino! ¡Canalla! Matar así a un hombre que...

—No se exalte, *miss* Compton. No serviría de nada y podría resultar muy peligroso. A Hugues no le hemos matado... todavía. De usted depende que su vida llegue muy pronto a un sangriento final.

Confirmando sus palabras, Clark empezó a moverse en el suelo, recobrando el conocimiento perdido por efectos del golpe. Por indicación de Johnny, Kirk le ayudó a sentarse en un sillón y le hizo tomar un sorbo de «whisky».

Hugues abrió los ojos y miró sorprendido en torno suyo, aunque era evidente que aún no se daba cuenta de dónde estaba ni de lo que había sucedido. Tranquilo y sonriente, Lazia siguió hablando con la muchacha.

—Estoy en peligro, en un grave peligro, por culpa principalmente de la cobardía y de las estupideces de su adorado Clark. No proteste, señorita. Ya sé que va a decirme que no es su novio. Me lo ha dicho varias veces, pero sigo sin creerla. Decía que su amado Clark...

—¡Déjese de ironías, Lazia! —le interrumpió la joven—. Jamás he querido a Hugues. Es cierto que me cortejaba, exactamente igual que usted. Pero no quiero a ninguno de los dos, aunque entre ambos existiera un verdadero abismo. Clark no es un forajido; usted, en cambio...

—Somos iguales, señorita. Yo doy la cara, pero él se lleva la parte del león en los beneficios. Por este lado si hay diferencia es en favor mío. Claro está que usted le preferiría a él; estoy seguro de que le quiere y eso...

—Se engaña. Repito que entre Clark y yo no había otra cosa que una simple amistad. Quise a un hombre con todas mis fuerzas; desgraciadamente resultó indigno de mi cariño y desapareció sin dejar rastros...

—¿No sería William Hugues? —preguntó intencionadamente Lazia.

—Eso es cuenta mía.

—Y mía. Sepa usted que William Hugues, o Earl Caldwell como ahora se hace llamar, está en mi poder también. Morirá antes de cinco minutos, si no hace todo lo que voy a decirle.

La muchacha, impresionada, no supo qué responder. Johnny continuó hablando. Presentó las cosas a su manera. Afirmó que tanto Clark como William trabajaban de perfecto acuerdo con él, lucrándose con sus turbios negocios. Luego, viendo la situación comprometida, pretendían entregarlo a las autoridades federales.

—Clark tiene en sus manos arreglar la cuestión. Quiero que lo haga. Si se niega, le mataré. Morirá también su hermano. Si usted le quiere, convénzale. Si no lo ha conseguido dentro de media hora...

Se interrumpió al oír el ruido de un coche que se acercaba a toda velocidad hasta venir a detenerse a la puerta. A un gesto suyo, Kirk corrió a la ventana y miró hacia la calle. Explicó:

—Es Curly Kelly. Tras él viene otro individuo que no me parece Taylor.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó pensativo Pat—. ¿Cómo pueden estar aquí cuando hace cinco minutos se hallaban en Wyandote?

—No tardaremos en saberlo —gruñó Johnny—. Hazlos pasar inmediatamente, Kirk.

Wilbur quiso decir algo. Su jefe le atajó:

—¡Que vengan! No importa que estén estos aquí. Si hace falta terminar con ellos nos echarán una mano.

Kirk se apresuró a marchar hacia la puerta de la calle. Aunque Johnny no le había ordenado que le siguiera, Pat marchó tras él con el semblante contraído en un gesto de clara preocupación. Como en la estancia quedaba otro de sus secuaces, como tenía la pistola al alcance de la mano y Clark no parecía aún totalmente repuesto del golpe recibido, Lazia no temió nada. Siguió hablando con la muchacha:

—¡Dese prisa en resolver, Judith! No hay tiempo que perder. Falta poco para el amanecer y antes necesito tenerlo todo definitivamente arreglado.

—¿Dónde tiene a William Hugues?

—No es usted, sino yo, quien puede preguntar. Ya ha oído mi petición. ¿Qué responde?

Angustiada, la joven miró hacia Clark, que parecía recobrar plena conciencia de sus actos. Hugues levantó la cabeza, oyó las últimas frases de Johnny y replicó:

—Diga lo que diga será igual. Este asunto no tiene solución posible. Prefiero morir cien veces a convertirme en un asesino como tú.

Lazia rio, nervioso. Después, agresivo e hiriente, repuso:

—¿Quieres aparecer a los ojos de *miss* Compton como un caballero sin tacha? Pues no lo conseguirás. Eres igual que yo, peor que yo, porque tú procurabas no correr riesgo alguno. Te gustaba guardarte el dinero que te entregaba. ¿Vas a decir que no sabías de dónde procedía? ¿Negarás que estás perfectamente enterado de la muerte de Grey, que fuiste tú, en cierto sentido, quien le mató?

—¡Mentira! —rugió, indignado, Clark—. Sabes que eso no es verdad; que fueron tus secuaces los que, por orden tuya, sin contar para nada conmigo...

—¡Basta! —cortó Johnny dando un puñetazo sobre la mesa—. No te he traído aquí para consentir que me insultes. Decide de una vez: ¿vas a ver a Green para hacer lo que te he dicho?

Hugues vaciló en contestar. Lazia estaba fuera de sí, con los ojos inyectados en sangre y la boca contraída. Ahora le creía capaz de matarle. Por vez primera veía cercano su final. Pero si él, desconcertado, no acertaba a hablar, lo hizo en su lugar Judith:

—No lo haré. Si lo hiciese sería tan miserable como usted, y yo tendría que despreciarle tanto como jamás he despreciado a nadie...

—¡Tú te callas! —gritó iracundo Lazia—. Responde de una vez, Clark. Mi paciencia llega al final...

—No iré; me niego en redondo a servir tus turbios proyectos.

—Esa será tu última frase, Clark —murmuró Johnny, sacando la pistola—. Voy a matarte. Después huiré de aquí y esta señorita tendrá que venirse conmigo. ¿Crees que amenazo en vano? Pues tu hermano murió ya; ahora tú vas a ir a hacerle compañía...

Levantaba con fría resolución la pistola. Judith, cerró los ojos aterrada. En aquel instante la puerta, que Kirk había dejado entornada al salir, se abrió de par en par y resonó un disparo. El arma que Lazia empuñaba le fue arrancada de las manos, mientras la voz de Caldwell tronaba:

—¡Te engañas, Johnny! Ni me mataron a mí ni matarás a Clark. Serás tú quien tengas que pagar de una vez todos tus crímenes.

Todos se volvieron, sorprendidos, hacia la puerta. Con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro, Lazia se resistía a dar crédito a sus sentidos. En la habitación había penetrado Curly Kelly, pero tras él estaba Earl con una pistola en la mano y un gesto amenazador en el semblante.

—¡Levantad los brazos o sigo tirando!

Como saliendo de un sueño, obedeció Johnny; el secuaz que le acompañaba le imitó, convencido de que la menor vacilación le costaría un balazo; Curly se había anticipado a ambos. Judith se estremeció al oír la voz de Earl y de sus labios se escapó un grito de sorpresa:

—¡Billy!

Clark se puso en pie y quiso avanzar al encuentro de su hermano. Por un momento se cruzó entre él y Lazia. Caldwell le advirtió:

—¡Quítate de en medio! Te expones a ser el primero en caer.

Hugues no se hizo repetir la indicación. Se apartó a un lado e hizo ademán de dirigirse hacia Johnny, posiblemente con ánimo de apoderarse de la pistola perdida por su enemigo. Por fortuna para él, Lazia se recuperó con rapidez extraordinaria. Demostró en aquel trance difícil y apurado un dominio absoluto de sus nervios. Mirando fijamente Caldwell, preguntó:

—¿Qué pretendes ahora, Earl?

—¿Hace falta que te lo diga, Johnny? Impedir que me asesines a mí, salvar a *miss* Compton y a Clark, y darte tu merecido.

—¿Y estás seguro de conseguirlo? ¿Olvidas acaso que Taylor te sigue los pasos de cerca, que tengo veinte hombres guardando la casa?

—Me parece que eres tú quien ignora que Taylor no podrá seguirme ya; en cuanto a tus hombres, solo he visto a Kirk, pero tampoco te servirá ahora de mucha ayuda.

Algo de esto sospechaba Lazia. Si hacía preguntas que podían parecer estúpidas, si hablaba en forma totalmente innecesaria, lo hacía sin otra finalidad que ganar tiempo y distraer a su peligroso rival. Consiguió ambas cosas. Sintió una profunda satisfacción al advertir que Caldwell hablaba de Kirk, pero no decía una sola palabra de Pat ni de los otros dos individuos que había en la casa, lo que indicaba que no les había visto, que ni siquiera sospechaba su presencia.

En aquel instante le pareció ver una sombra que se movía en la habitación inmediata, a espaldas de Earl. Indudablemente se trataba de Wilbur. Si su enemigo no lo advertía, aún podían volverse las tornas.

—Mira, Caldwell. Creo que esta lucha no nos conviene a ninguno. Lo mejor para todos es que lleguemos a un acuerdo. Yo estoy dispuesto a darte...

—No pierdas el tiempo. Johnny. No hay arreglo posible. He venido a matarte y...

No llegó a terminar la frase. Sintió un ligero ruido a su espalda. Al pretender volverse, recibió un golpe terrible en la mano derecha, que le obligó a soltar la pistola que empuñaba. Casi simultáneamente, dos individuos saltaron sobre él por la espalda. Aunque el brazo derecho le dolía mucho y la sorpresa le colocaba en situación de franca inferioridad, Caldwell se debatió con todas las fuerzas de la desesperación. Logró voltear a uno de sus enemigos y acababa de asestar a otro una formidable patada en un muslo, cuando a dos pasos de distancia pudo ver a Pat Wilbur, con un arma de fuego en cada mano y advirtiéndolo:

—¡Quieto o te mato!

Casi al mismo tiempo, a su espalda, resonaba la voz de Johnny, que tras sacar una pistola del cajón de la mesa, amenazaba:

—Al que se mueva, le acribillo.

Cogido entre dos fuegos, con seis enemigos enfrente, desarmado y sin que ni Judith ni Rugues pudieran serle de mucha ayuda, Earl no tenía posibilidades de continuar la lucha. Con rapidez vertiginosa examinó mentalmente la situación. Tenía que ganar unos minutos, porque Gordon no tardaría en presentarse. Levantando los brazos, exclamó:

—¡No tiréis! ¡Me entrego!

Segundos después, Caldwell se veía rodeado por completo de enemigos armados. También Clark y la muchacha se hallaban bien vigilados. Sin dejar de amenazarle con su pistola, Johnny dijo con aire satisfecho y triunfal:

—¡Otra vez perdiste, amigo! Y esta será la última, porque no te quedan ni tres minutos de vida.



ATENCION, LECTOR:

EDITORIAL ROLLAN publicará

¡PARA TUS HIJOS!

UNA REVISTA INFANTIL

VII

LAS RAZONES DE EARL CALDWELL



ARECÍA decidido a llevar a la práctica su amenaza sin demoras inútiles. No había, en apariencia, nada que pudiera impedirselo. A la desesperada, Caldwell trató de retrasar el momento trágico en que apretase el gatillo. Dijo lo primero que se le ocurrió en aquellos momentos:

—Yo no lo haría si estuviese en tu lugar, Johnny. Mi muerte iría seguida de la tuya. Soy el único que puede salvarte.

—¿Salvarme? —exclamó entre sorprendido y burlón Lazia—. Pero si ni siquiera estás en condiciones de salvarte tú...

—Es posible, pero ello no modifica lo que he dicho antes. ¿No me crees? Pues pregunta a Curly por lo sucedido; que te diga qué ha sido de Taylor Steinbeck y acaso empieces a creerme.

Hablaba con tanta firmeza, con tan aparente sinceridad, que Johnny experimentó ciertas dudas. Pensó que convenía saber lo ocurrido al jefe de los detectives. En cualquier caso, un minuto antes o un minuto después, mataría a su enemigo. Miró a Kelly en gesto interrogativo. Tras vacilar un instante, Curly habló:

—A Taylor lo mató Ernest Gordon. Nos estaba esperando cuando salimos, dentro del automóvil de Jimmy. Parece ser que Earl es un agente suyo, un traidor introducido en nuestras filas para entregarnos a la Policía federal.

—Te equivocas —intervino de nuevo Caldwell—. No soy un traidor, sino un miembro del F. B. I. que ha conseguido poner en claro la criminal actuación de Lazia y de sus secuaces. Por eso te decía, Johnny, que solo yo podría salvarte. Si me matas, irás de cabeza al patíbulo.

La asombrosa declaración de Earl produjo un efecto considerable en todos sus oyentes. Clark, que había vuelto a dejarse caer en el sillón, se levantó con un grito de sorpresa en los labios. En el rostro de Judith podía leerse una mezcla de alegría e incredulidad. Johnny, Pat y los demás forajidos no podían disimular su inquietud. Caldwell sonrió satisfecho, dándose cuenta de la impresión causada por sus palabras. Tras una pausa que duró varios segundos, Lazia estalló, furioso:

—¡Mentira! ¡Todo eso es mentira! ¿Agente del F. B. I. tú? ¿Tú, que estás reclamado por asesinato en Nueva York, que formaste en las filas de Baring, que escapaste de Kansas City luego de robar a tu propio hermano?

—Le aseguro, jefe —tornó a hablar Curly—, que dice la verdad. Lo oí hablar con ese Gordon, y no me cabe la menor duda.

—Ni aun así lo creo. Ni puede creerlo nadie que tenga sentido común. ¡Un «gangster», un pistolero en el F. B. I.! A ver, tú, Clark: ¿no es cierto que tu hermanito huyó de la ciudad después de falsificar unos cheques?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga —chilló furioso Lazia—. Yo mismo he visto la reclamación de la Policía de Nueva York con la ficha de Caldwell. Y le he visto tirar contra los asaltantes del «Stork». Solo un experto «gun-man»...

No llegó a terminar la frase porque oyó pasos en la habitación inmediata. Todos los ojos se clavaron en la puerta, donde apareció, todavía tambaleante, Kirk Manville. Al verle, Johnny lanzó un suspiro de alivio, pues había llegado a temer que pudiera tratarse de cualquier enemigo. El recién llegado miró colérico a Caldwell, y gritó:

—¡Ese fue el que me golpeó cuando estaba más descuidado! Dejadme que sea yo el que...

Hizo ademán de lanzarse sobre él, y Pat le contuvo. Como quien de pronto recuerda algo, Curly habló entonces.

—Hay que darse prisa, jefe, Caldwell pretende ganar tiempo. Gordon marchó en busca de refuerzos y puede venir en cualquier instante. Si nos cogen aquí, lo pasaremos mal.

Contó cómo, tras obligarle a llamar por teléfono para alejar de la casa a la mayoría de los acompañantes de Lazia, Gordon, llevándose detenido a Jimmy, marchó a la Jefatura de Policía en busca de refuerzos.

—Quiso que Caldwell le acompañara, pero Earl se negó, diciendo que tenía que venir aquí para impedir que usted pudiese matar a *miss* Compton y a Hugues.

Johnny comprendió la necesidad de darse prisa. Dio órdenes concretas, que sus secuaces se apresuraron a cumplimentar. Por el momento, Curly, Pat y Kirk se quedarían con él, y los prisioneros. Los otros tres bajarían a la calle para poner los coches en marcha y avisar de cualquier posible peligro.

—Colocad las ametralladoras. Si veis aparecer un automóvil, barredle sin contemplaciones. Nosotros bajaremos enseguida.

Haciendo que Curly y Kirk cubrieran con sus pistolas a los detenidos, abrió una caja fuerte disimulada en la pared y comenzó a sacar puñados de billetes, que fue guardando en un maletín. Mientras lo hacía, explicaba:

—Nos llevaremos con nosotros a Clark y a la muchacha. Pueden ser dos buenos rehenes en caso necesario.

—¿Piensas dejar con vida a Caldwell? —preguntó, cejijunto Kirk.

—De ninguna manera. Morirá en esta misma habitación. Hugues no tardará en seguir la misma suerte; pero nos conviene llevarle hasta el avión.

—¿Y la muchacha? Dondequiera que vayamos será un peligro —advirtió Pat—. Yo creo que lo mejor...

—Lo mejor es siempre lo que yo digo —le interrumpió Lazia—. Sé cómo obligarla a entrar en razón. No os preocupéis; tendrá que hacer lo que yo quiera.

—Yo no iré con vosotros —afirmó resuelta Judith, dando un paso al frente—. Podréis matarme aquí, pero otra cosa...

—¡Bobadas! Cógela, Curly. ¡Encárgate de llevarla abajo!

Kelly no se hizo repetir la indicación. Cogió a la muchacha, que inútilmente trataba de resistirse, y a viva fuerza pretendió llevársela hacia la puerta. Indignado, Earl gritó:

—¡Cobarde! Suéltala o...

Impetuosamente quiso lanzarse sobre él. Pat y Kirk que le vigilaban de cerca intervinieron en el acto. Clavándole en el costado el cañón de una pistola, Wilbur ordenó:

—¡Quieto! Si te mueves te meto un balazo en el cuerpo.

A Clark, hundido en el sillón, abrumado e impotente, no le prestaron demasiada atención. La proximidad del fin, la seguridad del vencimiento, los remordimientos, quizá, de toda su actuación pasada, parecían pesar como losa de plomo sobre su ánimo. Nadie le creía capaz de reaccionar; se dejaría matar sin intentar la menor resistencia. Sin embargo, en aquel instante crítico y decisivo, acertó a mostrarse como un hombre. Oyó el grito de su hermano y la amenaza de Pat, levantó la cabeza, vio a Curly que pretendía llevarse a la muchacha y actuó sin pensar siquiera en el peligro que corría.

De un salto se puso en pie. Alargando la mano cogió a Curly, le hizo volverse y le propinó un puñetazo en plena boca. Kelly lanzó un grito de rabia y respondió en la misma forma. Sacando fuerzas de flaqueza, impulsado por la desesperación, Clark logró derribarle de un terrible puntapié en el vientre. Olvidándose de cuanto le rodeaba, se tiró sobre él, tratando de estrangularle. Desde el suelo, su enemigo le rechazó de una patada. Clark vaciló un instante sobre sus pies. En aquel momento, Kirk tiró sobre él, casi a boca de jarro. Hizo fuego por cuatro veces. Herido en mitad de la espalda, Hugues lanzó un grito espantoso, cayendo de bruces encima de Curly.

Caldwell juzgó llegado el momento de jugarse el todo por el todo. A su lado estaba Pat, que apoyaba contra su costado el cañón de una pistola. Bajó con terrible violencia el brazo, desviando la puntería de su enemigo. Wilbur apretó el gatillo, pero los balazos fueron a clavarse en el suelo.

Quiso levantar la mano para asegurar a puntería. Caldwell no le dio tiempo. Cogiéndole por el cuello, lo volteó limpiamente, lanzándole contra Johnny. Los dos hombres fueron rodando hasta chocar contra la pared del fondo. Kirk Manville se volvió rápido hacia él. Seguía empuñando la pistola y disparó sin vacilaciones. Caldwell sintió un dolor agudo en el pecho, pero no perdió tiempo en mirarse. Mientras con la mano izquierda sujetaba la muñeca del forajido para desviar su puntería, con el borde de la derecha, abierta, dura como el hierro, le golpeaba el cuello. El primer golpe bastó para que Kirk vacilara sobre sus pies, casi perdido el conocimiento. Cuando se inclinaba, a punto de caer, Caldwell le golpeó la nuca con furia salvaje. Se oyó un dramático chasquido y Manville se hundió como fulminado por un rayo.

Earl tuvo que hacer frente entonces a un nuevo enemigo. Librándose del cadáver de Hugues, que le había caído encima, Curly acababa de ponerse en pie, sacando una pistola. Sin darle tiempo a disparar, Caldwell se arrojó sobre él. Por espacio de medio minuto los dos hombres forcejearon a la desesperada. Kelly era físicamente más débil, pero su enemigo perdía sangre por la herida del pecho y comenzaban a debilitarse sus fuerzas. Sin embargo, retorciendo el brazo de su adversario, logró arrebatarle el arma y lanzarle por tierra. Vio entonces que Pat, que se incorporaba en aquel instante, iba a tirar contra él. Hizo fuego con ansias de matar. Logró alcanzar a Wilbur; pero, herido y todo, el forajido siguió haciendo fuego. Siendo, como era, un buen tirador, pudo matar a su enemigo. Inesperadamente, Kelly le salvó la vida.

Medio atontado por el golpe recibido al ser derribado, Curly se levantó en el peor momento para él. Sin darse cuenta, se interpuso entre Caldwell y Pat. Recibió los balazos de su compañero. Cayó de nuevo, ahora definitivamente, con un grito de agonía en los labios. Al suyo no tardó ni medio segundo en seguir otro. Este procedía de Wilbur, que herido entre las dos cejas por Caldwell, murió antes de llegar a rodar por el suelo.

Earl cayó también. La pérdida de sangre le produjo un mareo momentáneo. Sintió de pronto que la cabeza le daba vueltas, que las piernas se negaban a sostenerle y cayó al suelo. Con un esfuerzo trató de recuperar el dominio de sus sentidos. Como a través de una capa de algodón le pareció oír en la calle el tableteo de una ametralladora y gritos llamando a Lazia. A continuación escuchó perfectamente a Judith, gritando:

—¡No iré contigo! ¡Suéltame, suéltame!

Miró hacia el punto donde había sonado la voz. Lazia pretendía llevarse a la muchacha a viva fuerza. Con un desesperado esfuerzo se puso en pie. En su pasajero desmayo no había perdido la pistola que empuñaba. Ahora mataría a Johnny.

No se atrevió a disparar. Lazia, dándose cuenta del peligro, sujetaba a la joven por el cuello con la mano izquierda, mientras con la derecha seguía empuñando un arma; había hecho que el cuerpo de Judith le cubriese como un escudo y gritaba:

—¡Sí tiras, la matarás! ¡Quieto!

Sin hacer caso de su amenaza, Earl dio un paso al frente. Johnny apretó el gatillo. Caldwell se estremeció ligeramente al sentir el mordisco del plomo, pero siguió avanzando. Lazia disparó, furioso, otra vez y otra. Tuvo la clara impresión de que los balazos se hundían en el cuerpo de su enemigo. Vio, incluso, cómo la sangre brotaba a borbotones de las heridas. Con el rostro contraído por el dolor, pero brillando en sus pupilas una fría determinación, Earl continuó avanzando.

Cuando estuvo a dos pasos de Johnny, cuando tuvo la seguridad plena de no fallar la puntería, hizo fuego a su vez. Una voz interior le decía que tenía que matar al miserable de un solo disparo, para impedir que asesinasen en el último instante a Judith. Lo consiguió, aunque una nube parecía oscurecer su visión y las fuerzas le abandonaban. Lazia recibió el balazo en mitad de la frente. No tuvo tiempo siquiera para lanzar un grito. Soltó la pistola que empuñaba, trató de asirse desesperadamente a la muchacha y rodó por tierra, arrastrando a la joven en su caída.

—¡Judith, Judith! —murmuró, angustiado, Caldwell.

Confusamente vio cómo la muchacha se libraba del abrazo de Johnny y se ponía en pie, manchada de sangre, intensamente pálida, pero, al parecer, ilesa. Quiso correr a abrazarla. No llegó a conseguirlo. Había dado un paso, cuando todo desapareció ante sus ojos; abrió los brazos en gesto dramático y cayó al suelo.

—¡Billy, Billy!

Judith corrió desolada junto a él, se arrodilló a su lado, apretó la cabeza de Caldwell contra su pecho y sollozó desolada. La trágica escena desarrollada ante su vista había destrozado sus nervios. Lloraba y gritaba sin saber exactamente lo que decía. Transcurrieron así varios minutos, nunca llegó a saber cuántos. Mientras, en la calle continuaba el tableteo de las ametralladoras ligeras, acompañado por gritos de amenaza y muerte.

De pronto le pareció oír pasos que se aproximaban. ¿Serían los secuaces de Lazia que regresaban? Era lo más probable. Pero no dejaría que la cogiesen viva. Seguiría el ejemplo de Clark y Billy. Moriría matando. Resueltamente se incorporó, empuñando una de las pistolas que vio en el suelo; miró hacia la puerta, decidida a disparar contra cualquiera de los forajidos. Pero en cabeza no venía ninguno de los secuaces de Johnny, sino un hombre respetable como Joseph Green, al que conocía de vista desde mucho tiempo atrás. Vaciló un instante sin saber qué hacer.

—No dispare, *miss* Compton —dijo un caballero que caminaba al lado

de míster Green—. La pesadilla ha terminado. Está usted salvada.

Judith dejó caer la pistola y miró desolada en torno suyo. Gordon y Green se estremecieron al entrar en la habitación. Por todas partes se veían cuerpos ensangrentados; las puertas, las paredes, el techo incluso mostraban huellas de muchos balazos.

—¡Dios mío, qué cuadro más espantoso!

—Sí, es terrible, terrible —murmuró, estremeciéndose, la muchacha—. Clark y Billy lucharon como dos héroes. Por desgracia, los mataron también...

A Gordon le bastó con mirar el rostro de Hugues para comprender que estaba muerto. Caldwell, en cambio... Se inclinó sobre él, le puso una mano en el pecho y otra a la altura de la boca. Observó con terrible inquietud por espacio de unos segundos. Al final, mirando a Judith, afirmó:

—Billy, por lo menos, no ha muerto. Está muy débil, casi sin sangre, pero aún alienta. Esperemos que pueda salvarse. Porque si se muere... si se muere tendré su muerte sobre mi conciencia.

—¿Usted? —preguntó, sorprendida, la joven—. Si fue Johnny Lazia quien disparó sobre él...

—Pero yo fui quien le hizo venir a Kansas City, cuando hubiera dado años enteros de su vida por no volver aquí, por no ver a su hermano y, sobre todas las cosas, por no tener que enfrentarse con usted. ¿Me comprende?

Judith inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. Contempló en silencio el cuerpo ensangrentado de William. Comprendía perfectamente su temor a regresar a la ciudad natal, a enfrentarse de nuevo con Clark y con ella, luego de todo lo sucedido. ¿Por qué lo había hecho? No lo sabía; sin saberlo, sentía admiración por el gesto del hombre a quién quiso un día, al qué después juzgó indigno de su cariño y que ahora había demostrado su entereza y heroísmo.

Quiso decir algo y la voz se transformó en un sollozo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

* * *

Lentas, monótonas, transcurrieron varias semanas. Durante ellas, Earl Caldwell, o William E. Hugues por su verdadero nombre, se debatió entre la vida y la muerte. Los balazos disparados por Pat Wilbur y Johnny Lazia habían abierto terribles brechas en su cuerpo. Por espacio de un mes, consumido por intensa fiebre, en un casi constante delirio, los médicos desconfiaron de salvarle. Sin embargo, su juventud, su fortaleza, su afán instintivo de vivir terminaron por sobreponerse a todos los estragos del plomo.

Judith Compton apenas se apartó un solo minuto de la cabecera del

herido. Ernest Gordon la vio constantemente cuidando de Caldwell. Se lo agradeció muy sinceramente. Estaba más interesado que nadie en que lograra salvarse y no creía que ninguna medicina pudiera ser tan eficaz como la presencia de la muchacha. Personalmente, además, no pudo ocuparse como quisiera de Earl. Fueron unas semanas de intenso trabajo para él, que le impidieron visitar, con la deseada frecuencia, al hombre que todo se lo había jugado por descubrir y castigar a los asesinos de Aldous Grey.

El éxito coronó sus trabajos. Quedó demostrado, sin la menor sombra de dudas, todo el alcance de la criminal organización montada por Johnny Lazia, con la complicidad de algunos elementos de la Policía local y la tolerancia de los políticos que dirigían la vida de la ciudad. Gordon logró, aprovechando la indignación provocada en la opinión pública por el conocimiento de lo que sucedía, que las autoridades de Missouri y Kansas no pusieran la menor traba a sus esfuerzos y a los de Joseph Green para limpiar de indeseables la gran población. Varios concejales hubieron de presentar la dimisión de sus cargos; unos cuantos policías ingresaron en la cárcel; los restos de la partida de Lazia fueron detenidos y lo mismo ocurrió a todos los que integraban las huestes de Glen Wilson. Cada uno de aquellos individuos tendría que responder ante los tribunales de tan graves acusaciones, que se darían por muy satisfechos si conseguían escapar con una condena de quince o veinte años de presidio. Se cerraron las casas de juego, se regularon las apuestas deportivas, desaparecieron las máquinas tragaperras, y Green, investido ahora de plena autoridad, pudo decir, satisfecho, a la Prensa:

—Nuestra ciudad no será en adelante «an open City». Hemos barrido los retoños del «gangsterismo» y estamos dispuestos a terminar con toda sombra de corrupción.

Estaba muy agradecido a la colaboración y concurso de Ernest Gordon, gracias al cual había podido alcanzar un triunfo con el que ni siquiera soñaba. Sin embargo, entre los dos hombres llegó a producirse una situación violenta. El motivo fue el difunto Clark Hugues. Green, que seguía recordándole con abierta hostilidad, quería que apareciese a los ojos de las gentes como realmente fue: un individuo sin demasiados escrúpulos, capaz de enriquecerse con una tolerancia punible para el juego y las partidas de indeseables que lo explotaban. Gordon se oponía:

—Si un buen morir honra toda una vida, no cabe duda de que Clark lavó todas sus culpas al morir como un hombre.

Consiguió imponer su criterio. En las referencias oficiosas de lo ocurrido, se pasaba como sobre ascuas por las posibles relaciones de Hugues con Lazia, para hacer hincapié en las circunstancias de su muerte. Tampoco los periódicos hablaron mucho de Caldwell, cuya verdadera

identidad pasó inadvertida para los reporteros. Por algunos días, Gordon pudo pensar que esto lo solucionaba todo. Quedaba, es cierto, que Earl y la muchacha se pusieran de acuerdo, reanudando sus antiguas relaciones. Pero estaba seguro de que aquel asunto lo arreglarían entre los dos de una manera satisfactoria, sin necesidad de que nadie interviniera.

Por eso acaso fue mayor su sorpresa cuando una tarde, al llegar al sanatorio donde convalecía Caldwell, le encontró solo y con aire de terrible abatimiento. Preguntó por Judith y Earl no contestó en un primer instante. Tuvo que repetir la pregunta antes de conseguir que el herido replicase con aire desolado:

—Se fue; se fue para no volver más.

—Pero ¿tú no la quieres?

—Con toda mi alma. Creo que ahora la quiero más que nunca. Desgraciadamente, Judith me desprecia.

—Y ¿no la has dicho...?

—No querría escucharme. Además, ¿qué podía haberla dicho? ¿No me habría despreciado más si hubiese sospechado que pretendía encenagar el nombre de mi hermano por elevarme yo? Preferí callar. Y ahora se va. Mañana saldrá con rumbo a Europa y no la veré jamás.

Gordon permaneció pensativo unos instantes. Comprendía perfectamente las torturas de Caldwell. En parte, se consideraba culpable de la tragedia que vivía. De pronto, con una sonrisa, se puso en pie. Parecía haber llegado a una resolución. Earl creyó adivinar sus pensamientos. Suplicó:

—No la diga nada, por favor. No quiero que suponga...

—No te preocupes, muchacho. Ya verás cómo todo puede arreglarse.

Media hora después se hallaba en presencia de Judith Compton. En los ojos de la muchacha se advertían huellas de lágrimas recientes. Tras cambiar breves frases de saludo, Gordon abordó resueltamente la cuestión que le interesaba:

—Necesito, señorita, que responda a una pregunta con absoluta sinceridad: ¿quiere usted a Billy?

—Y ¿quién es usted para preguntármelo? Esa es cosa que solo nos interesa a él y a mí.

—De acuerdo. No tengo ninguna autoridad para preguntarle. Pero, por el bien de todos, debe responderme. ¿Le quiere usted todavía?

—Sí —replicó, bajando la cabeza la joven—. Desgraciadamente, no podré ser su mujer. Entre él y yo hay un verdadero abismo.

—Y ¿si estuviera equivocada, si ese abismo solo existiera en su imaginación?

Judith miró, desconcertada, a su interlocutor. Por espacio de medio minuto fue incapaz de replicar. Al cabo lo hizo con cierta violencia. ¿Era,

acaso, imaginación suya que Caldwell había formado parte del «gang» de Lazia, que estaba reclamado por las autoridades neoyorquinas, que había falsificado varios cheques en Kansas City, huyendo seguidamente con el dinero robado?

—La reclamación de la Policía de Nueva York es falsa —contestó, con una sonrisa, Gordon—. La ideé yo, precisamente para que le sirviera como credencial o garantía para entrar en la partida de Johnny, a fin de descubrir sus manejos. Sospechaba que Taylor informaría a Lazia. No me equivocaba, y esta fue la primera prueba concreta que tuvimos de las estrechas relaciones entre ambos.

—Pero los cheques falsificados no los inventaría usted, ¿verdad? —preguntó, sin, dejarse convencer, la joven.

—No. En realidad, no hubo tal falsificación. La firma de Clark Hugues era auténtica. Hubo, sí, una falsedad: que los cobrase ¡William. Porque fue su hermano quien percibió el dinero.

Había investigado a fondo aquel asunto. Todo fue una maniobra de Clark para desembarazarse de William, al que odiaba con todas sus fuerzas. Presentó la denuncia sin otro propósito que cubrirle de vergüenza y oprobio.

—¿Por qué había de hacerlo? —inquirió la muchacha.

—Eso mismo me pregunté yo durante algún tiempo. La respuesta es usted. Quería a Billy, le quiere aún. Clark estaba enamorado de usted, que le rechazaba por preferir a su hermano. Al deshonar a William alzaba una barrera entre él y la mujer amada; cabía en lo posible que entonces pudiera conseguirla.

Bill vio clara la maniobra de su hermano. De empeñarse en ello, hubiera podido defenderse, incluso llegar a demostrar su inocencia, aunque la cosa no parecía fácil, dada la habilidad con que había actuado Clark. Pero, aunque lo consiguiese, provocaría un escándalo, en el que se vería mezclado, inevitablemente, el nombre de Judith; arruinaría, además, la vida política de su hermano, al que respetaba y admiraba; por último, la guerra había empezado y William tenía prisa por incorporarse a las fuerzas armadas.

—Ningún acusado de un delito común puede ingresar en el Ejército, la Marina o la Aviación. En aclarar su situación hubiese tardado seis o siete meses, como mínimo. Prefirió escapar de Kansas City, enrolarse con nombre supuesto y luchar en defensa de su patria, dejando la reivindicación de su buen nombre para cuando hubiera concluido la contienda.

Ernest Gordon, que trabajaba en el servicio de Información de la Marina, le conoció un año después, con ocasión de un viaje a Inglaterra. William, que se hacía llamar Earl Caldwell, había alcanzado, por méritos de guerra, la graduación de teniente. Poco después ascendía a capitán, por

su heroico comportamiento en la defensa de un convoy frente a un ataque concentrado de los submarinos y la aviación alemana. Al terminar la lucha en Europa, era ya comandante.

Concluida la guerra, fue preciso ampliar el F. B. I. para darle la máxima eficacia contra todos los posibles enemigos internos y externos de los Estados Unidos. Muchos de los antiguos agentes habían caído heroicamente, desempeñando las más peligrosas misiones. Había que buscar otros que tuvieran el valor, la honradez y la abnegación precisa para sustituirlos.

—Yo conocía y admiraba a Caldwell y le ofrecí el ingreso. Aldous Grey, también marino y compañero suyo en muchas y arriesgadas empresas, acababa de entrar en sus filas. Earl vaciló antes de contestarme. Al final me contó lo ocurrido en Kansas City y las acusaciones lanzadas contra él.

Gordon se preciaba de conocer a los hombres y tuvo la seguridad de que Caldwell no mentía. Pidió informes a Kansas City y supo que la denuncia contra William Hugues había sido retirada por el mismo que la presentó, afirmando que se trataba de un error lamentable. No hubo entonces el menor obstáculo para el ingreso de Earl en el F. B. I., donde se comportó con tanta habilidad e intrepidez, que pronto mereció la confianza de todos sus jefes.

Durante un par de años trabajó en Europa y África en diferentes cometidos. Tres meses antes, las autoridades federales sintieron necesidad de investigar lo que sucedía en Kansas City. Aldous Grey salió para allá; pero, cuando llevaba poco tiempo y solo había remitido unos mensajes esperanzadores, fue asesinado.

—La versión dada por Taylor Steinbeck no me satisfizo en modo alguno. Decidí averiguar lo que hubiese de cierto. Fue entonces cuando resolví venir personalmente, pero haciendo que me precediese Earl Caldwell.

Costó trabajo convencerle para que fuese a Kansas City. Se resistía por una larga serie de motivos personales. No quería tener que enfrentarse con su hermano, no sabiendo cómo reaccionaría al verse frente al que le acusó sin razón ni motivo. También temía ver a Judith convertida en esposa de otro hombre.

—Pero yo creía que ningún otro podía sernos más útil. Tuve que hacer valer mi autoridad para obligarle a aceptar. Earl vino a Kansas City, aunque tenía el presentimiento de que no saldría vivo de la ciudad.

Gordon le seguiría unos días después. Antes de la partida, le dio toda clase de instrucciones. Sospechaba que Taylor Steinbeck actuaba de perfecto acuerdo con Johnny Lazia. Necesitaba pruebas, no obstante. Por ello hizo que la Policía neoyorquina mandara un aviso a la de Kansas City

reclamando por asesinato a un peligroso pistolero llamado Earl Caldwell.

—Si te detienen, intervendré para que te pongan inmediatamente en libertad. Pero si no lo hacen, como supongo, si Lazia conoce la reclamación, eso servirá para ganarte su confianza y para demostrarnos que hay mucho en Kansas City que huele a podrido...

Caldwell llegó a la ciudad, se entrevistó con David Manstone, entró en contacto con Pat Wilbur y pronto pudo comprobar que Johnny Lazia actuaba de perfecto acuerdo con el jefe de detectives, protegidos ambos por la «máquina» política que controlaba la vida de la ciudad. Gordon no tardó en seguirle. Ambos hombres permanecieron en comunicación por medio de encuentros casuales, en apariencia, o por conversaciones telefónicas. Ernest habló, en repetidas ocasiones, con Green, así como con el secretario de Justicia de Missouri, y pronto llegó a una conclusión acerca de la muerte de Grey, de los turbios negocios a que daba lugar el juego y al «gangsterismo», que campaba por sus respetos en Kansas City.

Alguna indiscreción de Green hizo que Taylor y Johnny sospecharan la verdad. Recelaron de Clark y quisieron asustarle. El rapto de Judith y los intentos de asesinato de Gordon precipitaron los acontecimientos.

—Lo demás lo sabe usted tan bien como yo, porque le tocó vivirlo personalmente. Y ahora que conoce toda la verdad, ¿sigue pensando que hay un abismo insondable entre usted y William, que debe no volverle a ver jamás?

Le bastó mirar a la muchacha para comprender cuál sería su respuesta. Parecía transfigurada. A pesar de las lágrimas que corrían suavemente por sus mejillas, su rostro reflejaba una íntima y profunda alegría. En movimiento impetuoso estrechó las manos de Gordon. Luego habló atropelladamente:

—Quiero a Billy, le quise siempre, incluso cuando no le juzgaba digno de mi cariño. Ahora que conozco la verdad... ¡Gracias, muchas gracias! No sabe todo el bien que me ha hecho.

—¿No haría usted un mayor bien a William, yendo a verle inmediatamente?

La condujo en su coche al sanatorio. Una vez allí, la joven entró sola en la habitación de Caldwell. Paseando por el jardín, Gordon dejó transcurrir media hora larga. Al cabo decidió subir a ver a su leal subordinado. Le halló hablando animadamente con Judith, muy cogidas las manos, con un gesto de felicidad en el semblante. Tan abstraídos estaban ambos, que ni siquiera se dieron cuenta de su entrada.

Gordon no se atrevió a interrumpirles. Salió lentamente, cerró la puerta tras sí y, con un profundo suspiro, murmuró:

«Antes de un mes estarán casados. Bien. Creo que el F. B. I. ha perdido hoy uno de sus mejores agentes. Pero Kansas City ha ganado un buen

ciudadano... que no se parecerá en nada a su famoso hermano Clark
Hugues...»



VENCEDORES

EN LA

Encuesta sobre el F. B. I.

En los salones de esta EDITORIAL, y en presencia de conocidos escritores, se ha verificado el escrutinio, resultando ganadora, por 750 votos de ventaja, la siguiente clasificación:

TITULOS	Clasificación
EL COBARDE	3
EL REY DEL HAMPA	5
¡CULPABLE!	1
LUCHANDO EN LA SOMBRA	4
LA HORA GRIS	2

Como detalle complementario damos a continuación las veces que cada novela ha sido calificada de mejor, con el número 1:

¡CULPABLE!	3.971 votos
EL COBARDE	1.113 »
LA HORA GRIS	410 »
LUCHANDO EN LA SOMBRA	208 »
EL REY DEL HAMPA	125 »

Realizado a continuación el sorteo de las VEINTE COLECCIONES DE NOVELAS entre los acertantes de la clasificación ganadora, han sido agraciados los siguientes:

Don MANUEL AMBROS PALANCA. San Vicente, 117, Valencia

Don LUIS CARRANCEDO. Paseo de Pereda, 25. Santander.

Doña ISABEL AMPUDIA. Rúa de los Notarios, 29, Zamora.

Don PEDRO PEÑARREDONDA. «La Casita», Llanes (Oviedo).

Don ALBERTO MUÑOZ. Muñoz Ubeda, 5, Manzanares (Ciudad Real).

Don PEDRO BLANCO. Conde de Peñalver, 5, Madrid.

Don ISAAC GRACIA. San Juan y San Pedro, 9, Zaragoza.

Don ADOLFO LOPEZ. Santa Lucía, 1, Haro (Logroño).

Don JULIO LEAL. Luchana, 27, Madrid.

Doña MARIA FERNANDEZ. Capitán, 50, Aranjuez (Madrid).

Don EMILIANO BLANCO. Santa Olalla, 1, Carriches (Toledo).

Doña MARIA DEL CARMEN MADARIAGA. Andrés Mellado, 33, Madrid.

Don FEDERICO PIÑOL. Ensanche, 4, Huesca.

Don PEDRO IGNACIO DE PABLO. Zabaleta, 32, San Sebastián.

Don JULIAN JIMENEZ. Carnecería, 3, Linares (Jaén).

Don FRANCISCO SERRA DURAN. Lope de Vega, 52, Barcelona.

Don FERNANDO VICTORIA. Plaza Esquivé, 7, Sevilla.

Don DANIEL PERAZA. Bernabé Rodríguez, 7, Santa Cruz de Tenerife.

Don RAFAEL JUAN MACIA. General Primo de Rivera, 29, Elche (Alicante).

Don ELIAS ARIAS. Ibáñez de Bilbao, 105, Bilbao.

A estos concursantes se les remitirán los premios por Correo, como impresos certificados.

EDITORIAL ROLLAN agradece el magnífico entusiasmo del público español, felicita a los vencedores y exhorta a los demás a tomar parte en los muchos e interesantes concursos que tiene en preparación.

Madrid, 31 de mayo de 1950.

Horas trágicas

Constituye una obra fundamental de la serie que ensalza a la mejor organización anticriminal del mundo: el **Federal Bureau of Investigation**.

A. G. MURPHY

es el mago forjador de esta maravillosa novela, cuyo argumento nos describe la interesante vida aventurera de los Servicios norteamericanos de Contraespionaje; adicionándole una intriga desconcertante y un estilo ameno, cuidado y trepidante.

Horas trágicas

abre una senda nueva a los lectores de narraciones emotivas, como se podrá comprobar en el próximo número de la inigualable

Colección F. B. I.



NO OLVIDE UD. UN DETALLE IMPORTANTISIMO:

¡NOVELA QUE LLEVE EL SELLO DE
EDITORIAL ROLLAN
ES NOVELA DE CALIDAD INSUPERABLE!

Notas

[←1]

«Typewriter», literalmente máquina de escribir, es el nombre que en ocasiones dan los «gangsters» americanos a las ametralladoras ligeras.

[←2]

«Bull», toro. Es uno de los muchos remoquetes con que los maleantes americanos designan a la Policía.

[←3]

En el argot de los bajos fondos norteamericanos se denomina «fixer» al individuo encargado de intentar el soborno de las autoridades o hacer las paces con los grupos hostiles.